



JUAN ESLAVA GALÁN

# LA MULA

Un brillante alegato  
antibelicista enmarcado  
en la guerra civil



Al cabo Juan Castro le importa más la suerte de su mula que ganar la guerra. Por eso sale a buscarla y, tras atravesar la línea del frente, se ve implicado en un episodio tan peligroso como hilarante que, muy contra su voluntad, lo va a convertir en héroe de guerra. A través de la figura de Juan Castro, más preocupado por sus avances en el terreno amoroso que por la progresión del enemigo, se nos ofrece una visión insólita de la guerra civil: antiheroica, pícara y tierna a la vez. Juan Eslava Galán ha escrito con *La mula* una atrevida desmitificación que es también un brillante alegato antibelicista.



Juan Eslava Galán

# La mula

ePUB r1.1  
ugesan64 01.04.14

Título original: *La mula*  
Juan Eslava Galán, 2003

Editor digital: ugesan64

Primer editor: OhCaN  
Corrección de erratas: nixkevan  
ePub base r1.0

**más libros en [bajaepub.com](http://bajaepub.com)**

A mi padre, herrador y acemilero en la Guerra Civil

# CAPÍTULO 1

Juan Castro Pérez, cabo acemilero de la Tercera Bandera de la Falange de Canarias, tercera compañía, busca espárragos por el monte. Hace rato que la mañana prueba a clarear, pero lo impide una niebla espesa y húmeda que se enreda en las copas de los chaparros y los alcornoques. Los goteros desprendidos de las ramas labran diminutos embudos en el suelo arenoso o redoblan sobre el gorro cuartelero del soldado. Castro remonta una loma pedregosa salpicada de encinas y monte bajo. A media falda emergen unos peñascos de granito. Se encamina hacia ellos cuando, de pronto, se detiene y se agacha rodilla en tierra, la respiración contenida, el corazón acelerado. Algo se ha movido en la niebla, una sombra gris detrás de la maraña de un zarzal. A través de la bolsa de costado, Castro palpa la empuñadura de la pistola que el sargento Otero le presta cuando sale de espárragos. «Lo único que me faltaba es que me cojan los rojos», piensa. Hace un año que Castro se pasó al bando contrario. A los tráfugas que caen prisioneros, ni Dios los libra del pelotón de fusilamiento. Deserción y traición. En un abrir y cerrar de ojos, consejo de guerra, sentencia de muerte, diez tiros y al hoyo.

Castro afina la vista y respira hondo. Las agujitas de agua helada se le clavan en los pulmones. Durante unos minutos interminables aguarda a que se mueva el enemigo. «¿Quién me mandaría a mí salir de espárragos con lo bien que se está en el chabolo jugando a las cartas?».

La niebla levanta un poco. Las formas y los colores se empiezan a definir en la espesura. Castro distingue entonces la familiar silueta de una mula. ¿Sola o acompañada? Observa con cuidado los alrededores. Afina el oído: solo los minuciosos rumores de la mañana en el campo. Nada más. Monta la pistola y parece que el clac, clic de sus piezas bien engrasadas le infunde valor. Se incorpora y se acerca a la espesura

mientras vigila los flancos, medio agachado, al acecho. Bordea los peñascos por la parte más despejada y ve la mula, que, al sentir la presencia del hombre, se queda quieta, a la expectativa. Castro explora el terreno: las ruinas de una choza con el emparrado por los suelos, el porche empedrado, la espesura de sus higueras abandonadas, el almiar, con restos de paja podrida. Nadie. Quizá la mula se haya perdido en medio del monte. No está trabada ni tiene jáquima.

Se aproxima al animal. La mula emпина las orejas, nerviosa, se sobresalta, con los ojos espantados, levanta el hocico y enseña los dientes grandes y amarillos.

Castro entiende de bestias. Es jefe del tren de acémilas del regimiento. Le habla quedo a la mula. El animal no sabe de palabras, pero entiende el tono amistoso de la voz.

—¡Ea, ea! ¡Rrrrt! ¡Ea, bonita! ¿Qué haces tú aquí? ¿Dónde tienes al amo? ¡Ea, ea!

La mula está algo remisa, pero cuando el cabo le acaricia el pescuezo, adelanta el hocico negro para olerlo.

—Bueno, bueno, ¿qué haces tú aquí, eh? ¡Ea, ea! No te asustes, bonita. —Castro se arrima para que le huela el cuerpo, le acerca las manos abiertas al hocico para que las ventee, el vaho cálido de la respiración del animal le calienta las palmas—. ¿Qué haces tú aquí, cantimplora? —le susurra—. ¿Te has perdido? ¿No tienes amo? —La mula mueve las orejas, se deja palmear, siente las manos amistosas del hombre por su pecho poderoso, por su lomo, en el que se señalan un poco las costillas—. Bien comida no estás, ¿eh? —le dice la voz tranquila.

Los dedos del cabo llegan, con suavidad, a los corvejones. La bestia no se inquieta. Está bien domada.

—Una mula mansa y buena, ¿eh? —le susurra, aprobador.

Castro examina su hallazgo con mirada perita. Una mula fina de

remos, de vientre recogido, de rodillas sólidas, de lomo recto y algo arqueado, una buena mula de las que su padre solía comprar en la feria de Andújar, solo que a él le gustan tostadas, y esta tira a blanca ceniza. Una mula excelente. Vuelve la cabeza al animal y se asoma a los ojos vivos y redondos, duros y brillantes.

—¿Dónde está tu amo, cantimplora? —le susurra—. ¿Eres del ejército? ¿De los fascistas o de los rojos? ¿Andas perdida?

Se agacha y le repasa los tobillos delanteros, por si tiene señales de rozaduras, algún indicio de que la mula haya roto la traba para huir. No hay rastro. Castro observa con satisfacción el casco pequeño, comprueba que lleva herraduras nuevas. Los clavos remachados asoman por el centro de la uña, a dos centímetros del suelo, un buen trabajo. Una mula calzada como un marqués o como una marquesa.

—¿Qué me dices, cantimplora? ¿Te has pasado tú también a los nacionales? ¿De qué quinta eres?

La mula se deja acariciar las potentes mandíbulas, el rostro duro y huesudo, el morro blando, oscuro, de terciopelo, con algún lunar cerdoso, pero no responde a la pregunta.

Castro imagina su regreso a la compañía y su encuentro con el capitán Montero: «A sus órdenes, mi capitán. He encontrado esta mula delante de las trincheras».

Una acémila más que sumará a los veinticuatro mulos que tiene a su cargo, el tren de acémilas de la Tercera Bandera de la Falange de Canarias.

Castro desmonta la bandolera de su bolsa de costado e improvisa una jáquima con un par de nudos. La correa que le ciñe los pantalones le sirve de ronzal.

—¡Ea! —le dice a la mula—. Para un apaño no está mal. Se acabaron por hoy los espárragos. Vamos *palante*.



De regreso a las líneas nacionales, medita: «Con lo bien que nos vendría esta mula en casa cuando termine la guerra».

La mira y piensa: «No sabemos cómo te llamas, ¿eh?».

Camina unos pasos más. Se detiene. La mula lo imita. Está bien domada.

—No me dices cómo te llamas, ¿eh? Pues te vas a llamar *Valentina* por lo valiente que has sido, que te has metido entre los rojos y los fascistas, en medio de los tiros. Así: *Valentina*.

La mula aguza las orejas.

—*Valentina*. Te gusta, ¿eh?

Le palmea el pescuezo.

—¡Ea, pues *Valentina*!

Castro, con la mula de reata, da un rodeo para llegar, por la parte de atrás, al cortijillo abandonado donde el tren regimental tiene sus cuadras.

Le sale al encuentro un soldado moreno, bajo y fornido, con un centímetro de frente que separa su única ceja gruesa y corrida del arranque del pelo negro, espeso, como cerdas.

—¿Dónde te metes, Juanillo? ¿Y esa mula?

—Nos la prestan del otro batallón para que le cure una matadura que tiene en la cruz. Se llama *Valentina*. —Mira a la mula y le dice—: *Valentina*, este es el Chato, también de Andújar, como yo. Un poco borrico, pero no es mala persona.

El Chato se encoge de hombros.

—Bueno.

Esa noche, Castro rellena el parte de incidencias del tren regimental: «Acémilas, 25; Yeguas, 5. Incidencias: Ninguna».

No ha contado a *Valentina*. Su plan es que pase desapercibida para llevársela a su casa cuando termine la guerra.

## CAPÍTULO 2

Diecinueve de junio de 1938. III Año Triunfal. El cortijo del Prior tiene un cañonazo en la fachada y una palmera rota. La cocina es espaciosa, con una gran chimenea cuyo hollín contrasta con las paredes encaladas en las que se leen cientos de vítores y de inscripciones conmemorativas: «Viva el Tercer Batallón de Regulares», «Viva la Falange», «Arriba España», «Aquí durmió Antonio Pérez Latorre, 1.<sup>a</sup> Compañía, 2.<sup>a</sup> Sección, Regimiento Soria, 19 nov. 1936».

En el muro que da al corral, el cañonazo abrió una enorme brecha que, aunque está tapada con una lona impermeable, deja pasar las ráfagas de aire húmedo. Se han llevado las tejas para hacer chabolas en las trincheras. La tormenta de verano, que ha descargado con fuerza durante toda la noche, ha calado tanto los techos rasos que llueve más dentro que fuera. Castro sostiene en su regazo una lata vacía en la que una gotera golpea con rítmica monotonía.

Como siempre que cambia el tiempo, los parásitos se muestran más activos que de costumbre. Los acemileros se rascan con fuerza la cabeza, las axilas, el pecho. De vez en cuando atrapan un piojo y lo aplastan entre dos uñas o lo lanzan a la lumbre.

Heliodoro asa sobre las brasas un pedazo de tocino clavado en un trozo de alambre espinoso. Los goterones de grasa avivan las llamas. Lo retira y lo estruja entre dos trozos de pan. Le propina una dentellada. Come con apetito.

Aguado contempla a sus camaradas. Los rostros tostados por el sol, maltratados por la intemperie y los trabajos.

—Parecemos piratas —observa—, parecemos los malos, no esos tipos guapos y bien uniformados que salen en el cine.

—¡Anda, dilo! —replica Pino—, lo que parecemos es milicianos. Con

esta pinta que se nos ha puesto entramos en un convento de clausura y las monjas pensarían que somos el enemigo.

—¡Tú sí que eres el enemigo! A eso aspiras, ¿no?, a un convento de clausura, con las novicias... —dice el teniente Vico.

—Era un poner, mi teniente. Yo no he estado nunca en un sitio de esos, pero me figuro que tiene que oler muy bien.

—Olerá a incienso —opina Aguado.

—Y a las rosas del claustro —tercia Amor.

—No —dice Pino—. Yo me refería a ese olor que hay en los talleres de modista.

—¿A almidón? —pregunta Aguado, que ha sido viajante de tejidos y no pierde ocasión de demostrar sus conocimientos.

—¡No, coño, que pareces tonto! —estalla Pino y suelta una carcajada—. ¡El olor a chumino que se lía cuando se juntan muchas mujeres!

—¿Las monjas olor a chumino? —inquieta el teniente—. ¡Mira que eres borrico!

—Mi teniente, ya me dirá si las monjas son o no son mujeres...

—¡Anda, déjame en paz, que no se te ocurren nada más que borricadas!

En eso están cuando se abre la manta que hace de puerta y entra un enlace.

—¡Sus órdenes, mi teniente! De parte del comandante Soler que vayan los acémilas, que hay faena.

Es la orden que esperaban.

—¿Todos? —pregunta Castro.

—Todos.

—Pues vamos allá. Se acabó la tranquilidad.

Falta una hora para que amanezca. El teniente Vico termina el cigarrillo y prosigue su ronda. Los acemileros se atan los tabardos y salen

al aire puro y frío de la noche serrana.

—Vamos a ver cómo se da hoy el día —comenta Pino mientras se estira hasta que le crujen los huesos.

Toca llevar cajas de munición de ametralladora, de mortero y bombas de mano. Eso quiere decir que pronto habrá hule en serio.

A la luz difusa del amanecer, el convoy mular asciende por un sendero empinado y pedregoso, en las estribaciones de la sierra Trapera. Cada acemilero lleva una mula del ronزال y otras dos en la reata. Los cascos de las bestias resuenan sobre los guijos. A los lados del estrecho sendero, las jaras y el romero florecidos prestan un contrapunto bucólico a la guerra. Piensa Castro en las colmenas que dejó abandonadas en la sierra de Andújar, en El Lugar Nuevo. Va para dos años que falta. ¿Quién las castrará en su ausencia? Se le hace la boca agua al recordar aquellas meriendas de tazón de miel sobrenadado de aceite, las sopas de currusco duro clavadas en la punta de la navaja y mojadas hasta el fondo.

De pronto, un rumor distante, como de truenos, interrumpe sus ensoñaciones.

—Ahí está Rogelio cantando las mañanitas —apunta Cárdenas.

Los acemileros se detienen por instinto y escuchan por encima del piar de la pajarería. Unos segundos después se percibe el aullido creciente de los obuses. Los pájaros enmudecen.

—El cabrón de Atilano que viene a darnos las mañanitas —dice tranquilo el enlace—. Hoy parece que madruga.

Suenan dos explosiones al otro lado del cerro. La tierra tiembla un poco. Las bestias empujan las orejas. Aunque estén fogueadas, nunca se acostumbran del todo.

—¡Vamos, nenes! —ordena Castro a sus hombres—. Soltamos el mochuelo y a casa, que aquí no se nos ha perdido nada.

Nuevas granadas artilleras aúllan en el cielo. Detrás del cerro resuena

otra media docena de explosiones. Después cesa el bombardeo y se restablece el silencio. Vuelven a piar los pájaros. Castro respira tranquilo. Lo de siempre. Ahora, calma hasta otro día.

El cabo ignora que la X División, llegada desde Madrid, acaba de reforzar las posiciones republicanas y se dispone a lanzar un contraataque para recuperar los cerros de la Antigua y Cansino, en el flanco de Peñarroya.

El convoy mular cruza una nava poblada de quejigos y acebuches. Mulas y acemileros vadean el lecho polvoriento de un arroyo y retoman un sendero con las huellas de orugas de tractores y de tanques impresas en la tierra. Llegan al puesto de mando instalado en un cortijo medio arruinado y en un par de cobertizos camuflados con redes de enmascaramiento. Castro está dándole la novedad a un teniente cuando un sargento toca su silbato. Alarma aérea. Tres cazas diminutos han aparecido por detrás del cerro. Vuelan bajo, el sol a la espalda, y enfilan las trincheras.

—¡Pronto! —grita Castro—. ¡Esas mulas, debajo de los chaparros! ¡Escondarse!

Las ocultan justo a tiempo, porque los cazas describen un amplio giro y enfilan la segunda línea, donde están Castro y los acemileros. Balas trazadoras surcan el aire y levantan en la tierra un hervor de surtidores. Los soldados que se despiojaban, charlaban, escribían cartas, pelaban patatas o pensaban en el hogar distante se arrojan a las zanjas. En medio de la era quedan abandonadas tres bestias a medio descargar.

Castro, enfurecido, abandona el resguardo de una tapia.

—¿Dónde estáis, cabrones? —convoca a sus hombres; los descubre agrupados tras la pared del cortijo y se encara con ellos—: Mariconazos, ¿no veis que van a bombardear la casa? ¡Meted las bestias debajo de los árboles y no las juntéis: Heliodoro, a esa loma; Petardo, atrás, a los pinos;

Cárdenas, a aquellas peñas!

Mientras imparte las órdenes ha agarrado las tres bestias de la era y las lleva a toda prisa al resguardo de una corraliza.

Después de un par de pasadas, uno de los aviones se desvía para atacar el puesto de mando.

—¡Qué llega!

Castro se lanza cuerpo a tierra, junto al paredón de granito, y se cubre la cabeza con las manos. El acemilero Amor, acurrucado detrás de una corpulenta encina, descubre el boquete que una bala ha abierto en el tronco, a un palmo de su cabeza. Antes de que los aeroplanos regresen corre hacia la tapia de granito, que ofrece mejor protección.

—¡Cuerpo a tierra, que llega! —grita el Chato.

Amor se acoge al resguardo de una peña, a mitad de camino, cuando ya el caza ametralla la nava levantando dos largos surtidores de tierra y piedras. El avión endereza su curso y gira para remontar el vuelo. Amor percibe un líquido que le moja el pecho.

—¡Mi coñac! —exclama desolado—. ¡Dios mío, que sea sangre!

—¿Te han dado? —se alarma Castro.

—¡Peor! —exclama el acemilero mientras se explora el seno—. Me han roto la botella.

Y se lame el licor de los dedos.

Los tres aviones se alejan.

Con las mulas de reata, los acemileros suben la suave loma entre arbustos y encinas. Del otro lado, las balas perdidas silban altas, más numerosas según se aproximan; algunas siegan hojas o ramas que caen como una lluvia mansa sobre el convoy. Los impactos directos crujen en los troncos con un rumor apagado, crac. Al descrestar la loma, el campo de batalla aparece en medio de una espesa nube de polvo que lo tiñe todo de un color pardo mortecino.

Los sanitarios corren agachados, con sus largos palos, a recoger a los heridos. Una camilla pasa junto a Castro. Bajo la manta sucia y ensangrentada se ve lo que queda de un muslo: carne trinchada, desgarrada, quemada, huesos astillados que blanquean como el marfil entre los guiñapos sanguinolentos.

Un obús estalla a veinte metros. Las mulas, espantadas, sueltan coces al aire y descomponen la carga. Castro no sabe cuándo desamparó a la suya. Tiembla bajo las explosiones, la cara contra el suelo, sin advertir que la grava le lastima las mejillas: quisiera meterse bajo tierra, perderse en alguna profunda galería adonde no llegue la muerte, como un gusano o como una hormiga.

Alguien grita:

—¡Madre, madre! ¡Vamos a morir!

Castro se acuerda del día que llegó al frente de Peñarroya. Ese día Atilano se lució. Primero un cañonazo demasiado largo y otro corto para corregir el tiro, luego una docena de proyectiles al vuelco de la loma, en medio del convoy: mataron cuatro mulas e hirieron a otras cinco, de las que hubo que sacrificar tres.

Cuando puede recomponerse, Castro se levanta y busca a sus hombres. La mejor mula del lote, *Capitana*, está echada sobre un charco de sangre y heces y cocea con las patas enredadas en sus propias tripas, abierta en canal, los ojos blancos, el belfo lleno de tierra y espuma. A Castro se le arrasan los ojos de lágrimas.

—¡Tú, dame el chopo! —le ordena a un soldado.

El soldado titubea un poco, pero le tiende su fusil. Castro acciona el cerrojo. La bala produce un siniestro sonido metálico al introducirse en la recámara.

Castro se acerca a un metro de la mula, encara el fusil, apunta a la frente del animal y dispara. La mula exhala un ronco suspiro, deja de

cocear y posa la enorme cabeza en tierra, despacio, casi con dulzura.

Castro le devuelve el fusil al soldado.

—¡Me cago en la guerra, y la culpa que tendrán las pobres bestias!

Se le acerca Aguado, que ha recuperado su expresión ausente habitual.

—¿Cómo hemos escapado? —pregunta Castro.

—La gente, bien. Solo las mulas. Cárdenas tiene un chinazo en el muslo, poca cosa. Lo están curando.

—Pues vamos a coger la carga y a terminar esto cuanto antes.

Los acemileros terminan de descargar y llevan sus mulas al resguardo del horno de yeso. A media mañana hay un momento de calma porque los respectivos ejércitos se están municionando. Los sanitarios aprovechan para evacuar a los heridos. Los más leves marchan por su pie hacia el puesto de socorro, en la retaguardia, algunos cojos apoyados en los que pueden caminar. Los impedidos se transportan en las parihuelas de las mulas. Castro y los suyos hacen un par de acarreos hasta el puesto sanitario.

Se distribuye un rancho frío: un chusco y una lata de sardinas por cabeza y una lata de fruta en almíbar portuguesa para cada cuatro hombres. Reparten también botellas de coñac marca Avance.

—¡Hombre, qué bien, el matarratas! —comenta Pino mientras echa un trago a gollete.

—Malo —reflexiona Aguado—. Van a querer que recuperemos la primera trinchera a fuerza de cojones.

Guardan silencio mientras se pasan la botella. El coñac, puro alcohol coloreado, les quema las gargantas, les enturbia el cerebro, disipa el miedo, infunde el valor o la temeridad necesarios para lanzarse al asalto de la trinchera perdida. Los soldados se miran, aparentando indiferencia. ¿Cuántos seguirán vivos esta noche?



La tregua dura una hora escasa. Después se reanudan los morterazos, las ráfagas de ametralladoras, el fuego de la fusilería. Se ha solicitado el apoyo de la aviación. Una escuadrilla de cazas Heinkel 51 sobrevuela el campo de batalla. Los nacionales prorrumpen en vítores cuando distinguen los círculos negros bajo las alas y el aspa negra en el plano de cola.

—¡Los nuestros! —grita Pino—. A ver si le dais candela a esos cabrones.

Los cazas evolucionan lentos, descienden uno tras otro en cadena y ametrallan las posiciones enemigas. Cunde el pánico enfrente. Algunos abandonan sus armas y se ponen a salvo, sin atender las amenazas de los mandos.

—¡Chaquetean, los han jodido bien! —grita un soldado—. ¡Viva España!

El sargento lo mira iracundo.

—¡Te *quieres* callar, que esto no ha terminado todavía!

Los republicanos desisten de ocupar la trinchera desamparada por los nacionales. Hostigados por la aviación, abandonan las posiciones conquistadas y se retiran a sus líneas.

Los contendientes intercambian todavía unos cuantos cañonazos. Luego renace la calma y, antes de que anochezca, unos y otros recogen a sus muertos. Castro y los suyos los transportan hasta la era del cortijo de Cadenas. Desde allí, un camión los lleva al cementerio de Peñarroya.

Los médicos atienden las urgencias en un improvisado cobertizo, sobre una albarda abierta que han cubierto con un hule, el hule.

—¡A ver! Estos cuatro a Valsequillo, al hospital de sangre.

—Hasta aquí no llegan los camiones, mi teniente. Las ambulancias están en la Rubia.

—Pues entonces, en los mulos.

—¡A la orden!

—¡A ver, los acemileros!

Castro se acerca con seis mulas provistas de transportines. Los sanitarios acomodan a los heridos. Un joven exangüe, de rostro aniñado, lleva prendido de un botón de la guerrera una tarjeta: «Herida desgarró, aproximación y sutura. Desagüe», y la firma ilegible del médico. A otro, un sargento de Coria, muy cachazudo, al que Castro conoce de la cantina, le han colocado un turbante de vendas en la cabeza que, como es moreno, le presta una expresión oriental. Tiene los ojos cerrados y apretados y respira con dificultad. En el pecho se puede leer la nota con el diagnóstico: «Cráneo. Reposo, taponamiento, lavado bordes».

Uno de los heridos tiene clavado en el hombro un proyectil de mortero sin estallar. Por la parte del pecho le abulta como una teta, encajado entre dos costillas; al lado de la clavícula le asoma la espoleta. El hombre tiembla y llora con un rictus de terror en la cara, los ojos apretados.

—Aviado va ese —observa el Chato.

—No; él no —replica Heliodoro—. Los que van aviados son los médicos que lo atiendan. ¿Qué pasará si les estalla el pepino al sacarlo?

—Y nosotros, ¿qué? —protesta Aguado—. ¿Quién cojones lo va a bajar al puesto de socorro? Porque yo ya he tenido bastante por hoy.

Callan y miran al cabo Castro. La decisión le toca a él.

—Lo bajo yo —murmura Castro con voz ronca.

Desvía la mirada con el pretexto de pisar la colilla que acaba de lanzar al suelo, a medio apurar.

El herido está medio atontado por la morfina, pero emite un murmullo quejumbroso. Castro, con el mulo de reata, la punta del ronzal en la mano, alejado cuanto puede de la posible explosión, escoge el camino menos pedregoso y se apura para salir cuanto antes del lance. En

las cambaladas, el herido se queja y pide agua.

—Aguanta, hombre, que en seguida llegamos, que te vean los médicos, que a lo mejor no es bueno que bebas.

El herido, después de insistir, con la voz trabada, en el último tramo guarda silencio. De vez en cuando, Castro se vuelve para darle ánimos: «Ya pronto estamos, hombre. Ya falta poco», pero cuando llegan, los sanitarios certifican que ha muerto.

Lo llevan con cuidado al patio trasero de la casa. Lo depositan detrás del pilón de piedra que hay al lado del pozo.

—Que vengan los artificieros.

Castro sale del hospital sin prisa. En la calle aspira una bocanada de aire limpio, libre del hedor a muerte, a sangre y a fenol.

Tanto peligro, para nada.

# CAPÍTULO 3

Setiembre de 1938. III Año Triunfal. En el cobertizo de un cortijo abandonado, los acemileros del batallón se han sentado en torno a una fogata y almuerzan un guiso de patatas, arroz y carne de asno. Un tibio sol otoñal, que apenas calienta, ha reemplazado a las nubecillas cargadas de lluvia de la mañana. Después de apurar su ración, el Chato limpia el plato de aluminio con un puñado de paja, lo encaja de nuevo en la base de su cantimplora, saca una cajita de lata en la que guarda varias colillas, las limpia de ceniza vieja y las deshace para liarse un cigarro. Luego se recuesta sobre una albarda. Suspira tras la primera calada.

—¡Lo bien que se está aquí, con las manos en los cojones, sin hacer nada!

—Tenía que darte vergüenza —lo reprende Aguado—. La pereza es la madre de todos los vicios. Pregúntaselo al páter.

—¿La madre de todos los vicios?

—Eso es.

—Pues a las madres hay que respetarlas.

En esto aparece el cabo Castro con un papel en la mano y la expresión radiante.

—¡Atenta la compañía! ¡Oído, cantimploras! Aquí traigo un permiso para vestirse de limpio y echar un quiqui. —Hace ademán de calarse unas gafas imaginarias y se dispone a leer los nombres de los afortunados—. ¿Qué pone aquí? No se distingue bien.

—¡Coño, Castro, dilo de una vez y no nos tengas en ascuas! —protesta Heliodoro.

—Ramón Aguado.

—¿Para qué va a ir Aguado si le da asco follar? —replica Pino.

Aguado le lanza una mirada homicida.

—¡Cállate, pichafloja, que cada vez que hablas sube el pan!

—Juan Cotrufes Pino.

Ríe Pino mostrando los dientes disparejos.

—Y un servidor —termina Castro—. Eso es lo que hay. Mientras yo esté fuera, el Chato manda en las mulas, ¿está claro?

El Chato, que rebaña la perola del rancho, levanta la sopa pringosa en ademán de reconocimiento.

El camión de la batería está junto a la compañía, con el capó del motor abierto y plegado. Los soldados de permiso cargan las cajas de vainas de obuses y se acomodan en el espacio restante.

—¡Qué es para hoy! —protesta el chófer, un pelirrojo que lleva un mono de mecánico debajo de la pelliza grasienta—. ¿Estáis todos? Pues vamos. ¡Licinio, manivela!

El mecánico cierra el capó y gira la manivela con energía. Carraspea el motor antes de ponerse en marcha, con un sonido asmático. Licinio extrae la manivela y sube de un salto a la cabina, cerrando la portezuela detrás de él.

—¡Vamos allá!

El camión, seguido por su espesa humareda negra, cruza un paisaje salpicado de carrascas y matorral, de arroyos henchidos por la lluvia y verdes prados. El aire limpio y frío se cuela en la caja del camión a través de las desgarraduras de la cubierta de lona. Un soldado ha tendido unos calzoncillos en una de las tirantas del techo.

—¿De quién coño es esto? —se queja el sargento Barrionuevo.

—¡Míos, mi sargento! —dice el propietario—. Es que los lavé anoche, y con tanta humedad no se han acabado de secar.

—Pues los has lavado muy mal porque apestan a huevos.

Los soldados ríen la gracia. El primer permiso, tras dos meses de agotadora faena, los pone de excelente humor.

Castro piensa en *Valentina*. Queda bien atendida en su ausencia. El Chato ya sabe lo que tiene que hacer. Por la noche, al redactar el parte, pondrá veinticuatro mulas, lo de siempre. *Valentina* no se cuenta. Sigue prestada de otro batallón.

Llegan los camiones a Peñarroya y atraviesan el pueblo por la carretera de las minas, frente a unas naves industriales en cuyo extremo humea una alta chimenea de ladrillo.

—Ahí funden la pirita —comenta un soldado de la zona— y sacan plata y plomo: la plata para Francia y el plomo para España, para hacer balas.

—¿Y los franceses, qué hacen con la plata?

—¡Yo qué coño sé: les harán pulseritas a las francesas!

Cruzan el puente de hierro que salva el arroyo de la Hontanilla y se internan en Pueblonuevo. Atraviesan un par de calles desiertas, con las puertas y las ventanas de las casas cerradas, algunas incluso clavadas. La hierba crece entre el adoquinado. Solo se ven militares. Hace dos años que la población civil evacuó el pueblo y desde entonces espera a que el frente se aleje para regresar. Algunos han vuelto para cultivar los campos o para vivir de los mineros o de los soldados.

En la plaza de Santa Bárbara hay dos tabernas y una tienda de comestibles. También un comedor barato y dos pensiones. En una de las calles accesorias, sobre la fachada del ayuntamiento, ondean la bandera nacional y la de la Falange. La casa contigua, el antiguo Casino, se ha habilitado como hospital de sangre. En un cristal esmerilado, sobre la puerta, Castro lee: «Casino de Pueblonuevo del Terrible».

Los camiones se detienen frente al antiguo economato minero, donde se ha establecido el mando de la XXII División. Una bandera y el escudo de armas del batallón, de lata, abollado, adornan el balcón principal.

Los soldados dejan caer el cierre trasero de la camioneta y saltan a

tierra.

—¡A formar! —truenan el sargento Barrionuevo.

Forman la línea, en posición de descanso. El sargento comprueba que están todos y les advierte:

—¡No digo nada! Tenéis veinticuatro horas para hacer el ganso. Mañana, a las ocho en punto, aquí. Si alguno termina en prevención le meto un paquete que se va a acordar de mí todos los días de su vida. ¿Os habéis enterado? Pues venga, ¡rompan filas!

Dos soldados bisoños tiran los gorros al aire y prorrumpen en vivas; los veteranos rompen la formación en silencio. No hay mucho que hacer en un pueblo minero despoblado por la guerra.

Castro, Aguado y Pino merodean un rato por las calles y plazas. En una cantina minera se toman unos vinos con cacahuets. Pino, que sabe algo de guitarra, le pide al mozo una que hay colgada en la pared, debajo de un cartel viejo y cagado de moscas que dice: «Se prohíbe el cante».

Con aplomo profesional, el cigarro humeante en los labios, los ojos entornados, la expresión concentrada, Pino rasguea un poco la guitarra, le regula un par de clavijas, la prueba de nuevo: suena peor que al principio. La rasguea otra vez. Aguado le pone una mano en el hombro y rompe a cantar con más sentimiento que acierto:

*Y al pie de un árbol sin fruto  
me puse a considerar  
que pocos amigos tiene...  
que pocos amigos tiene  
el que na tiene que dar...  
y al pie de un árbol sin fruto  
me puse a considerar.*

Aplauden Castro y los escasos clientes.

—No anda mal de pico el militar —alaba uno.

—Pues tenía usted que ver cómo está de pala —bromea Castro.

Dos clientes acomodados, corredores de trigo y semillas para el ejército, los invitan a una ronda.

Cuando salen de la cantina, un poco alegres, oscurece. En la puerta de la capilla de Santa Bárbara hay un puesto de patatas asadas atendido por una señora esquelética con mandil floreado, los pies enfundados en gruesos calcetines. De la hornilla se eleva una columna de humo blanco.

La patata está ardiendo, la pelan quemándose los dedos, y la devoran calentita. Pino se limpia las manos en la pelambrera, debajo del gorro cuartelero, y propone:

—Ahora lo que sienta es ir a Misangre.

—¿A echar un casquete? —inquiére Aguado.

—¡No, a cavar trincheras! —replica Pino enfadado—. ¡Tienes cosas de tonto! ¿A qué vamos a ir a Misangre?

Aguado se encoge de hombros.

—Bueno.

Misangre regenta su prostíbulo en la calle del Fielato. La casa, antigua, con la fachada pintada de ocre y un zócalo de azulete, contrasta con las del entorno, todas desconchadas y abandonadas. Frente a la puerta aguarda una cola de militares de distintas graduaciones, de sargento para abajo, las armas mezcladas, infantería, caballería, artillería, incluso tres mecánicos de aviación. Al principio, un ruidoso grupo de voluntarios italianos del Corpo di Truppe Volontarie, con sus camisas negras, sus calzones, sus puñalitos al cinto, sus botas y sus entorchados negros.

—¿Lleváis mucho en la cola? —le pregunta Pino a los últimos.

—Diez minutos, pero parece que esto va para rato.

—¿Y por qué tardan tanto?



—¡Yo qué sé! Será Misangre, que no le mete prisa a los italianos, y luego nosotros tenemos que aliviarnos como la fusila loca, meterla en caliente y pum.

Aguado consulta su reloj de pulsera.

—¿Sabéis lo que os digo? Que a mí no me gustan platos de segunda mesa.

—Si fuera de segunda mesa, todavía —le da la razón Castro—, pero yo no sé por cuántas mesas va a pasar el plato antes de que nos toque.

—¿Y si nos vamos al baile? —propone Pino—. A lo mejor allí cae algo.

—¿A qué baile? —inquieta Castro.

—El furriel de la segunda me ha dicho que va a un baile de candil en la calle de la Enramadilla.

—¿Vamos? —propone Aguado—. A ver si conocemos a alguna hembra que necesite un gustazo.

—Se lo tendremos que dar nosotros —replica Pino—, porque lo que es tú...

—¡Prestame a tu hermana y verás! —se enfada Aguado.

—A ver —interviene Castro—. ¡Haya paz! Vamos al baile.

La calle de la Enramadilla está desierta: puertas y ventanas cerradas y casas vacías. En la oscuridad destaca un recuadro de luz amarilla que se proyecta de un portal abierto, al fondo de la calle.

—Allí debe de ser.

El edificio es un antiguo cabaret de los buenos tiempos de la mina. Atraviesan el portón y un patio emparrado, con una galería de cristales de colores. Al fondo se ve más luz. Hay un amplio vestíbulo adornado con hermosas cariátides de madera tallada a las que la censura ha tapado los pechos con un listón corrido en el que se lee: «Loor y victoria a nuestros hermanos de Alemania, Italia y Portugal, empeñados en un común afán

de salvar la Civilización Cristiana Occidental de las garras del bolchevismo marxista, disolvente y ateo. ¡Viva Franco! ¡Viva José Antonio! ¡Arriba España y su Revolución Nacional Sindicalista!». A pesar de la larga inscripción, la última cariátide se hubiera quedado con las tetas al aire si no se las hubieran tapado con una bandeja de latón en la que han pintado, con torpe mano, el yugo y las flechas.

Los soldados entran en el espacioso local. Todavía conserva firmes vestigios del lujo de sus mejores años, aunque la luz mortecina de las bombillas con visera de latón, que sustituyen a las enormes lámparas de cristal de Murano, apenas arranca brillos de la pasamanería de los reservados y de las estilizadas columnas de hierro fundido que sostienen el techo. Un cordel, del que penden banderitas de papel con los colores nacionales, cruza la sala de columna a columna.

La pista de baile tiene un estupendo escenario con decoraciones barrocas, en las que destaca una profusión de carnes mitológicas: todo ello está cubierto con largas telas negras sobre las que han cosido el yugo y las flechas de la Falange en rojo y el escudo nacional con el águila de san Juan. En el muro del fondo, una pancarta confeccionada con tres sábanas reza: «El Invicto Caudillo Franco, al frente del Heroico Ejército Nacional, derrotará a la hidra marxista-leninista y restituirá a la España Imperial la paz y la grandeza de antaño». Alrededor del salón hay pequeños reservados resguardados por una balaustrada de madera dorada, el único detalle que recuerda el antiguo lujo, junto con el fresco del techo raso, de enormes proporciones, que representa el rapto de Europa (el cabaret se llamaba Europa). En los disolutos tiempos anteriores a la Cruzada, los mineros se solazaban, al empinar el codo, en la contemplación de una mujer desnuda de carnes resplandecientes que cabalgaba un toro bravo en difícil escorzo. El páter castrense que bendijo el local ordenó adecentar a la pecadora con una mano de cal que le tapa

las carnes de los pies al cuello. También han ocultado, con unos cuantos brochazos, los provocativos testículos del toro, grandes y negros, como berenjenas de simiente.

—¿Y esa tía metida en un saco? —inquire Castro.

—Es una torera famosa que nació en este pueblo. —Aguado exhibe, como siempre, sus conocimientos—. Se vestía de don Tancredo y cuando el toro se descuidaba se le agarraba a los cuernos y se le subía encima.

—¡Coño con la señora!

La pista de baile es amplia. Al desaparecer la tablazón original, usada en estufas y chimeneas el invierno anterior, ha quedado un ajedrezado de terrazo barato.

El baile se anima. Llegan grupos de muchachas escoltadas por señoras de edad, matrimonios mayores y algunas parejas de novios del pueblo. Los militares de baja graduación entran por docenas, alegres y bromistas, de repente serios cuando se cruzan con algún sargento o un alférez. Las señoras de respeto, enlutadas, con escapularios y medallas al cuello, cada cual con su silla de enea y una talega que contiene los arreos de hacer punto y ganchillo, intercambian saludos, buscan a sus amigas y se apostan con ellas en los reservados y palcos, desde los que dominan la pista de baile y las posibles desenfiladas del local. Antes de bajar a la pista de baile, algunas jovencitas atienden, serias, las instrucciones de la carabina.

—Estamos aviados —protesta Pino—. Las fieras esas vigilando y aquí el personal combatiente entregado.

—¿Pero tú qué te creías que te ibas a encontrar? —le reprocha Aguado—. ¿Tú qué buscabas?

—¿Yo? Echar un casquete.

—¡Estás listo tú! Luego te la meneas antes de acostarte y verás qué bien duermes.

A los pocos minutos aparece la orquesta, cuatro músicos de la banda del regimiento y un paisano con un acordeón, y ocupa su lugar en la platea. Ensayan unos cuantos compases. Uno de los músicos se levanta y anuncia:

—Distinguidas autoridades, señoras y caballeros: a continuación vamos a interpretar, con su permiso, el pasodoble *Sombrero* a petición de mi buen amigo el sargento Martínez.

Mira al sargento, gordo, moreno y con bigote, que asiente, reconocido, y levanta la mano para saludar a la sala, con un ademán patricio.

El músico y presentador se sienta, se acerca el clarinete a los labios y cruza una mirada con el resto de la orquesta para indicarle que comienza la música. Seis o siete parejas de muchachas salen a la pista seguidas de dos o tres matrimonios. Instantes después se incorporan otras parejas bajo el atento escrutinio de las carabinas, que han interrumpido labores y conversación para observar a los que bailan. Algunas novias fingen cierta resistencia para contentar a la galería, pero después se dejan arrastrar a la pista de baile. Delante de la orquesta hay una fila de muchachas sentadas en sillas de tijera que cuchichean entre ellas y ríen. Algunas, impacientes, siguen el compás de la música con los pies.

Después de ojear el género, los jóvenes soldados invitan a bailar a las muchachas, primero a las más guapas. Algunas acceden en seguida, animadas por las amigas; otras, se hacen de rogar.

—Bueno, cabo, ¿qué hacemos? —urge Pino.

—Yo le tengo echado el ojo a aquella del vestido de lunares y el escote cuadrado.

—Yo a la de al lado, la de las ubres grandes.

—¿Y tú, Ramón?

—Yo voy a esperar un rato, a ver cómo se os da a vosotros.

Pino sacude la cabeza y suspira.

—¡Ay, Aguado, tú hazle ascos a las mujeres, que acabarás mirando a La Meca!

Castro y Pino se estiran los faldones de la guerrera, orillan la pista de baile en actitud marcial, erguidos, se cuadran ante un teniente cuarentón que baila resignado con una señora gorda, posiblemente la suya, y alcanzan la fila de muchachas sentadas. La que ha escogido Castro tiene, vista de cerca, un cutis blanco y unas facciones atractivas, ojos melados grandes bajo unas cejas depiladas en arco, la nariz un poco respingona, los labios pintados, gordezuelos y apetecibles.

Castro recita la fórmula acostumbrada.

—¿Preguntar es ofender?

Ella, que lo ha estudiado por el rabillo del ojo desde que se levantó (le ha parecido que no está mal, quizá un poco bajito), responde:

—No, que no se ofende.

—¿Quiere usted bailar esta pieza conmigo, señorita?

La chica mira a su amiga, que ya ha aceptado la invitación de Pino y la anima con un guiño pícaro.

—Bueno.

Se levanta, deja el bolsito de rafia encima del asiento, para que nadie lo ocupe en su ausencia. Castro enlaza con delicadeza el talle de la muchacha y guarda las distancias. La mano femenina, una mano cálida y blanda, de señorita, descansa sobre la suya. Las manos de las criadas se distinguen de inmediato por las asperezas mal suavizadas con piedra pómez.

Castro se defiende en el pasodoble, que medio le enseñaron unas amigas en Lopera. Finge una soltura que no posee, para causar buena impresión. Al principio bailan en silencio. Ella ha reparado en el cuello de la guerrera, sucio, con una considerable corteza de mugre y grasa

renegrida, pero la camisa parece más limpia, aunque desteñida de hervirla para matar los piojos. No le parece que el cabo sea feo, tampoco guapo, aunque sí un poco basto. La barba cerrada le azulea bajo la piel curtida. Castro olisquea con disimulo el perfume femenino. Una mujer limpia, bien lavada. Daría cualquier cosa por besar los labios gordezuelos, el cuello de nácar. Imagina que ahora, de pronto, como por arte de magia, pudiera infundir un sueño pesado a todos los presentes, ella incluida. Entonces la echaría sobre una mesa y se cebaría en ella. Asustado de su propio pensamiento, lo rechaza y se reprende: «No seas borrico, Juan».

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—Conchi. ¿Y usted?

—Juan Castro Pérez, para servirla. Baila usted muy bien.

—¿De dónde es usted?

—De La Quintería.

—¿Eso está en las Canarias?

—No, señorita, aunque yo estoy con los canarios, soy peninsular. La Quintería es una cortijada de Andújar.

—Pero eso está en el lado de los rojos, ¿no?

—Sí, señorita.

—¿Y su familia?

—Por allí andaré. Hace dos años que no sé de ellos.

Se esfuerza por causar lástima, a ver si consigue que la muchacha se muestre cariñosa.

—¡Cuánto lo siento!

—¿Y usted? ¿Tiene aquí a la familia?

—¿Por qué no nos tratamos de tú?

—Bueno. ¿Tú tienes aquí a la familia?

—Sí. Mis padres tienen un hotel. Bueno, mi padre era gerente del

hotel París antes de la guerra, donde ahora está la jefatura del Estado Mayor. Mientras se arreglan las cosas hemos abierto una pensión, la pensión Patria, en la plaza.

—¡Ah, sí, he visto el letrero!

El pasodoble ha terminado. Los danzantes se sueltan y regresan a la fila de sillas. Algunas muchachas se han sentado en otros lugares, alrededor de la pista, y charlan con sus parejas bajo la atenta mirada de las carabinas. Castro ocupa un asiento al lado de Concha. Llegan Pino y la otra joven.

—Esta es mi amiga Pepi. Pepi, Juan —los presenta Concha.

—Tanto gusto.

—El gusto es mío.

Las dos parejas reanudan sus respectivas conversaciones. Castro explica a Concha que es hijo de un mediano propietario agrícola, dueño de algunos olivos y de un par de hazas de trigo, pero luego, a lo largo de la conversación, le da a entender que tiene un caballo con el que va a la romería de la Virgen de la Cabeza. Su caballo tiene más talento que un notario. Lo tiene amaestrado para que se arrodille delante de la Virgen del santuario. También le gusta la caza. Tiene una escopeta Remington—29 con la que ha ganado algunos campeonatos de tiro al pichón.

A Castro no le avergüenza suplantar la personalidad del señorito Federico, el hijo del marqués de Pineda.

Concha guarda un silencio meditativo después de la revelación. ¿Estará calibrando si es un buen partido? Parece impresionada.

—¿Y qué cazas? —le pregunta, distraída.

—Allí hay de todo: ciervos, cochino jabalí, liebres, perdices...

—¿Y no te da pena matar a unos animales tan lindos?

Castro no se esperaba esa pregunta, que lo desconcierta. No puede confesar que, en realidad, los mata el señorito Federico.

—Los animales están para que los maten, ¿no?

Concha se encoge de hombros. No le ha gustado la respuesta. Castro siente que ha perdido los puntos que llevaba adelantados. Mira desolado a Pino, que parece llevar lo suyo por buen camino. Pino hace reír a Pepi con esa risa descompuesta que delata el reblandecimiento del objetivo y le roza con disimulo el muslo. Ella no esquiva la caricia. Finge no advertirla.

—¿Quieres que bailemos esta pieza?

Otro pasodoble. Concha se lo piensa un poco antes de asentir con calculada indiferencia.

—Bueno.

Salen de nuevo a la pista y bailan en silencio, los cuerpos a la distancia conveniente.

Castro, después de pensárselo, pulsa un nuevo resorte.

—Bueno, en realidad no creas que me gusta tanto la caza, pero es que mi padre, mis tíos... todo el mundo caza. A mí me da mucha lástima cuando el ciervo malherido te mira, que parece que es una persona.

Concha se mantiene en silencio. Parece más atenta a la música que a las palabras.

—Me gustaría que nos hubiéramos conocido de otra manera, fuera de la guerra —ataca Castro con un argumento que ha usado con éxito otras veces.

—¿Por qué?

—No sé. Parece que la guerra nos saca a todos de quicio. La verdad es que nunca he conocido a una mujer como tú.

Ella lo mira a los ojos, seria.

—¡Anda ya, si no me conoces! Apenas hemos cambiado cuatro palabras y mañana si te vi no me acuerdo.

—Yo sí que te recordaré.



—¡No digas tonterías!

Ella parece enfadada.

—Con nosotros es distinto —razona Castro—. Con los soldados, digo. Hoy estoy aquí, mañana estaré en las trincheras. No sé si me pueden matar...

Concha lo mira de nuevo a los ojos, ahora alarmada.

—¿Por qué dices eso?

—No me hagas caso. Me he bebido dos copas para juntar valor para sacarte a bailar. Soy muy vergonzoso.

—¡Anda! —ríe ella, incrédula—, ¿vergonzoso tú? Si ya se ve la clase de piezas que estáis hechos tu amigo y tú.

—Él a lo mejor —se defiende Castro—, pero yo soy de otra pasta.

—Y yo soy de otra distinta que Pepi —puntualiza Concha—. No te vayas a creer lo que no es.

Castro y Concha miran a sus amigos y los ven levantarse, bordear la pista y abandonar la sala.

—Parece que se han entendido —comenta Castro con cierta envidia.

—Con Pepi todo es fácil —observa Concha con cierta aspereza en el tono—. Le mataron al novio el año pasado y está un poco trastornada. Pero es muy buena, más buena que el pan —la justifica.

—¿Y tú tienes novio?

—Si lo tuviera, no estaría aquí contigo.

—Yo tampoco tengo novia.

Concha vuelve a sonreír.

—¡A saber!

—¡Es verdad! —protesta Castro—. ¿Por qué no me crees? ¿Por qué desconfías tanto?

—Porque los soldados sois como sois y vais a lo que vais. Solo pensáis en lo único.

—¡Yo, no! —protesta Castro—, o, por lo menos, no contigo. Me has... —busca la palabra— me has impresionado mucho.

—¡Anda, anda... que eso se lo dirás a todas!

—¿Qué tengo que hacer para que me creas?

—¿Para cuánto es tu permiso?

—Mañana vuelvo a las trincheras —dramatiza Castro.

—¿Me vas a escribir una carta?

—Pero si solo me voy al cerro del Médico, a cuatro pasos de aquí.

—Bueno, no importa; quiero que me escribas una carta.

—Muy bien —concede Castro—; te escribiré. Pero tienes que darme tus señas.

—Es muy fácil: Concha Rama Anula, pensión Patria, Pueblonuevo.

—Te escribiré y verás que voy en serio.

Bailan un rato en silencio, hasta que la pieza acaba y la gente vuelve a sus asientos.

Concha consulta su relojito de pulsera, sujeto con una pequeña correa de terciopelo.

—Faltan siete minutos para las nueve y media. Tengo que volver a casa.

—¿Tan pronto?

—Tan pronto.

—¿Puedo acompañarte?

—¿Y tu amigo?

Aguado, desentendido del baile, se ha sentado de cháchara en uno de los palcos con dos señoras conocidas.

—Ya es mayor —dice Castro—. Cuando vea que falto, se irá a la Compañía de Transeúntes.

Ella se lo piensa. Después se encoge de hombros.

—Bueno. Si me quieres acompañar...

En la calle hace fresco. Está oscura y las piedras brillan al reflejar la luz mortecina de la linterna con la que Castro enfoca el adoquinado delante de Concha. Caminan en silencio, a un metro de distancia uno del otro, cada cual absorto en sus pensamientos. Él se siente turbado por la proximidad de un cuerpo de mujer que quizá promete futuras intimidades si maneja el asunto con la debida destreza. Hubiera preferido dar con una muchacha menos convencional, una que le permitiera acariciarle los pechos en el hueco de cualquier portal... quizá algo más. A Castro le recorre la espalda una culebrilla y siente cómo se le despierta el miembro cuando imagina sus manos acariciantes por los muslos de Concha, sus dedos al separar los labios de un húmedo sexo femenino. Ataja una ensoñación más atrevida y regresa a la realidad. Concha es de otra manera, pero le gusta. Le va a escribir en cuanto regrese al cerro del Médico. Cuando desembocan en la plaza, Concha se separa más aún y deja una distancia prudente entre los dos. Frente al almacén de intendencia, Castro repara por vez primera en el rótulo de la pensión Patria. La puerta permanece cerrada. Concha busca la llave en el bolso, la introduce en la cerradura, se vuelve y dice:

—Gracias por la compañía, Juan. Creo que eres una buena persona.

—Te voy a escribir, ¿eh? —le recuerda él—. Si te escribo, ¿me contestarás?

—¿Para qué, si estamos tan cerca? —bromea ella en un susurro—. Tú escíbeme y ya veremos.

Concha entra en la casa, pero antes de cerrar se vuelve y dice:

—Adiós, Juan, que tengas buenas noches.

—Buenas noches, Concha. —Le alarga Castro la mano, que ella apenas estrecha.

Se queda alhelado ante la puerta cerrada. Se huele la mano, aspira el leve perfume y siente otra vez la culebrilla por la espalda, aquella leve

opresión del contacto con la piel femenina.

—¡Qué buena estás, Concha —susurra como para sí—, y cómo me gustas!

## CAPÍTULO 4

Castro va a la Compañía de Transeúntes, a la vuelta de la plaza, junto al ayuntamiento. Enseña el permiso a un adormilado cabo de guardia, que lo deja pasar a una nave ancha donde hay dos filas de literas, ocupadas por soldados que roncan o sueñan despiertos.

Busca una cama libre, de las de abajo. Antes de acostarse toma sus precauciones. Se saca el cinturón con el escudo de infantería troquelado en la placa de la hebilla, lo enrosca y lo guarda en una de las botas, que introduce entre el bastidor de madera y el colchón con las suelas hacia afuera, para que la cabeza descansa sobre la caña. Es una precaución para evitar que se las roben. Se acuesta vestido y se tapa con una manta.

—Veremos a ver cómo escapamos de chinches —murmura como para sí.

—¡Chissst! —impone silencio el soldado de la litera contigua.

—¡A ver esos, silencio! —ordena el imaginaria desde la cortina.

—¡Imaginaria! —demanda una voz lastimera desde la oscuridad.

—¿Qué?

—Si me aciertas lo que tengo en la mano, te doy los cascarones.

—¡Los graciosos que se callen! —se queja otra voz.

El cabo Castro se desabrocha los botones de la bragueta para que la barriga quede libre mientras duerme. Boca arriba, con las palmas de las manos en el cogote, sueña despierto con la mujer que acaba de conocer. Concha Rama Anula. Se acuerda de *Valentina*.

—¡Ay, *Valentina*, no sé a cuál de las dos quiero más! Si hubiera suerte, a las dos os llevaba a La Quintería.

Está conciliando el sueño cuando una inconfundible tos cascada suena a lo lejos y lo despabila. Aguado, antes de entrar en el dormitorio, conversa un poco con el imaginaria en el cuerpo de guardia. Castro

identifica en el rectángulo de luz, bajo la cortina, sus botas inconfundibles y las alpargatas del imaginaria. Aguado entra en el dormitorio con su linterna enfocada al suelo.

—¡Chissst, Ramón, por aquí! —le indica Castro con la voz en sordina.

Aguado se orienta.

—¿Y Pino?

—Por ahí se ha quedado, con su guarra —responde Aguado mientras se despoja del uniforme en dos zarpazos, se queda en calzoncillos y olisquea las sábanas. Antes de meterse en ellas las reconoce con la linternilla, en busca de chinches o de la huella almidonada de alguna eyaculación. Satisfecho, las extiende y las cubre con un par de mantas.

—Y a ti, ¿cómo te ha ido? —inquire Castro en un susurro—. ¿Le has sacado brillo al sable?

—Al final me he liado a hablar con una enfermera del hospital de sangre, jovencilla, de Granada.

—¿Y qué tal...?

El soldado que antes protestaba atiende a la conversación.

—De brillo, nada —responde Aguado—. Me ha puesto la polla como el pescuezo de un *cantaor*, pero no ha consentido que pasara de las tetas. —Remete las sábanas y las mantas—. No se fía, y ahora me la tendré que cascar. No veas el dolor de huevos que traigo.

—Pero tú, ¿qué le has dicho? —insiste Castro.

—¿Qué le voy a decir?: que soy guapo y rico y que me quiero casar con ella. ¡No te jode!

—¡La madre que te parió!

Uno de los bultos durmientes rebulle en el fondo de la sala.

—¡Silencio, que queremos dormir! —protesta.

—¡Vamos a dormir, nene —indica Castro—, que molestamos al

señorito!

Al día siguiente, a media mañana, Castro y sus acemileros regresan al frente.

Amor los ve saltar del camión y anuncia:

—¡Eh, muchachos, venid aquí, que han llegado los sementales, recién follados!

—¡Calla, calla —bromea Pino—, que las putas estaban en Bélmez, en una boda, y nos la hemos tenido que cascar!

—¿Y quién se casaba?

—Tu hermana... —interviene Aguado—. ¡Mira que eres tonto!  
¡Siempre picas!

Castro va derecho a ver las mulas. *Valentina* está hozando en el pesebre. Le acaricia la grupa, el ancho costillar, el pescuezo; ella se vuelve y lo reconoce, pero no le presta atención. Regresa al pienso.

—¡Aquí estamos otra vez, *Valentina*! ¿Me has echado de menos? Ya se ve que no. Claro, tú aquí, en el pesebre, tan requetebién, haciendo carnes, y no te das cuenta de las fatigas que paso yo para traerte un celemín de cebada. —Le observa la matadura de la cruz, tantea la costra—. Esto se está cerrando la mar de bien. Buena encarnadura. Ya mismo a la faena, pero no te preocupes, que yo miro por ti.

En el patio empedrado, Heliodoro y el Chato fuman al solecito sentados en unas albardas.

—¡Oye, venid para acá que hay servicio! Vamos a darle agua a las bestias.

Les ponen las jáquimas y hacen tres reatas. Castro se queda el último, con *Valentina*.

—Aquí vamos a pasar tú y yo lo mejor que podamos lo que queda de guerra, que dicen que es poco, a ver si escapamos sin novedad, y luego a La Quintería. Ya verás lo bien que vas a estar en aquel sitio, al lado del

río, con la yerba espesa que parece que andas encima de un colchón. Mientras, vas a estar bien, porque la cebada no está mal, ¿eh? Yo tampoco me quejo del rancho. Tenías que ver los meses que estuve con los rojos. Allí no salíamos de las lentejas, pero aquí no te falta un estofado de carne, aunque sea de mulo, con perdón, tú no vayas a entrar en aprensiones, que solo se comen los mulos muertos. Con los rojos, eso sí, un soldado gana diez pesetas, pero ya me dirás para qué las quieres si luego no tienes en qué gastarlas.

Llegan al pozo y Castro aguarda aparte a que las recuas precedentes se retiren.

—¡A ver si me llenáis la pila —advierte Castro—, que un abuelo no está bien que doble el espinazo!

—¡Será cacho cabrón! —replica Heliodoro—. ¿Porque seas cabo ya vas a ser abuelo? ¡Pues anda que no llevaba yo mili antes de que te tallaran a ti!

—Yo ya la traía hecha, que empecé en el año 35.

Heliodoro y el Chato acaban de abrevar sus mulas.

—Bueno, nosotros tiramos para el cortijo.

—Ir delante, y cuando lleguen los otros les decís que traigan las demás mulas, que yo me quedo aquí.

Marchan los acemileros. Castro suelta sus mulas al careo de las plantas que crecen alrededor del pilón. Cuando le quita la jáquima, *Valentina* clava en él sus ojos grandes, cabecea, su hocico blando espurrea con los pelos largos que retienen el agua. Castro se lo acaricia.

—Algunas cosas buenas trae la guerra. ¿Tú sabes que un día me harté de jamón, que ni don Federico lo habrá comido mejor en su vida? Pues fue una vez que me pusieron de pinche de cocina, el año pasado, en Utrera. Habían hervido un jamón en una caldera, y me mandaron picarlo en un tenajón, y yo, de vez en cuando, me comía el mejor pedazo, ¡ñam,



ñam!, me di una panzada que me atizó una diarrea que estuve cagando tres días.

# CAPÍTULO 5

Muchos años después, en los anocheceres largos de La Quintería, durante las vacaciones navideñas, cuando afuera llovía y el abuelo Castro se quedaba al cuidado de los nietos, mientras sus hijos hacían las últimas compras para la cena de Nochebuena en el hipermercado, les solía hablar de la guerra civil, unas historias que ellos escuchaban como si hubieran ocurrido en otra galaxia, en tiempos remotos, pero nunca les hablaba del Churri, ni de los días del frente de Peñarroya, sino de las peripecias de su reclutamiento, del campo de instrucción, de su huida al bando nacional, de sus correrías por Lopera, por los pueblos de la campiña y por Córdoba.

«A mí en la guerra me pasaron muchas cosas, como a todos». Cuando estalló el Movimiento, yo ya tenía hecho mi servicio militar, porque lo hice de soldado de cuota, en Granada, y la guerra me cogió recién licenciado. Los de cuota servíamos menos tiempo pero teníamos que pagar nuestros gastos y comprarnos el uniforme. Así iban a la mili los señoritos. Mi cuota la pagó don Federico, el señor marqués, y mis padres quedaron muy agradecidos, aunque luego venía el Churri, con su brazalete de la FAI, y me decía: «So *desgraciao*, ¿no ves que el marqués te paga la cuota porque ha echado cuentas y le sale más barato pagarla que costear un mulero el tiempo que tú estés en la mili?». Puede que el Churri llevara razón, pero don Federico tenía buen corazón, porque en aquellos años había mucha necesidad y en mi casa nunca faltó de nada. Mi padre, como guarda y aparcero de la finca, nos sacó adelante sin que nos faltara nunca una botella de aceite ni un pan en la alacena. Trabajaba mucho, eso sí, pero la vida es trabajo, ¿no? El que nace pobre tiene que trabajar, ¡a ver si no! Pues hice la mili en Granada y allí algunas veces hasta me vestía de paisano y me iba al instituto, al lado del Triunfo, a ver

si me ligaba a las chavalas, haciéndome pasar por estudiante. También, en una ocasión, cuando la quema de iglesias, nos enviaron a una sección de soldados, con una ametralladora, al Sacromonte, en lo alto de Granada, a proteger el convento. Y otro día estuvimos de guardia en el teatro Reyes Católicos, que por lo visto también lo querían quemar. Pero en Granada no pasó nada. Lo malo fue después. Me vine al pueblo licenciado el 1 de julio del 36, y a los pocos días estalló la guerra. Por cierto, que la víspera hubo un movimiento de estrellas en el cielo, que nunca se había visto cosa igual. A mí, la guerra me cogió en La Quintería, trabajando para el señor marqués, y cada pocos meses pedían quintas nuevas, pero a mí me echaban para atrás porque decían que, aunque fuera obrero, era de derechas. Pero en marzo del 37 ya nos alistaron a todos, sin mirar si eras de derechas o de izquierdas, nos metieron en un tren y nos llevaron a Albacete. ¿Sabéis por qué nos pusieron «la quinta del arroz»? Bueno, como en esa quinta entramos todos los de derechas, luego, al llegar al frente, muchos nos pasamos. Por eso la quinta del arroz, porque se pasa en cuanto te descuidas...

Conque me encuentro en la estación con el Chato, un pastor del Lugar Nuevo, un pobre hombre que no sabía ni hacer la «o» con un canuto, y le digo: «¡Pero, coño, Chato!, ¿tú qué haces aquí?». «A ver, que llegaron el otro día los de las milicias y, mira qué trastorno, que se llevaron las cabras y a mí también». Conque ya fuimos juntos y no se me despegaba ni un palmo, como una criatura, porque era la primera vez que se montaba en un tren y que salía de Andújar y llevaba más miedo que once viejas. En fin, mira que pasamos, pues ya toda la guerra estuvimos juntos, y como no se apartaba de mí, muchas veces le decía: «Chato, tú eres mi secretario», y él se reía con ese desconcierto de dientes amarillos que tenía, más buena persona...

Pues nos tiramos toda la noche en el tren, con las luces apagadas, sin

pegar ojo, porque algunos reclutones eran tan tontos que iban contentos para la guerra, cantando sin parar, y solo paramos en un apeadero, no sé dónde, después de cinco horas de tren, para que le echaran agua a la locomotora, y a los que quisieron los dejaron bajarse al lado de la vía de careo, a mear y cagar, y allí mismo nos dieron el desayuno, medio chusco y una sardina arenque, y otra vez al tren. Así se pasó la noche, y al otro día, amaneciendo, llegamos a otro apeadero, nos metieron en camiones y nos llevaron al campo de instrucción de Tobarra. Eso es un pueblo de Murcia, cerca de Jumilla, el del vino. Allí, como no teníamos prisa ninguna por llegar al sitio de los tiros, el Chato y yo procurábamos equivocarnos en la instrucción y nos pasamos tres meses en la compañía de los torpes, pero luego, al llegar al campo de tiro, con blancos a cien y a doscientos metros, yo acertaba bastante porque estaba acostumbrado a asistir al marqués y al señorito Federico en las monterías. Y eso que tiraba con la izquierda, porque con el ojo derecho siempre he visto poco. Total, que me hicieron cabo de fusil ametrallador, y me dieron un fusil y me enseñaron a manejarlo. Como era cabo tenía derecho a un soldado para llevar el arma, así que hablé con un brigada y le dije: «Yo quiero que sea el Chato, que nos llevamos bien», y me puso al Chato. Al mes de eso nos destinaron a Jaén y volvimos a Andújar, ¡teníais que ver a la familia llorando en la estación!, todo el mundo a vernos con los uniformes nuevos, menos las botas, que no nos dieron. En Andújar nos metieron en camiones y nos llevaron unos días a Arjonilla, antes de llevarnos al frente de Porcuna, a unos cortijos que llaman Torrealcázar porque hay una torre de los moros. Éramos la 106 Brigada Mixta, con cinco compañías de infantería. En Arjonilla me vino a ver mi madre, a traerme una muda limpia y unos chorizos y otras cosillas que me mandaba mi tía Exupina, y me dijo que padre estaba preso en la catedral de Jaén. No estaba mal el hombre, pero bastante aburrido, y, por lo visto, se pasaban el día jugando

a las cartas, con unas cartas que los presos se hacían de pergamino. «Bueno», le dije a mi madre donde nadie me oyera, «si no le han hecho nada a padre, no está mal, pero yo me voy a pasar a los nacionales en cuanto pueda». A mi madre, al oírlo, casi le da un patatús: «¡Ay, hijo! ¿Cómo vas a hacer eso? ¿No ves que te pueden matar?». «Madre», le dije, «¿y tú crees que estos no me van a matar cuando se líen los tiros? ¿Quién me dice a mí que cualquiera de estos, que hay muchos de Andújar, y saben que soy de derechas, no me va a disparar por la espalda?». Con esto ya parece que se quedó más conforme. Entonces le dije: «Mira, madre, cuando yo os mande una carta y veáis mi nombre atravesado por la firma, eso es porque me voy a pasar. A esa carta no me la contestéis».

«Conque mi madre me dio una foto de la Virgen de las Angustias y en eso quedamos. A los pocos días, al frente, a las trincheras de Torrealcázar, los camiones con los faros pintados de negro, que solo alumbraban la carretera por una rendijilla de luz, por precaución, para que no nos tiraran los de enfrente ni los aviones».

## CAPÍTULO 6

El 12 de setiembre de 1938, III Año Triunfal, el excelentísimo y reverendísimo señor obispo castrense del Ejército de Andalucía, don Cosme Redondo Frajeiro, realiza una visita pastoral al frente de Peñarroya, acompañado por un breve séquito de servidores, secretarios, fotógrafos y periodistas. El motivo principal del desplazamiento del prelado es realizar una misa de campaña. El prelado es poco amigo de sobresaltos, por eso ha escogido un campo de batalla en el que hace semanas que no se dispara un tiro (los contendientes están enzarzados en la batalla del Ebro, a mil kilómetros de estas trincheras).

En plena sierra Trapera, última etapa del viaje, el relieve es escarpado, por lo que el prelado tiene que desplazarse a lomos de mula. El comandante Soler ha designado palafrenero del prelado al cabo y maestro herrador Juan Castro Pérez. El señor obispo montará, para la ocasión, una mula muy mansa, a la que el acemilero profesa gran aprecio, la *Valentina*.

La comitiva episcopal pernocta en el cortijo de La Mariscalá, coto de caza del duque de Siero, ahora deshabitado por encontrarse en terreno militar.

Los luceros brillan altos en la cálida noche sin luna. Después de apiensar a las mulas, Castro sale a echar un cigarro al parque del cortijo, un jardín abandonado e invadido de matorral. En el centro hay una rotonda con una fuente seca y la escultura de un niño desnudo. Castro se sienta en uno de los bancos de azulejos que la circundan y piensa en su regreso a La Quintería, cuando acabe la guerra.

—Aquello te va a gustar, *Valentina*, subir a las chozas altas, donde la mina, en Los Escoriales, a la hierba sabrosa. Vas a conocer a la prima Oria. —Se sonríe al recordarla—. El marido tenía un hato de cabras, muy

bueno... un hombre chiquitico y cenceño, de pocas palabras, que un día se ahorcó, después de ordeñar sus cabras. Ahora es la Oria la que atiende el hato. Como no tiene hijos... La Oria, cuando llueve, se pasa el día haciendo queso. A mí, cuando no tenía quehacer, que eran pocos ratos, me gustaba irme con ella y la miraba mientras hacía el queso. La ayudaba a echar el cuajo en una artesa y removía la leche con un cucharón, venga a moverla, hasta que se ponía dura. Luego se amasaba en la artesa grande, y cuando subía el suero y la masa se quedaba abajo, hacía una pelota con la masa y salía el churro, que me lo daba a mí para que me lo bebiera, en un jarrillo de lata, y ella, entonces, lo cortaba en pedazos que apretaba en moldes de esparto, con la pleita alrededor, en lo alto ponía otra tabla y encima tres o cuatro piedras, que pesaran...

De pronto, Castro se sobresalta al descubrir que no está solo: a su lado ha aparecido un hombre gordo en pijama y batín, en el que le cuesta reconocer al obispo castrense.

—¡Su santa reverencia! —exclama mientras tira el cigarro y se cuadra de un salto.

—¡Tranquilo, muchacho! Vuelve a sentarte.

Castro intenta apagar el cigarro.

—Sigue fumando, hombre. ¿Tienes otro para mí?

—¿Para su reverencia?

Castro se asombra de que un obispo fume o realice cualquier otra diligencia terrenal.

—Sí, hombre, para mí.

Castro saca la petaca.

—Usía: lo único que tengo es tabaco de hebra. Si usted gusta...

—Sí, hombre, líame un cigarro.

Mientras el mulero enrolla el canutillo, acercándolo mucho a los ojos para aprovechar la pálida luz de la noche, el obispo toma asiento con

desgana en el otro extremo del banco.

—Aquí tiene, usía.

El obispo coge el cigarro y lo enciende con el mechero de yesca que le sostiene el soldado. Nota Castro que el prelado lleva el batín desabrochado y que le brilla el sudor en la sotabarba, por la que asoma el blanco vello del pecho. El obispo da una profunda calada, aspira el humo, lo expulsa hacia el cielo con un soplo suave. Mira la escultura de la fuente: un niño desnudo que se examina un pie, sentado en una roca.

—El espinario —murmura el obispo.

—¿Mande, usía?

—Ese muchacho —señala el obispo—: El espinario. El niño que se saca una espina.

—¿Usía conoce este sitio?

El obispo ríe con sordina.

—No, no lo conocía de antes —declara con una sonrisa triste—. El espinario es una escultura famosa. Esta es una copia.

Castro piensa en la cantidad de cosas que debe de saber un obispo y que él ignora.

El prelado da un par de caladas, aspira hasta el fondo de sus pulmones. Es tabaco negro y malo, pero encierra una verdad elemental que no encuentra en los cigarrillos americanos que le suministra su sobrino Pío, emboscado en la delegación central de la Cruz Roja de Burgos.

—¿De dónde eres, hijo?

—De Jaén.

—¿Cómo te va la guerra?

—Hasta la presente no hay queja, usía. Vamos tirando.

El prelado da otra calada honda. Vuelve a sus propios pensamientos, a sus íntimas zozobras. Un buen rato después le pregunta, hablando como



para sí, con la voz algo ronca:

—¿Qué sabes de Dios?

Castro se vuelve, sin entender.

—¿Del Señor?

—Sí, de Dios.

—Bueno —se excusa—. Yo no sé mucho, señor obispo: que murió en la cruz por nuestros pecados y que desde el cielo nos ayuda para ganar la guerra, ¿no?

Asiente el obispo.

—Sí, desde el cielo nos ayuda a ganar la Cruzada, la Guerra Santa. Y dime, ¿crees que cuando yo levanto las manos durante el santo sacrificio de la misa el vino se transforma en la sangre del Redentor y el pan en su carne? ¿Lo crees de verdad?

—Señor —responde Castro, confundido—, yo soy un pobre ignorante y no sé la doctrina. Hice la primera comunión a los catorce años porque un día que llegué al pueblo, a comprar el pan (nos tirábamos la vida en el cortijo), la mujer de mi tío, Benita se llama, una mujer muy de iglesia, muy beata, me vio pasar con la borriquilla y me dijo: «Sobrino, ven que vas a hacer la primera comunión», y me puso un lazo en la manga, me prestó una camisa limpia de mi primo y me llevó a la iglesia. Llegó el cura reverendísimo y me dio la santa comunión, pero doctrina no sé, usía.

El obispo escucha en silencio.

—¿Y si eres de zona roja, cómo es que estás aquí, con los nacionales?

—Es que me pasé, usía —responde Castro, intentando dominar la emoción.

—¿Te pasaste? Pero tú eres pobre.

—Sí, usía, pero de derechas.

—¡Un pobre de derechas! —reflexiona el obispo—. Eso está bien. Entonces tú no crees en la revolución socialista.

—No, usía. Servidor es gente de orden. Mi familia está muy bien al servicio del marqués de Pineda. A mi padre lo metieron en la cárcel por eso. Yo, antes, tenía un amigo que siempre hablaba de que todos somos iguales y de que no hay derecho a que unos exploten a otros, pero no me convenció. En su casa a lo mejor es que pasaban hambre, pero en la mía, como estábamos al amparo del marqués, no nos faltaba un cacho de pan.

El prelado mira al soldado con interés.

—Yo también provengo de una familia pobre —dice como para sí.

—¿Usía? —se asombra Castro.

—Sí. Un marqués también me costeó una beca en el seminario. Me libré de tener callos en las manos —señala las manos callosas de Castro— y de pasar hambre como tu amigo.

—Mi amigo decía que los curas venden humo, porque todo eso del cielo y de los santos es mentira, para conformar a los pobres, para que piensen que estarán mejor cuando mueran y no se rebelen contra los que los explotan aquí en la tierra y se lavan las manos ante el dolor y la pobreza, eso decía.

—¿Y tú qué piensas?

—Yo no pienso nada, usía. Siempre ha habido ricos y pobres.

—¡Vendedores de humo...! —murmura el obispo y contempla el que se desprende de su cigarro.

Castro se siente incómodo. De buena gana volvería al pajar, con los otros soldados que escoltan al séquito episcopal, pero no sabe si será falta de respeto levantarse del banco antes que el obispo. Continúa sentado en posición respetuosa, las rodillas juntas, las manos sobre los muslos y sin atreverse a mirar al prelado, en pijama y batín.

—Cuando estás en peligro de muerte, cuando silban las balas a tu alrededor, ¿sientes miedo?, ¿en qué piensas? —pregunta el obispo.

—No, su santidad, cuando se oyen silbar las balas es porque han

pasado; la que mata no se oye. Ahora que, cuando nos tiran con artillería y ves que los cañonazos se acercan a donde estás y lo único que puedes hacer es meter la cabeza en el agujero, ahí sí que se pasa miedo.

—Entonces, ¿qué haces? ¿Dios te fortalece?

Titubea Castro antes de responder.

—No, señor obispo, pienso en mi madre, en el disgusto que se llevará si me matan.

El prelado asiente.

—Anda, vete con Dios.

Castro se levanta presuroso y se cuadra.

El obispo lo bendice y le tiende la mano del anillo. Castro lo besa.

—Adiós, hijo, hasta mañana.

# CAPÍTULO 7

*Pueblonuevo 17-9-38*

*III Año Triunfal.*

*Estimado Juanito:*

*Te escribo después de haber paseado contigo, con el recuerdo reciente de todo lo que me has dicho, lo que me alaga y me preocupa, todo a la vez. Si, como me dices, esos sentimientos son verdaderos, eso me emociona, porque como toda mujer lo que yo busco es ser feliz y encontrar un hombre que me quiera.*

*Si algo me asusta es verte tan seguro en lo que me dices pues nos hemos tratado poco y todavía no nos conocemos bien, yo casi no sé nada de ti y tú de mí lo mismo. A mí me dice el corazón que eres un buen chico pero todavía no puedo decirte más pues el cariño y el gusto viene poco a poco y no son cosa que se vea en solo unos días.*

*¿Comprendes?*

*Hace un rato, cuando estábamos juntos y tu te paraste a coger la hoja del árbol y me dijiste eso de que esa hoja la vas a guardar como recuerdo toda la vida, te tengo que decir que me emocione un poco y el corazón me pedía que te hablara claramente abriéndome a ti, quiero decir sincerándome contigo, pero no pude. Mis sentimientos están tan revueltos que no te los puedo explicar porque yo misma no sé lo que me pasa o lo que siento, lo único que sé es que cuando te he querido hablar con sinceridad no he podido, porque parece*

que se me pone como un ahogo que no me deja.

¡Es tan raro lo que me ocurre! Que no me lo explico.

En estos años, desde que me hice mocita, bueno un poco después, he tenido varios pretendientes y no he tenido dificultad en decirles a todos la respuesta que me pedían casi de momento, pero a ti no puedo, porque la verdad es que todavía no me la he dado a mi y no se como tomar tus atenciones.

En lo que se refiere a tu persona me he enterado de que en el tiempo que llevas aquí has salido con otra chica que solo conozco de oídas y eso es lo que me da miedo, que tan pronto me hayas conocido a mí y casi enseguida me digas lo que me has dicho. En fin, quiero pensar que tú no eres de los que van con una mujer por pasar el rato porque si fuera así, deberías saber que desde luego yo no soy de esas que sirven para pasar el rato, lo que yo busco es algo más serio y más comprometido. Si es así te ruego que no vengas más a mí en el paseo y quedamos tan amigos. Perdona que te diga estas cosas pero es que tú sabes las cosas que pasan, que debido a la guerra parece que la gente es más suelta y yo no quiero llamarme a engaño. Tú sabes que con tantos chicos sueltos en estos pueblos donde hay pocas muchachas para que llegue uno en plan serio llegan cuarenta que quieren pasar el rato y que te cuentan unas historias increíbles y luego, en cuanto pasan unos días, si te vi no me acuerdo. No es que me haya pasado a mí, pero en la pensión se oyen muchas cosas y se aprenden muchas historias.

Si verdaderamente yo represento algo en tu vida, no tengas prisa y deja que yo lo vaya viendo poco a poco porque además

cuando un hombre quiere de verdad a una mujer sabe esperarla el tiempo que haga falta.

Eso de que no eras mi tipo que comento Pepi no tienes que hacerle mayor caso porque debes saber que te encuentro normal, o sea que no me desagradas, porque yo tampoco aspiro a casarme con Rodolfo Valentino ni tengo la cabeza llena de pájaros y si algún día tengo que quererte, te querré como si fueras el único hombre del mundo, que es como debe querer una mujer, o por lo menos a eso me han enseñado.

De lo que me dices de tu familia no he de desentonar porque a mi en la mía aunque modesta de mediano pasar me han dado una educación y se cocinar y coser y llevar una casa y en eso no creo que nadie me tenga que enseñar nada y aunque no tenga una cultura como la de tu familia tampoco voy a desentonar porque como habrás visto soy discreta y hasta la presente, y siempre, he observado una conducta intachable. A mí no me deslumbran las riquezas ni aspiro a casarme con un rico, sino con un hombre cabal que me quiera y me haga feliz y me deje hacerlo feliz yo a él. Algunas veces me han pretendido chicos con bastante capital y los he rechazado debido a que sus prendas morales no me parecían las adecuadas, con esto te lo digo todo. Yo sé que los hombres me miran por hermosa y que por eso me adulan más de uno pero yo no quisiera que tú fueras uno de esos, sino ver en ti la sinceridad que los otros no tienen. Lo digo porque esta tarde me ha parecido que me adulabas mucho. No es que yo no te agradezca los cumplidos, sino que algunas veces he pensado que tienes mucha labia y que a cuántas se lo habrás dicho lo mismo.

Te ruego que esta carta no se la enseñes a nadie, ni

*siquiera al mejor amigo que tengas pues ya sabes lo que son las cosas y como todo se habla luego y se aumenta y yo no quiero andar en boca de la gente.*

CONCHI

*¡Saludo a Franco! ¡Viva José Antonio Primo de Rivera!  
¡Arriba España!*

## CAPÍTULO 8

Castro va a retirar unos sacos de cebada del almacén del batallón. Lleva una temporada en que aprovecha cualquier pretexto para ir a Peñarroya, aunque sea un ratito, para ver a Concha. Unas veces le pide permiso al teniente Rufo y otras al teniente Vico para que no se noten tanto sus ausencias del frente, pero ya le han descubierto el juego y lo han abroncado.

—¿Qué te has creído, que estás de vacaciones? Si no puedes pasar sin follar, te la meneas como todo quisque. A la próxima que faltes te cae un paquete que no te salva ni la Virgen del Pompillo, ¿entendido?

—A sus órdenes, mi teniente.

Este día ha tenido mala suerte. Luisa, la criada, le ha dicho que Concha ha ido a Córdoba con su madre, a comprar ropa de cama para la pensión. Contrariado, Castro entra en la cantina. Le acaban de servir un vaso de vino cuando llega el ayudante del maestro armero para comunicarle que tienen una ametralladora reparada para que se la lleve, si puede, al comandante Bozal, de la primera compañía.

—Sí, hombre, un bulto más, ¿qué más da? Como si fuera el cosario de Los Villares.

Cuando se dirige a recogerla, con *Valentina* del ronzal, se encuentra con el enlace del comandante Arenas.

—Castro, de parte del comandante que tienes un pasajero.

—¿Qué pasajero?

—Un alférez nuevo que va destinado a tu compañía.

Castro se encoge de hombros.

—Bueno, por lo menos iremos acompañados.

—¿Quiénes iréis?, ¿no has venido solo?

—No, he venido con cinco bestias, y con *Valentina*.



—¿Cómo? ¿Una mujer en las trincheras?

—No, *Valentina* es una mula, pero tiene más conocimiento que tú.

—¡Desde luego, lo que hay que oír —murmura el enlace cuando se aleja—, la mitad están tarambas, con tanto tiro!

El alférez se llama José Estrella Alpuente, tiene veintiún años y es de Madrid, pero la guerra le pilló de veraneo en la casa de unos tíos, en Málaga. Cuando se liberó la ciudad, lo llamaron a filas y lo enviaron a la academia para el curso de alféreces. Todo esto se lo cuenta a Castro mientras remontan el cerro Pajares por la vereda del Aljibejo. A Castro le dan ganas de preguntarle si en la academia no le han enseñado a mantener las distancias con la tropa, pero, por otra parte, le parece que el alférez es un buen muchacho y que necesitará desahogarse con alguien, como les ocurre a todos los que llegan al frente la primera vez. En cuanto llegue al cerro del Médico amistaré con el alférez Moneada y con el teniente Vico y si te vi no me acuerdo. Cuando se cruce con él mirará para otro lado y hasta puede que se avergüence de haberle contado su vida.

—¿Y tú de dónde eres?

—De La Quintería, mi alférez, una cortijada al lado de Andújar, pero casi toda mi vida he vivido en una finca que tenía mi señorito en sierra Morena.

—¿Tu señorito?

—El marqués de Pineda, mi alférez, don Federico Cañabate Díaz de Quesada. ¿No ha oído usted hablar de él?

—Pues no me suena. ¿Por qué tenía que haber oído hablar de él?

—Es uno de los hombres más ricos de España. Tenía tres coches y veinte yuntas de mulos.

—¿Y qué ha sido de él?

—Pudo escapar, gracias a Dios, cuando los rojos empezaron a pasear a la gente. Él se lo malició y antes de que pasara nada se llevó a la

familia a una casa que tienen en Francia, en Bia... Bia...

—¿Biarritz?

—¡Eso es! Nunca me sale el nombrecito. Pues se los llevó allá y por ahí escapó, porque al otro día los milicianos llegaron a Los Escoriales y arramblaron con todo: los animales, el trigo, el aceite, los aperos, todo. Hasta los muebles se llevaron. Dejaron un retén en la casa, y a mi padre, que era el aparcero del señor marqués, se lo llevaron detenido, por fascista.

—¿Y tú cómo escapaste?

—Yo seguí trabajando para la cooperativa popular que pusieron en Los Escoriales, pero luego me llamaron a la quinta del arroz, y en cuanto pude me pasé y aquí estoy.

Caminan un trecho en silencio hasta que Castro se detiene de pronto y extiende una mano ante el pecho del alférez para que se detenga. Se oye el lejano ronroneo de un avión.

—Mi alférez, vamos a meternos debajo de un chaparro, que se acerca un avión y no sabemos si será de los nuestros o de los otros.

Esconde las mulas cargadas bajo los árboles y él se refugia con *Valentina* y el alférez en el más tupido. Le palmea el pescuezo a *Valentina*.

—Tú quieta ahí, bonita. —Se vuelve al alférez y le explica—: Un avión pasa pronto. Es que si nos ven los aviadores, lo mismo les da por soltarnos unas ráfagas, que algunos gastan muy mala leche y la tienen tomada con las recuas de mulas.

El aparato, un biplano de reconocimiento, se hace más visible. Bajo las alas se distinguen los círculos negros y en la cola el aspa negra sobre fondo blanco de la aviación nacional.

—¿Las mulas no se asustan? —pregunta el alférez.

—¿Las mulas? ¡Qué va! Llevan ya más guerra que Cascorro. Y esta

de aquí, *Valentina*, tiene más conocimiento que una persona. El mulo, ahí donde usted lo ve, es uno de los animales mejor hechos que hay en el mundo: resiste las fatigas mejor que el caballo, aunque sea menos suelto de movimientos. ¿Ve usted el casco? Lo tienen pequeño y el paso lo echan rastrero, y eso les da seguridad en los caminos quebrados, que muchas veces no sabe usted por qué peñas tenemos que subir las nicanoras<sup>[1]</sup> y la munición a las trincheras. Luego, los mulos son de poco comer y, si se tercia, aguantan sin beber un día de fatiga. Además, fíjese usted: tienen la espalda más derecha que el caballo y el lomo recto y son algo estacados de manos; vamos, perfectos para la carga.

El alférez parece más preocupado por el avión que por los mulos.

—Es de los nuestros, mi alférez —lo tranquiliza Castro—, pero, por si acaso, vamos a dejar que se aleje porque él, desde tan alto, no sabe si nosotros somos de los suyos. ¿Usted entiende algo de aviones, mi alférez?

—Poca cosa.

Castro se queda pensativo.

—Es que... A lo mejor es una tontería... Yo, una vez, de niño, guardaba marranos en un sitio que llaman Las Viñas y pasó por encima un zepelín, ¿usted sabe lo que es un zepelín, mi alférez?

—¡Claro, hombre, un zepelín!

—Una cosa tan grande, mi alférez, que me dejó acojonado, con aquella majestad, y aquel runrún de los motores, despacito... Tardó lo menos media hora en perderse hacia la parte de Córdoba. Luego me he enterado de que llevaba gente, con sus maletas y todo, para Sevilla. Lo que no sé yo es cómo una cosa tan grande puede moverse por el aire.

El alférez Estrella ríe de buena gana.

—¡Es muy fácil, hombre! Toda esa salchicha va llena de un gas más ligero que el aire. ¿Tú no has visto los globos de las ferias, que si los

sueltan se van al cielo?

—Sí, mi alférez.

—Porque todo lo que pesa menos que el aire sube.

—Pero ¿el aire pesa, mi alférez? ¿No me estará usted tomando el pelo...?

—El aire, ahí donde lo tienes, pesa, pero hay gases que pesan menos. Los meten en una armazón de aluminio y hule y ascienden. Por la parte de abajo, el zepelín lleva una barquichuela que es como un autobús largo y ahí es donde va la gente y sus equipajes.

Castro mira serio al alférez.

—¡Hay que ver lo que es el conocimiento! ¡Lo que tendrá usted en esa cabeza!

—Todas las cosas se aprenden en los libros, cabo. No tiene mayor importancia.

El avión se pierde en el horizonte. Castro mira al cielo despejado.

—Bueno, mi alférez, ya podemos seguir, que el moscardón se ha ido.

Recorren el resto del camino en silencio. Castro lamenta no haber leído libros, con la cantidad de ellos que tenía don Federico en Los Escoriales, una habitación llena desde el suelo hasta el techo. Se acuerda de su amigo el Churri, al que le prestaba libros del marqués a escondidas. A menudo se pregunta cómo habrá escapado el Churri de la guerra y si seguirá vivo.

Llegan al camino de Valsequillo.

—Aquel cerro de enfrente es el del Médico, mi alférez, y el que se ve detrás es el de Mano de Hierro. En el del Médico es donde están las trincheras de nuestra compañía, mi alférez, pero el puesto de mando lo tenemos aquí cerca, detrás de aquellas encinas. Si usted no manda otra cosa, yo voy a llevar la máquina a la primera compañía.

—Nada, Castro, espero que nos veamos por ahí y tomemos un vaso de

vino.

Le tiende la mano cuando Castro inicia el saludo reglamentario. Castro se la estrecha después de un instante de vacilación. Estos pipiolos de la academia no saben que a la tropa no hay que darle confianza. Ya se lo enseñarán los otros.

—A sus órdenes, mi alférez, que tenga usted suerte.

Castro prosigue su camino, con *Valentina* y las mulas de reata, mientras el alférez lo mira con simpatía.

El alférez Estrella, cuando era estudiante en Madrid, asistía a los mítines de izquierdas e incluso pensó en alistarse en las juventudes socialistas. En su último año de universidad, su padre le regaló el diccionario de la Real Academia de la Lengua y lo primero que hizo fue tacharle la palabra «Real» del frontispicio y repintar sobre la corona del escudo otra republicana, lo que le valió un disgusto con la familia, que es cristiana y de derechas. Castro le ha resultado simpático, y su caso, aleccionador. Un obrero desclasado por el hábito de la esclavitud, que se pasó al lado de los explotadores y vive tan feliz en su ignorancia. Si alguien le explicara algún día el funcionamiento de la sociedad, como él le ha explicado el del zepelín, Castro comprendería y se pondría del lado de la justicia. El alférez Estrella, después de considerar esa idea, la rechaza: «No te metas a redentor que los tiempos no están para adoctrinamientos, y este palurdo, en cuanto vea de qué pie cojeas, te denuncia y cambia tu cabeza por un permiso».

## CAPÍTULO 9

Hace mes y medio que Castro sale con Concha. Ha decidido regalarle unos pendientes para formalizar el compromiso. Va a la oficina de la compañía y pregunta por su amigo, el brigada Gil.

—Está rebajado —informa el escribiente.

—¿No le atizarían en el bombardeo de ayer?

—No, hombre: fue a hacerse una foto para la madrina de guerra y se apretó tanto el correa, para disimular la barriga, que se ha herniado.

—¡Vaya por Dios, qué lástima!

—Ahora, que la foto, tenías que verla, parece que pesa veinte kilos menos, con la panza para adentro y las entradas pintadas con corcho quemado, para que no se vea que está medio calvo.

—¿Y la nariz?

—La nariz, como el asiento de una moto. Eso no se lo ha podido disimular el retratista.

Castro sale del chabolo decepcionado. En estos días se refuerzan las posiciones de la sierra de la Patuda y hay mucho trabajo para los acemileros. Si no cuenta con el brigada Gil, duda que le concedan permiso para ir al zoco. A los tenientes Vico y Rufo mejor no tantearlos, que los tiene escamados con tanta ida a Peñarroya.

De pronto, se le ocurre una idea:

—¡El alférez Estrella, coño!

Busca a Estrella, con el que se lleva bien, y le pide el permiso.

—¿Para comprar unos pendientes?

—Mi alférez, a usted no lo voy a engañar. Son para Concha, a ver si la ablando.

El alférez se lo piensa un poco.

—Bueno, diremos que vas a comprar pomada para las bestias.

El zoco está en los Tres Mojones. Quince o veinte moros del Tabor que defiende la Nava Redonda, frente a Villanueva, instalan allí, los jueves por la mañana, sus puestecillos miserables de víveres y objetos de segunda mano procedentes del botín de guerra.

Castro conoce a uno de los vendedores, Mohamed, un moro joven de zaragüelles y chaqueta, piel café con leche, cabeza rapada, cara huesuda, dentón, al que le falta el pie izquierdo. Un metrallazo se lo seccionó durante las operaciones para la conquista de Obejo, hace un año.

—Mohamed, ¿cómo andas? —le pregunta Castro a guisa de saludo, con toda la intención.

—¡Mohamed anda cojeando, cacho cabrón! —replica el moro y compone una sonrisa obsequiosa de dientes lobunos, amarillos, con una mella en el primer molar—. Mi alegre verte, paisa. ¿Tú comprar? Mohamed tener de todo, cabo. ¿Tú querer gallina güiña<sup>[2]</sup>?

—No, no quiero una gallina.

—¡No gallina! No importa. Mohamed tener de todo, paisa: güivos güiños, conía pa bebé, tabaco pa fumá, cocholate pa comé, galetas pa comé, condone pa follá, papel pa fumá, papel pa escribé, piedra pal mechero... —enumera el moro los productos ordenados sobre una manta.

Castro observa los condones, desplegados, con un papel de periódico dentro para evitar que se peguen.

—¿Esos condones son de confianza? —inquieta, señalando la mercancía.

Castro sabe que, para regatear con un moro, uno se interesa primero por algo distinto de lo que se propone comprar.

—¿Condomes? —Mohamed compone una sonrisa pícara y mueve la mano como si regañara—. ¡Ahhhh, paisa, tú saber manera; tú saber manera! Condomes de Mohamé ser de mucha confiansa. Italianos, bien lavados con vinagre güino, ¿tú saber? Ser de mucha confianza. Una

piseta, un condón, bueno, barato, más mejor.

—¿Una peseta? —Castro finge escandalizarse—. ¡Anda con el moro!  
¡Te doy una perra chica y vas que ardes!

—Tú estar arrojo, hombre<sup>[3]</sup>. Por perra chica tú no follar con condón, tú hasirlo a pelo y coger metralla<sup>[4]</sup>. Tú ir al hospital, tú tinir purgaciones... practicante meterte inyección por el pito, doler mucho. Tú, ahora, estar mucho farruco, pero cuando coger purgaciones pensar en Mohamé que estar tu amigo...

—¡Qué no, hombre, que por ese precio me la casco! ¿Y pendientes, tienes?

Mohamed se agacha mostrando sus rodillas huesudas y churretosas y alisa los condones con su mano sucia y renegrida mientras medita la pregunta.

—Mohamed tiner de todo, de todo, güino y barato, ¿qué ser pindiente?

Castro se lleva las manos a las orejas.

—Eso que se cuelgan las mujeres, de aquí.

—¡Ah! —exclama Mohamed—, ¿sarsillo? ¿Tú querer sarsillo, bonito y güiño, más mejor?

—Sí.

Las joyas son palabras mayores. A Mohamed le asalta la duda de si un simple cabo acemilero será solvente. Pregunta:

—¿Paisa trai pirra?

—¿Qué pirra? Háblame en cristiano.

—Pirra, pisetas, riales...

—¿Dinero? Sí que traigo.

—Tú espirar momento.

Mohamed se aleja, a cojetadas, hasta otro puesto un poco más abajo,



en la vaguada. Le echa el brazo por encima a un moro gordo que se vuelve a mirar a Castro. El moro asiente a las palabras de Mohamed, se introduce una mano en la profundidad de los zaragüelles y extrae un atadizo hecho con un pañuelo bastante sucio. Desata los cuatro nudos, y lo despliega, con el contenido en el cuenco de la mano. Hay algunas joyas, además de un puñado de dientes de oro arrancados a los muertos. Le entrega dos pendientes a Mohamed. El moro cojo regresa al lado de Castro.

—Primo mío tener pindiente bonito y barato. Yo decirle tú ser buen amigo, ponerlo barato: sien pisetas.

—¿Veinte duros? ¡Tú estás loco, Mohamed! ¡Cinco duros y vas que ardes!

—¡Tú mi robas, cabo! ¡Tú no tiner corasón! Yo tengo sinco moritos en Marruecos y tres mujeras quier comer, probesitos. ¡Ochinta pisetas!

—Que no, Mohamed, que no; como mucho, seis duros te doy.

—¿Seis duros? ¿Dos sarsillo de oro bueno, de piedras buenas? ¡Tú estar loco! —Se toca la sien y parece indignado de verdad—. ¡No bajar de quince duros!

—Ni yo subo de siete duros.

—¿Doce duros?

—¿Ocho?

—¡Diez duros!

—¡Diez duros!

Castro saca la cartera y entrega los diez duros en dos billetes de cinco. Mohamed los mira y remira, anverso y reverso, comprueba al trasluz la marca de agua, que no sean falsos, los estruja, los reduce a una bolita de papel que introduce en las honduras de sus zaragüelles.

—¡Tú mi robas! Tú no tiner lástima de mis moritos —se queja todavía al entregar los pendientes en un cucurucho de papel de periódico

que Castro abre para comprobar la mercancía.

Lo pliega de nuevo y se lo guarda en el bolsillo superior de la guerrera.

—Anda, adiós, Mohamed, y no me llores tanto.

—¿No querer máquina de coser bonita y barata?

—No.

Castro va contento con los pendientes. Se aleja seguido por la retahíla de Mohamed:

—Moro amigo saber más que tú de mujera. Tú enamorado como cordero al degüello. Tú comprar pendientes y poner contenta mujera, pero ella trabajar poco para ti. Tú comprar máquina de coser bonita barata y, cuando cansarte de follar, poner a trabajar mujera.

—Adiós, Mohamed.

—Tú espirar, paisa. ¿Qué prisa tener? ¿Tú no desir que quierer condones? Tú comprar condón, limpio, y tú poner para follar con cofita misiana<sup>[5]</sup>.

—Que no los quiero.

—Dos condones, una piseta, ¡cuatro riales!: Bueno, barato.

—¡Qué no, coño!

—¿Y tres riales...?

# CAPÍTULO 10

Los acemileros están contentos. Tras acarrear las últimas nicanoras y sus cajas de munición a las posiciones del puerto de la Cruz les han concedido un día de asueto. Después de almorzar un rancho de patatas con bacalao circula la bota de vino. Heliodoro y Amor se ponen a cantar:

*En llegando a Valsequillo*

[Los otros corean:]

*¡Quillo!*

*Hay un farol encendido*

[Coro:]

*¡...dido!*

*Con un letrero que dice*

[Coro:]

*¡dice!*

*¡Joderse y no haber venido!*

[Y todos juntos:]

*Carrasclás, Carrasclás...*

*¡qué bonita serenata!*

*Carrasclás, carrasclás*

*que me está dando la lata.*

Castro visita el cagadero de la sección, en unas encinas, y, después de aliviarse, en lugar de regresar al chamizo se aparta un poco, tras unas peñas que lo protegen del cierzo, se sienta en el suelo con la espalda apoyada en el tronco de una carrasca, saca del bolsillo superior de la guerrera la última carta de Concha y la lee por quinta vez:

Pueblonuevo 30-11-38

III Año Triunfal.

Estimado Juanito:

Antes de nada tengo que pedirte disculpas por no haberte escrito desde tu última. Lo que puedo decirte es que no se debe a nada en particular, sino que debe ser cosa de mi carácter que yo no puedo remediar porque algunas veces se me cruzan malos pensamientos de que si me estarás engañando, pues en lo que me dices de que tuviste una medio novia en Andújar, cuando me quedo sola y me pongo a pensar, se me ocurre que a lo mejor estás casado y me lo ocultas como hacen muchos. Yo, la verdad, te profeso una amistad tan grande que podría resultar en otros sentimientos más profundos si no fuera por esa falta de confianza porque en lo que me dices, no sé por qué, que pienso que me engañas, mira. Ya sé que no tengo motivos pero muchas veces una adivina las cosas, eso nos pasa a las mujeres. No quiero que esto te ponga triste porque si no quisiera confiar en ti ni tuviera interés no te escribiría. Si como dices, me quieres sabrás comprenderme y tendrás paciencia que es como se demuestra el amor verdadero, porque yo soy así y no quiero uno de esos amores de la guerra que se ven por ahí. Tú me entiendes. Yo no quiero que nadie juegue conmigo y con mis sentimientos ¿Me quieres de verdad? ¿No me engañas?

Yo te puedo decir que no me disgustas, es más estoy medio peleada con Pepi que el otro día me dijo pues no sé que ves en

*ese, porque a ti te gustan altos y rubios y él ni lo uno ni lo otro.*

*¿Tú crees que si no me gustases iba yo a consentir que te pasearas conmigo?, ¿no lo comprendes tú así?*

*Y ahora voy a hacerte una pregunta: si llego a quererte y mis padres se interponen en nuestras relaciones, ¿sabrás luchar por mi? Yo creo que mis padres cuando se enteren de que tú eres un chico formal no me dirán nada.*

*En fin hoy no quiero continuar más, pues supongo que no vas a tener tiempo de entretenerte. Espero que si puedes me escribas esta noche, para que cuando vengas me la des.*

*Con afecto sincero.*

CONCHI

*¡Saludo a Franco! ¡Viva José Antonio Primo de Rivera!  
¡Arriba España!*

# CAPÍTULO 11

Dos de diciembre de 1938. Ha diluviado toda la noche. Una leve claridad anuncia el amanecer en la línea del horizonte. Castro se incorpora en el jergón, recoge su capote manta, mete la cabeza por la abertura central y se lo ajusta a la cintura con una correa. Despierta con el pie a los acemileros; con una patada más fuerte a los que tienen el sueño profundo.

—¡Arriba, cantimploras, que está el sol en la era y hay que ganarse las habichuelas, que es por la Patria!

Ellos protestan, pero se levantan, lentos, soñolientos, con los miembros entumecidos y doloridos de la cama incómoda, del frío.

En medio del cobertizo, la hoguera nocturna se ha reducido a un montón de ceniza humeante. Salen Cárdenas y el Petardo a buscar leña entre la neblina húmeda y gris del monte.

Vuelve a llover. Aguado llega de las cocinas con el desayuno: un chusco por barba con una loncha de tocino añejo y un par de tazas de achicoria. El camino desde las cocinas es largo y la achicoria llega tibia. Antes de servirla, Pino calienta la cántara lechera en la fogata que acaba de encender.

—¡Vaya día de perros! ¡Tengo unas ganas de que los mierdas esos se vayan de ahí y se acabe de una vez esta puta guerra!...

Petardo, alto y flaco, se escarba en el sobaco, se mira las uñas y descubre al piojo. Lo atrapa con cuidado y lo arroja al fuego.

—¡Esto es la gloria, Pinico! Los de allí arriba están peor —dice señalando las posiciones del cerro de Mano de Hierro—. Ayer, cuando les llevé el correo, me encontré al comandante Camuñas tiritando liado en una manta y a media docena de guripas que sacaban el agua del chabolo con latas: se había venido abajo medio techo y se había inundado. La chocolatada les llegaba por los tobillos.

—En Obejo sí que nos llovió —recuerda Cárdenas—. Allí es que no había donde meterse. El agua te hacía churretes en la cara y en el pescuezo y se colaba por el pecho y la espalda, y había que sacarse la camisa para que saliera por lo alto de los pantalones, que si no, te empapaba la cintura, y eso sí que es malo, que como te dé un resfriado de riñones la palmas.

—¿Tú te crees que con esta vida perra que llevamos no nos saldrán los achaques cuando tengamos cuarenta años? —pregunta Heliodoro—. Ya veréis la vejez que nos espera.

Se abre un silencio. Castro piensa: «A los que nos espere. Porque todavía no sabemos cuántos vamos a salir vivos de esta», pero no habla. Como es cabo, ha adoptado el hábito de los mandos de silenciar cualquier pensamiento que desmoralice a la tropa.

Aguado destapa la cántara e introduce un dedo en el líquido. Está caliente. La aparta del fuego.

—¡Venga, que se enfría!

Alargan las tazas, que son latas de leche condensada con la tapa doblada en forma de lengüeta, como asa, y Aguado les sirve cazos de un líquido negruzco y humeante. Algunos migan el chusco y se comen a cucharadas la papilla resultante.

—Esto con leche está mejor —comenta Pino.

—Sí, hombre, ¡el señorito! —le replica Heliodoro.

—A ver si la semana que viene administramos mejor la leche condensada, que el furriel nuevo es un agarrado que solo afloja lo que le ordena el sargento de semana.

—Ya se ablandará cuando tenga que pedirnos los mulos para algo.

—En Obejo —recuerda Cárdenas— nos cargamos a una miliciana de esas que tiran bombas de dinamita; de esas que hacen con latas de conserva reforzadas con mucho alambre y llenas de clavos y balas rotas

que recogen de los terraplenes de las trincheras. La gachí levantó la mano para lanzarnos una con la mecha corta y una bala le acertó en el brazo, soltó la bomba y le explotó encima. Cuando llegamos a donde estaba, la encontramos muerta, hecha una pena, pero se ve que metió la cara en tierra y, aunque tenía la espalda abierta, con el costillar al aire, y le faltaba media cabeza, la cara la tenía entera. ¡No veas lo guapa que era! ¡Lo que hubiera dado por pillarla viva!

Castro y Aguado se encuentran en las cuadras.

—¿Qué me han dicho, que te has echado novia? —pregunta Aguado.

—Algo así.

—A ver si tienes suerte y no te sale venenosa —dice Aguado—. Porque víboras son todas.

—Tú no serás maricón, ¿eh? —replica Pino—. Que parece que no te gustan las mujeres.

Aguado se encoge de hombros y no contesta. Piensa en un suceso de su vida civil que guarda para sí. Lo que él tenga con las mujeres no les interesa a aquellos patanes.

Aunque llueve a cántaros llega la orden de suministrar a la tercera compañía. En la huerta de Rincón, los camiones han descargado diversa impedimenta: tejas, placas de uralita, cajas de naranjitas<sup>[6]</sup>. Los acemileros cargan sus mulas y emprenden un camino largo y fatigoso hasta las posiciones. Castro supervisa la entrega y solicita las firmas de los oficiales responsables, en la del Gamonal, la del capitán Cobo; en la de cerro Cansino, la del teniente Ramírez.

—Cómo va eso, Castro —lo saluda el alférez Estrella.

—Ya lo ve, mi alférez, aquí, de correo del zar. ¡Nicanoras y naranjitas, que no falten!

—Pues habéis escogido el peor día, con tanta agua.

—Eso son cosas del mando. Lo mismo no quieren que nos vean los



aviones. Con tanta agua... Nos está lloviendo bien, ¿eh? A ver si llega pronto el verano, que tengo ganas de que me achicharre el sol.

—¿Y la novia?, ¿cómo va?

—La novia, bien, mi alférez. Le regalé unos pendientes como usted me recomendó y se puso tan contenta, pero luego, por la noche, iba a llevarla al baile y me mandó a la criada para decirme que no salía, que estaba de morros.

—¿Y eso?

—Pues, por lo visto, los pendientes tenían sangre y se ha maliciado que el moro que me los vendió se los había arrancado a una roja del tirón.

—¡Coño, Castro! ¿Y cómo no se te ocurrió lavarlos antes de dárselos?

—Mi alférez, a mí me pareció que estaban bien. Las mujeres, como se fijan tanto en todo, pues se dan cuenta de esos detalles.

—Pero ¿ella te ha devuelto los pendientes?

—No. Eso no.

—¡Entonces no pasa nada, hombre! Tú le escribes una carta y le dices que no tienes culpa, que no le ibas a preguntar al moro de dónde los había sacado, aparte de que se lavan bien con alcohol y ya está.

—¿Usted podría escribirme la carta, mi alférez? Usted tiene más palabras que yo, y no digamos la letra. Si usted me hiciera el favor, ya iba yo apañado.

—Bueno, Castro, pero no te garantizo el resultado.

—Mejor que si la escribiera yo, seguro, mi alférez.

## CAPÍTULO 12

Tres de diciembre de 1938. III Año Triunfal. El alférez Estrella y el cabo Castro se encuentran en el cuartel de Peñarroya.

—¿Qué haces aquí, Castro, que siempre te estás escaqueando? —bromea el oficial.

—A sus órdenes, mi alférez. Que he venido a por herraduras y medicinas para las bestias.

—Yo, a recoger los haberes de la compañía —dice Estrella—, pero no están hasta mañana. ¿Has ido ya a ver a la novia?

Castro se sonroja un poco.

—No, mi alférez, los lunes va a Córdoba con el padre, a comprar comida para la pensión.

—Entonces estás libre como los pájaros —observa Estrella—. Te invito a un vino en el Terrible.

—Bueno.

Después de tomarse un cuartillo de vino en una de las mesas con brasero del Terrible, los dos militares regresan a la plaza de Peñarroya, donde tienen sus respectivos alojamientos, el alférez en la residencia de oficiales y el cabo en el dormitorio de la Compañía de Transeúntes. Ha llovido toda la tarde, después ha escampado y se ha ido el frío. Estrella le pregunta al cabo:

—Oye, Castro, ¿cómo fue lo de pasarte de los rojos?

—Es largo de contar, mi alférez.

—¿Y qué prisa tenemos?

—Pues verá usted, mi alférez, a mí me llevaron el año pasado al frente de Porcuna (el 5 de julio del 37), a un sitio que le dicen Torrealcázar, entre Porcuna y el Pilar de Moya. La primera noche que llegamos nos pusieron a dormir en la falda del cerro, en unos chozos

tapados con lonas de camuflaje, y en cuanto amaneció, el rancho y todo el mundo a las trincheras. Cuando llegué al sitio de mi compañía y vi bien aquello, le pregunté a un abuelo dónde estaban los nacionales: «Allí enfrente, a la derecha de Porcuna», me señaló, «¿ves aquel cerrete?». Calculé que estarían como a cinco kilómetros. «Hasta aquí no llegan los tiros», me dijo, «pero los cañonazos, ¡vaya que si llegan!».

Yo ya tenía hablado, con otros seis soldados, todos de derechas, lo de pasarnos, así que los busco y les digo: «Aquí en cuanto se pase alguno habrá más vigilancia y se pondrá más difícil pasarse, así que hay que ser los primeros, mañana en cuanto anochezca». Como yo era cabo, esa noche puse de centinelas a tres de los que nos pasábamos, los tres seguidos. Conque llega la noche, todo el frente en silencio y los tres centinelas y yo nos vamos a gatas hasta un agujero de la alambrada, pero a los pocos metros de atravesarla, el Chato se cayó en un hoyo con cañas secas y latas vacías y armó más ruido que un buey por un tejado, y con tantos reclutas recién llegados al frente, que se asustan por nada, pensaron que era un ataque de los nacionales y se armó un tiroteo de mil demonios. El otro se perdió y lo cogieron, así que al final solo nos pasamos el Chato y yo.

El Chato, no sé si lo he dicho antes, es uno de Andújar, de la sierra, un pobrecico. Lo tengo de acemilero en la tercera compañía, me sigue a todas partes como un perro, y si le digo tírate a ese pozo, se tira de fe que me tiene, como si yo fuera alguien. Se llama Manuel Gutiérrez Cano. Es hijo de unos piconeros que, cuando estaba en la sierra, en la época de las monterías, se arrimaba de vez en cuando a Los Escoriales, el coto del marqués de Pineda, donde mi familia sirve, y mi madre le echaba unas tajadas de carne en una lata y así medio lo crio, porque, si no llega a ser por ella, se hubiera quedado redrojo. Estos piconeros vivían como los animales, toda la familia en el mismo chozo, los padres se acostaban con

las hijas y en ese plan. Lo poco que sacaban del picón, cuando iban a venderlo al mercado, se lo gastaban en aguardiente, de modo que a los hijos los tenían abandonados. Conque el día de marras se lía el tiroteo y salimos de allí por pies, cagados de miedo, con las balas silbando por encima, menos mal que la noche era cerrada y los reclutas tiraban a ciegas. Y para cuando echaron una bengala, que se ve el campo como si fuera de día, el Chato y yo habíamos traspuesto lo menos quinientos metros, al resguardo de una cortadilla, ¡no veas qué manera de correr!

Saca el alférez su pitillera de plata y ofrece a Castro un cigarrillo Bisonte. Castro busca su mechero, da lumbre al alférez y después enciende su cigarrillo. Tras la primera bocanada reanuda la narración:

—Cuando aquello se serenó un poco y dejaron de tirar, le dije: «De aquí hay que salir, que tenemos mucho camino por delante». Y el Chato: «Lo que tú digas». Conque tiramos para adelante, entre los olivos, y el Chato cagado de miedo, que todos los olivos se le antojaban un rojo. Después de mucho andar, cuando pensé que ya estábamos cerca de las trincheras de los nacionales, le digo: «Chato, ahora a esperar a que amanezca para que nos vean bien y no tiren». Conque nos metemos en una hondonada y probamos a dormir, pero con los nervios no pudimos, conque, cuando clareó el día, me asomo y me encuentro delante la torre de Torrealcázar. Miro para atrás, y Porcuna a lo lejos: «¡Me cago en diez!, ¡la madre que me parió! Que nos hemos perdido en la oscuridad y hemos dado la vuelta y otra vez estamos en el mismo sitio», y el Chato: «Coño, Juanillo, ¿y qué hacemos ahora?, que si nos cogen nos fusilan, ¿les decimos que habíamos salido de espárragos y nos perdimos?». «Coño, Chato, ¿cómo puedes ser tan tonto? ¿Cómo vamos a salir de espárragos si no es el tiempo? En todo caso, de caracoles».

Salimos a escondidas entre los olivos, no fueran a vernos, hasta que nos alejamos un poco y encontramos una cañada con unos olivos muy

buenos y le digo: «Pues lo que hay que hacer es aguantar el día y, cuando se haga de noche, irnos para los nacionales». Al rato llegaron unos muleros a trabar sus caballerías en el pasto y nosotros quietos, que no nos vieran. Así dejamos pasar el día, con muchísima sed, sin gota de agua. Chupábamos hojas de olivo, que eso consuela, y, al oscurecer, va el Chato y me dice: «Bien pensado, yo no sé por qué me paso a los nacionales, porque yo soy pobre y no tengo nada, yo tenía, más bien, que ser rojo». Y le digo, ya cabreado: «¿Entonces por qué coño te pasas?, que mira el tormento que me das». «Hombre, Juanillo, yo por estar contigo». «¡La madre que te parió!, no vayas a decir que eres rojo cuando estemos con los fascistas», le advertí, «a ver si me van a fusilar a mí por tu culpa, que tú eres muy capaz».

Seguimos para adelante, sin hablar, por medio de los terrones, y al rato se me acerca con el fusil terciado a la espalda y me dice: «Oye, Juanillo, ¿tú para dónde te vas?»; y le digo: «¿Para dónde va a ser, cantimplora? ¡Para Porcuna!», y dice: «Pues yo, para Andújar, que he pensado que yo no tengo nada que ver con nadie y lo que tengo es que estar en mi casa». Le digo: «¿Pero tú tienes casa, so desgraciado?», y me sale conque si no tiene casa, tiene un chozo, allí en medio de la sierra, en lo más fragoso, donde no llegan ni los conejos, no digamos ya los rojos o los fascistas. Así que porfiando, que sí, que no, le digo: «Mira, para Andújar no tiras tú»; y me dice: «¿Y por qué?», y le digo: «A la segunda oliva no llegas vivo, porque te pego un tiro. Antes que llegues a la segunda oliva, te he matado, así que tira *palante*». Y para que viera que iba en serio acerrojé el fusil, así se calmó y ya se quedó más conforme. Conque acaba de oscurecer, por fin, y seguimos andando para Porcuna, entre los olivos, y el Chato dale que te pego: «Juanillo, ¿sabes lo que te digo?: debíamos tirar para la sierra de Andújar y nos escondemos en el chozo y allí esperamos a que acabe la guerra, que allí nadie nos va a

buscar»; y yo: «Ya te he dicho que tiramos para Porcuna». Él, de vez en cuando, se caía, y tropezaba con todo, como un señorito de esos que no saben andar por los terrones, del miedo que llevaba. Anduvimos un rato y digo: «Vamos a pararnos aquí a esperar a que amanezca». Vino la luz y nos encaminamos al repecho que terminaba en las trincheras nacionales. Y según subíamos, el fusil terciado a la espalda, ya a la descubierta, nos pusimos a gritar: «¡Arriba España! ¡No tiréis, que nos pasamos! ¡Viva la Falange!». Conque nos gritan: «Echad los fusiles por encima de la alambrada». Conque yo tiro el mío y el Chato que no se atrevía a tirar el suyo, por el golpe, porque como en el campamento nos habían dicho tantas veces que el fusil había que cuidarlo como a una novia...

Así que salieron unos soldados a ayudarnos a pasar las alambradas y nos llevaron a un chabolo donde dos tenientes nos tomaron declaración y yo les señalé en el mapa dónde estaba cada cosa: el cuartel, las cocinas y todo. Entonces, con dos cañones de largo alcance que tenían, que los llamaban el *Felipe* y la *Leona*, cañonearon las posiciones rojas a mediodía, a la hora del rancho, y otros que se pasaron después nos dijeron que acertaron a las cocinas y volaron las calderas por los aires, que las lentejas llegaron hasta el pilar de Regomello.

Castro y Estrella han llegado al edificio de la compañía minera, habilitado para residencia de oficiales. El centinela de la puerta se cuadra y Estrella le devuelve el saludo.

—Oye, Castro, ¿tú tienes sueño?

—Pues la verdad es que mucho no, mi alférez.

—Ya se nos ha pasado la hora del rancho. ¿Qué te parece si vamos a la Tota, dónde ponen unas patatas asadas muy buenas? Te invito.

La Tota es un antiguo almacén de maderas de entibar que una cantinera de la Legión, la Tota, ha alquilado. Está decorado con telarañas espesas, banderines y escudos del tercio. En dos docenas de mesas, de las

más variadas procedencias, unas redondas, otras cuadradas, incluso tablas sobre caballetes procedentes de una panadería, beben hasta cincuenta militares de baja graduación, soldados rasos, cabos, sargentos, brigadas y algunos alféreces y tenientes jóvenes. A ratos, desde un tablado improvisado sobre cuatro barriles, un viejo *cantaor* gitano, al que nadie atiende, desgrana soleares acompañándose con una guitarra vieja. Otras veces son los soldados los que cantan a coro, llevando el compás con los vasos de culo macizo sobre las mesas:

*Los regulares son gente fina,  
lo mismo beben peleón que gasolina;  
los regulares son gente bruta,  
lo mismo joden a las cabras que a las putas.*

Castro y Estrella ocupan una mesa libre junto al tabladillo del *cantaor*. Piden al mozo que sirve las mesas un cuartillo de vino y dos patatas asadas, pero el alférez apenas toca las suyas. Castro se come las cuatro con excelente apetito. Estrella pide otro cuartillo y le ofrece un vaso al *cantaor*. El gitano brinda, agradecido:

—Por la salud de ustedes, señores.

El gitano es viejo y enjuto, la cara apergaminada, la nariz aguileña, un lacio bigote gris y una expresión de resignado cansancio. A Castro le resulta familiar aquella cara.

—Oiga, ¿usted es de la parte de Andújar, por un casual?

—No, señor, de Granada, pero he *estao* mucho en Andújar, esquilando bestias.

—¡Ah! De eso lo conozco a usted. Yo soy sobrino de Juan Castro, el herrador.

—¡Ah, sí, hombre, una bellísima persona! ¿Vive todavía?

—Que yo sepa, sí, pero como está en la otra zona... ¿quién sabe?  
Veremos a ver cuando volvamos lo que nos encontramos.

Bebe el gitano en silencio, meditabundo. Luego dice:

—¡Hay que ver la que han liado ustedes, los payos!

Después del tercer cuartillo, el alférez pide media botella de coñac del bueno, no el saltaparapetos que suministra el ejército para estimular la combatividad en vísperas del tomate. El alférez Estrella, como no tiene mucha costumbre de beber, está bastante borracho.

El gitano, después del descanso, rompe otra vez a cantar con mucho sentimiento:

*Mejor quisiera estar muerto*

*Que verme pa toa mi vía*

*En este penal del Puerto,*

*Puerto de Santa María.*

*¿Adónde irá este barquito*

*Que cruza la mar serena?*

*Unos dicen que a Almería*

*Y otros que pa Cartagena.*

—Teníamos que irnos, mi alférez —sugiere Castro.

—Llámame Pepe, Castro. ¿No somos amigos? —dice el alférez con la voz beoda.

Castro también está algo borracho, pero conserva su lucidez.

—Claro que somos amigos, mi alférez, pero a mí me gusta llamarlo mi alférez.

—Bueno, tú me llamas como quieras.

A la hora de irse, Estrella se empeña en pagar las consumiciones:

—¿No dicen que el primer sueldo del alférez provisional es para el



uniforme y el segundo para el funeral? Pues este es el segundo y me lo quiero gastar con mi amigo Castro, que el tercero sea el del funeral — insiste con terquedad de borracho.

Además, antes de salir, compra otra media de coñac.

—Este para el camino, Castro, por si nos da sed, que la sed es muy mala.

Por la calle, el alférez sigue bebiendo a gollete. Está tan borracho que tiene que apoyarse en el hombro de su acompañante.

—Yo a ti te tengo mucha admiración —le dice al cabo.

—¿Usted a mí? —se asombra Castro—. ¡Qué cosas se le ocurren, mi alférez!

—Pues sí, yo te tengo admiración porque tuviste los cojones de pasarte. A mí me faltan esos cojones.

—Pero si usted está ya con los nacionales, mi alférez.

Han llegado a un callejón oscuro. El alférez se detiene y apura el resto de la botella de un trago. Luego la rompe contra la pared de enfrente.

—¡No tengo cojones de pasarme a los rojos! —confiesa con voz ronca—. Allí es donde tenía que estar, con los míos, defendiendo a la República.

Castro siente una especie de desmayo. Mira a un lado y a otro. ¿Habrá oído alguien una confesión tan comprometedora? Los del Servicio de Información Militar están por todas partes. ¿Qué dice este loco? ¿Cómo se le ocurre declarar algo tan peligroso a una persona a la que apenas conoce?

—No diga usted eso, mi alférez, que con esos asuntos no se bromea.

El oficial se detiene. Le pone las manos sobre los hombros para mantener el equilibrio, lo mira fijo a los ojos, con su mirada honda y sincera de borracho, y le dice con voz firme y casi serena:

—¡No bromeo, Castro! En mi vida he estado más serio. Lo que pasa

es que he tenido que emborracharme para sincerarme contigo, porque, aunque tú no lo sepas, eres el único amigo que tengo en esta parte. Yo tenía que estar allí enfrente, luchando por la República, pero estoy aquí, hecho un cobarde, cagándome de miedo todos los días porque no tengo cojones de pasarme.

—Mi alférez, ¿cómo puede decir esas cosas, con lo mala que es la República, una persona de sus estudios?

—¿Mala la República, amigo mío? La República puede cometer errores, pero es mucho mejor que la pandilla de criminales y traidores que se han alzado contra ella porque quieren perpetuar sus privilegios, los banqueros ladrones, los aristócratas holgazanes, los militares sin honor... Tú no sabes lo que es la libertad porque has nacido en la corraliza de los que te explotan. Eres como el pájaro que le teme a la libertad y vuelve a la jaula, pero yo te digo una cosa, y acuérdate siempre de ella: hasta que no seas libre de verdad no serás hombre. Acuérdate. Y Franco y Queipo, y los obispos, lo único que van a hacer, si ganan la guerra, es cargar de cadenas al pueblo y no dejarle levantar cabeza.

—Mi alférez, yo no quiero oír esos desvaríos, haga usted el favor de callarse que, si alguien lo oye, nos compromete.

El alférez está demasiado borracho. En la plaza vomita sobre el asfalto. Castro lo ayuda a llegar, dando traspiés, hasta la fuente central, le coloca la cabeza debajo del chorro y le echa garrafadas de agua fría por el cuello.

—¡Mi alférez, por lo que más quiera, despabílese un poco, que nos va a traer la ruina a usted y a mí!

Al contacto con el agua, el alférez se recompone un poco. Castro lo lleva a la residencia de oficiales y, con ayuda del imaginaria, lo acuesta vestido en una de las literas del cuerpo de guardia. Le echa una manta por encima.

—No te preocupes —lo tranquiliza el imaginaria—. Con este son tres los oficiales borrachos. Los que no pueden subir las escaleras duermen aquí la mona.

Castro regresa a la Compañía de Transeúntes.

—¡Buenas horas tenemos de volver, como si fuera un hotel! —lo amonesta, medio en broma, el brigada Peláez, que está de semana.

Castro tarda en conciliar el sueño. Las revelaciones del alférez lo han inquietado. Luego se deja vencer por la modorra hasta que se da la vuelta y se une al coro de roncadore.

# CAPÍTULO 13

La tercera compañía lleva un mes en campaña, con heladas y aguaceros, con la ropa mojada, sin leña para calentarse, con rancho frío muchos días, en unas trincheras embarradas y malolientes, en las que pululan enormes ratas oscuras que se alimentan de cadáveres y pueden contagiar la rabia. En los puestos de centinela y de los escuchas sopla inmisericorde un cierzo helado que agrieta la piel y los labios, por más que se los untan con cera, con el aceite rebañado de las latas de sardinas, o con grasa de caballo de la de lustrar botas. En estas circunstancias, afeitarse resulta un calvario. Casi todos lucen barbas de muchos días, comidas de piojos y con costras de rascarse. En la segunda semana de diciembre han soportado bombardeos artilleros casi a diario y una infiltración de fuerzas enemigas, para tantear las líneas, que puso en un aprieto las posiciones del cerro Gamonal, entre el del Médico y el de Mano de Hierro, y causó cuatro muertos y una docena de heridos. Los de la primera compañía, en cambio, solo han tenido una baja, un soldado del último reemplazo que se volvió loco, se metió una granada Breda en la boca y se voló la cabeza.

Llega el relevo para que la compañía descanse unos días en retaguardia, en Bélmez. Los soldados embarcan en camiones con un alborozo que desmiente su demacrado aspecto, sus rostros curtidos, sus labios agrietados, los ojos hinchados y enrojecidos por la falta de sueño, muchos con orzuelos de restregárselos con los dedos mugrientos. La compañía embarca en camiones. Castro y los acemileros hacen el viaje con sus mulas, de vacío: las bestias también necesitan un descanso.

En Bélmez, los soldados pueden darse una ducha y mudarse de calzoncillos y de camisa. Las medidas higiénicas son severas: hay que depositar la ropa, las mantas y los petates en el taller de la compañía minera, donde lo hierven todo en enormes calderas. También es

obligatorio pasar por los barracones de Sanidad, donde dos sanitarios los rocían de polvos desparasitarios. Se supone que es para matar a los piojos, pero Pino se resiste alegando que los polvos menguan la potencia sexual y que, en cualquier caso, a los pocos días estarán otra vez comidos de piojos.

—En eso llevas razón —reconoce el sargento de Sanidad—, pero tú te bautizas como yo me llamo Braulio.

Y requiere el concurso de una escuadra de fornidos sanitarios que reducen al rebelde, entre las risas y los comentarios jocosos de sus camaradas.

Después pasan desnudos a las duchas, en un local que apesta a zotal y a desinfectante. Entre bromas y risas recorren un angosto pasillo de cemento con panochas de bronce que lanzan chorros de agua a presión desde arriba, desde las paredes y desde un murete intermedio que llega hasta la altura de las rodillas y obliga a los soldados a avanzar con las piernas abiertas.

—Y esto, ¿qué coño es?, mi sargento —protesta Heliodoro.

—Es para que os lavéis bien los cojones, que los traéis llenos de miseria.

Los chorros de agua caliente despiden un vapor espeso, una niebla calentita que los acoge con una agradable sensación de placer. Para evitar demoras, varios cabos de Sanidad arlean con una caña de escoba a los que van demasiado lentos.

Pino experimenta una erección y bromea con Aguado, que lo precede:

—Ramoncete, mira cómo se me ha puesto esto. ¡Tú verás si te apartas o te la hincó!

—¡A mí no me vayas a acercar eso, so marrano, que sabrá Dios las purgaciones que llevarás para tenerlo tan gordo!

—¿Qué coño purgaciones? Este es su calibre natural, el que vuelve

locas a las gachises, no ese pingajillo tuyo, que da pena verlo.

A Castro y a los acemileros les asignan una casa grande, con la mejor cuadra del pueblo y habitaciones ventiladas y espaciosas. Invierten la primera mañana en acarrear paja desde un almiar de las afueras. Por la tarde se unen al resto de la compañía para refrescar la instrucción. El sargento Otero les hace aprender los toques de corneta: diana, fajina, asamblea, reconocimiento, escuadra, compañía, batallón, generala, parte, oración, retreta, silencio, romper filas, ataque, fuego, alto el fuego, retirada, bando, paseo y revista.

—Mi sargento, ¿qué tendrá el de fajina que es más bonito que el de diana?

—Lo que tiene es que eres un vago que no piensas nada más que en comer.

A la tarde, el capitán les pasa revista. Así un día y otro. El sábado les tocan diana a las tres de la madrugada y forman en la plaza con toda la impedimenta para una revisión de fusiles.

—Esto se va pareciendo al ejército de Pancho Villa —amonesta a la formación el sargento Otero— y es porque con vosotros no hay forma de hacer carrera, porque se os da la mano y os tomáis el brazo. Mañana, cuando forméis para la misa, quiero el correaje con la dotación completa: veinte balas, cuatro peines en cada cartuchera, seis cartucheras (cuatro delante, dos a cada lado de la hebilla y dos a la espalda, sobre los riñones), en total, ochenta balas, y que no coja ninguna cartuchera sin munición, que ya sé que algunos despabilados la usan para llevar el tabaco y el mechero, porque al que pille se la carga. ¡Rompan filas!

En estos días, Castro aprovecha cualquier pretexto para ir a Pueblonuevo a ver a Concha. El domingo por la tarde, al salir de misa, ella le presenta a sus padres, y él invita a la familia a un vermut en el bar Paraíso. La madre de Concha examina a su yerno con ojo experto y se

interesa por su familia. Castro no desmiente las informaciones que Concha les ha dado: su padre tiene un mediano pasar. Adivina en la mirada de águila de la suegra una sombra de recelo o reserva. Es natural, se tranquiliza Castro, de las familias de la zona roja no se puede averiguar nada. Se esfuerza para que su compostura sea lo más desenvuelta y elegante posible. ¿Cómo reaccionaría doña Concha si supiera que, en la vida civil, a la que habrá que volver algún día, es un simple aparcero y guarda de la finca de un marqués y que su madre se puede decir que es una criada, puesto que cuida de la casa del señorito? ¿Y Concha, la hija? ¿Cómo se lo tomará? Algunas veces se pregunta cuándo le dirá la verdad, porque la relación empezó con un simple intento de camelársela para la cama y, sin advertirlo, ha pasado a mayores y ahora es de lo más formal. Si van a unir sus vidas, como espera, debería confesarle la verdad, aunque sea poco a poco, para no alarmarla, pero nunca encuentra la ocasión propicia, o no se determina. Alguna vez piensa en mandar al Chato a que lo cuente todo, él que lo sabe, y que quiere a su familia. Se lo imagina diciendo: «*Son probes, pero honraos*», pero luego rechaza el pensamiento: «¡Anda que no podría meter la pata el Chato! En fin, *Valentina*, este asunto va a haber que dejarlo para cuando termine la guerra. Ahora es mejor dejar las cosas como están».

Un lunes en el que Concha acompaña a su padre a Córdoba, Castro acude a la estación a las siete y media de la mañana para saludarlos en la breve parada del tren. Ella sale a despedirse al pasillo y aprovecha el momento en el que se quedan solos para besarlo fugazmente en los labios. Antes de que reaccione de la sorpresa lo empuja, para que se baje, porque acaba de sonar el silbato del factor. Castro, en el andén, contempla la sonrisa pícara que Concha le dedica desde la ventanilla. Un beso en los labios, el primero, hasta ahora se había resistido y solo le había consentido alguno en la mejilla. Castro se siente feliz. Aguarda

hasta que el tren desaparece en la lejanía, con su penacho de humo negro, y regresa a su albergue, sin prisas. El ranchero le da un café con medio bote de leche condensada, por algo son amigos, y un chusco abierto y tostado, untado de manteca de cerdo derretida. Después del sustancioso desayuno baja a las cuadras y apareja a *Valentina*. Repite la escena que ha visto hacer a su padre tantas veces los días de mercado.

—Nadie diría que estamos en guerra, ¿eh, *Valentinilla*?

Mula y hombre salen al campo, a uno de los cerretes cerca del castillo donde crece buena hierba. Castro quiere dejar a *Valentina* de careo mientras él disfruta de la soledad, un sentimiento que echa de menos desde que está en el ejército, donde es difícil estar solo.

Está hermoso el campo, aunque sea invierno. Castro se lo imagina en primavera, después de la lluvia, cubierto de jaras y de tomillo fragante.

—*Valentina*, esto con la calor tiene que ser bonito, cuando florezcan las jaras, la alhucema y el romero y se salpique de colores.

Castro piensa, con tristeza, si lo verá, si se habrá acabado la guerra para entonces, o si durará un invierno más, o dos. ¿Un invierno más? Recuerda los inviernos en Los Escoriales, el humo fresco, perfumado de las ramas cuando enciende la candela para hacer las migas, al amanecer, casi de noche, para don Federico y los monteros, antes de las partidas de caza. La añoranza lo envuelve en su manto piadoso.

A la caída de la tarde, Castro regresa, encierra a *Valentina* en la cuadra y se une a sus camaradas en una taberna. Dirigidos por Aguado cantan a coro:

*Al batallón le gusta mucho el vino,  
al batallón le gusta mucho el ron,  
al batallón le gustan las mujeres,  
batallón, batallón, batallón.*



Avanza la noche y cesan los cánticos. Medio borrachos inician conversaciones profundas.

—Aquí vivimos como animales —filosofa Aguado—, y la miseria nos une mucho. No hay cosa que junte más a la gente que la miseria. Aquí somos como hermanos, aparte de que, en cualquier momento, te pegan un tiro y no tienes más consuelo que el de los compañeros, pero luego, cuando acabe la guerra y volvamos a la vida civil, cada uno a su puesto, ya verás como no nos conocemos, es que ni siquiera nos vamos a querer conocer, pasaremos al lado del otro y diremos mira qué mal vestido va o míralo que ínfulas tiene.

—¿Qué son ínfulas? —pregunta el Chato.

Los demás tampoco conocen la palabra. Miran a Aguado, expectantes.

—Como ganas de aparentar, de ser más —declara.

—¡Ah!

—Pues yo nunca he tenido ínfulas —confiesa Heliodoro.

—¿De qué ibas tú a tener ínfulas, o yo, si somos unos muertos de hambre? —replica Pino—. Ínfulas las pueden tener de brigada para arriba, y no todos.

## CAPÍTULO 14

—¿Usted sabe lo que son ínfulas, mi alférez?

El alférez Estrella mira a Castro receloso. No entiende a qué viene la extraña pregunta. Por otra parte, lleva días preocupado por las confidencias que le hizo con la borrachera. Si lo denuncia al Servicio de Información Militar, como es su obligación, es hombre muerto. Lo llevarán a un consejo de guerra y después a una prisión militar o a un pelotón de fusilamiento. Ensaya una posible defensa, negándolo todo. Al fin y al cabo sería su palabra contra la de un cabo. De pronto repara en que negaría la propia esencia de su fe republicana, como san Pedro a Cristo, y se avergüenza. Durante dos semanas ha procurado evitar a Castro, pero al cabo de la tercera se ha hecho el contradizo.

—¿Qué son ínfulas?, ínfulas son soberbia, las ganas de parecer más de lo que uno es.

Sonríe Castro con su cara ancha de campesino.

—Entonces lo que yo tengo con mi Concha son ínfulas. ¿Sabe lo que me preocupa, mi alférez? Que ahora que se acaba la guerra tendré que decirle que soy menos de lo que ella se cree y no sé cómo se lo va a tomar. Ya sabe usted cómo son las mujeres.

—¿Quieres que le escriba una carta? —se ofrece Estrella.

—Esta vez no, mi alférez, que mañana a la noche voy a verla y, si tengo valor, le diré la verdad y ya veremos lo que pasa. Por lo pronto le he comprado una postal que yo creo que le va a gustar. A ver qué le parece a usted, mi alférez.

En la postal, el artista ha representado a dos enamorados: él, con el pelo rizado y un bigotito recortado; ella, con permanente y un clavel en la oreja. Contemplan un ramo de flores de difícil clasificación botánica, entre el pensamiento y el girasol. Al pie hay unos versos:

*Con cálido arrullo  
el Amor inflama  
de aroma al capullo,  
de gracia a la rama.*

—Es muy bonita —murmura el alférez, con el pensamiento en otro asunto—. Lo pasamos bien la otra noche, ¿eh? —tantea—. Y yo la cogí bien gorda, la borrachera, digo.

Castro comprende la preocupación del oficial.

—Mi alférez, no debería beber tanto, que el vino suelta la lengua y se dicen cosas raras...

—Yo esas cosas solo se las digo a los amigos de verdad.

—Si es por eso, no pase mal rato, que de esta boca no ha de salir nada —lo tranquiliza Castro, serio—. Yo le estoy a usted muy obligado.

—¿Obligado? ¿Por qué? ¿Porque te he ayudado a escribirle cuatro cartas a tu novia?

—Bueno, por eso también, pero lo que más me obliga es lo del zepelín.

—¿El zepelín?

—El día que fuimos de Peñarroya a La Tejonera, ¿se acuerda? Usted me explicó cómo vuela un zepelín. Solo por eso ya me siento obligado con usted para todos los días de mi vida.

—¿Qué dices, hombre? —protesta Estrella.

—Que sí, mi alférez. ¿Usted sabe lo que me respondió el señorito Federico, el hijo del marqués, cuando se lo pregunté?: «Tú ocúpate del arado y no pierdas el tiempo mirando a las nubes». También se lo pregunté a algunos monteros de los que iban a Los Escoriales y ni caso. ¿Y sabe usted lo que le digo?: que ahora veo que las cosas no son tan sencillas como creemos los ignorantes. Lo que pasa es que uno ya está

encarrilado y tiene que seguir en la ignorancia, pero ahora entiendo muchas cosas que me decía mi amigo el Churri. Claro que él leía los libros del marqués, que yo se los prestaba a escondidas, y yo en mi vida he abierto uno, que parece que lo negro del papel me molesta.

Castro y el alférez Estrella conversan un rato más. Castro habla de la familia del marqués de Pineda, de la señora marquesa, doña Lucía Val de la Giguera y Sáez, una gran señora muy encopetada que parece que mira al cielo y que, por Navidad, cuando él y sus hermanas eran chicos, los convocaba a la puerta de la casa grande, en Los Escoriales, los ponía en fila y les daba una peseta de plata a cada uno. Ellos le hacían una reverencia, todos muy limpios, con la mejor ropa que tenían, y le decían a coro: «Gracias, señora marquesa». Habla de los hijos de los marqueses, el señorito Federico, un bala perdida que solo piensa en los coches y en las mujeres, pero también sabe jugar al *tennis*.

—¿Usted sabe qué es el *tennis*, mi alférez?

El alférez asiente, aquel hombre lo sabe todo, un motivo más para admirarlo.

—Las hijas de los marqueses, las señoritas Virtudes, Cayetana y Victoria, a cuál más guapa, se visten como las princesas del *Blanco y Negro*. ¡Y no me vea cómo huelen, mi alférez, a unas colonias que le quitan a uno el *sentío*! Algunas temporadas se vienen a descansar a Los Escoriales, porque ellas casi siempre están en Madrid, o en Sevilla, o en Bia... bia...

—¿Biarritz?

—Eso, mi alférez. Y a veces se traen amigas. En verano se bañan en una piscina, al lado de la pista de *tennis*, y cuando se vuelven para Madrid, como la piscina se queda llena todo el invierno, llegamos el Churri y yo y nos bañamos en la misma agua donde se han bañado ellas.

Castro no le cuenta, por falta de confianza, que se masturbaban,

emboscados en las higueras del paredón, mientras espiaban a las hijas del marqués en traje de baño, aunque él, por respeto, se fijaba en la amiga de doña Cayetana, Pilarín, que algunas veces venía de Madrid a pasar unos días en la sierra.

Al día siguiente, en el rancho de mediodía, Cárdenas le dice a Castro:

—Oye, Juan, hay uno de los de enfrente que dice que te conoce. Uno de tu pueblo.

—¿De mi pueblo? ¿Cómo se llama?

—Muy bien no me acuerdo, me dijo que te diera saludos de Manolico el de la Pirricaña o algo así.

—¿Manolico el de la Pirriñaca?

—Eso. El de la Pirriñaca.

—Ya sé quién es. Se metió a miliciano. Un buen pájaro.

—Bueno, a mí me dijo que te saludara de su parte. Y que está en el mismo batallón que el Churri, que también te manda saludos.

—¿El Churri? —pregunta Castro, y siente un nudo en la garganta.

¡Así que el Churri sigue vivo y está allí enfrente!

Por la tarde, Castro sale a darles agua a las bestias. En el abrevadero del Pilar del Llano le dice al Chato:

—Manolo, llévate las bestias a la cuadra, que yo voy a dar una vuelta por el campo con *Valentina*.

Sube a un cerrete, que ya conoce de otras veces, donde hay una encina añosa y un pradillo de buena hierba. Se sienta en una losa y reprime una lágrima. Así que el Churri está vivo y tan cerca. Hace meses que piensa en el Churri, su amigo del alma, con el que se enemistó cuando se metió a miliciano. Se lo dijo su padre: «Juanillo, tenías que dejar las amistades con el Churri, que va por las tabernas de Andújar soliviantando a los obreros. Mira que como llegue a oídos del marqués que sois amigos nos va a costar un disgusto».

El Churri le hablaba de política. Ya habían discutido algunas veces por esta causa.

Ahora, el Churri está allí enfrente y le manda saludos. Castro se alegra de que esté vivo.

*Valentina* ha arrancado unos matojillos verdes, por cortesía más que por nada, porque Castro la tiene bien regalada de cebada. Se acerca al cabo y le pega el hocico a la espalda. Solicita una rascada.

—¡Ay, *Valentina*, qué *joía* es la vida! —le dice mientras le rasca la cabeza grande y dura, el moñito de carne y pelo entre las orejas, la sotabarba blanda, el pescuezo musculoso y largo.

En invierno anochece en seguida. El cielo nublado es apenas un leve resplandor cárdeno que apunta en el horizonte invisible.

—Vámonos para el cortijillo, *Valentina*.

En la cocina de los muleros arde una lumbre de palos verdes que despide mucho humo, pero caliente. Los acemileros asan chorizos que Aguado ha recibido de una madrina de guerra. Corre la bota de mano en mano.

—Vivimos mejor que queremos —se ufana Heliodoro, e inclinándose hacia un lado suelta un cuesco.

—Pues yo he vivido mejor —apunta Pino soltando otro sin despegar el trasero de la banqueta.

—¡Y yo, no te jode! —replica Cárdenas—. Y este, y este... pero habrá que conformarse.

—A ver si no os cagáis comiendo que luego me entran ardores —protesta Aguado.

—Tú a callar —replica Heliodoro retumbando de nuevo—, y si eres tiquismiquis, apúntate para oficial.

—Mira este, que se cree que los oficiales no se tiran pedos —comenta Amor.

—¡Los que más!

Otra ronda de la bota de vino zanja la cuestión.

—Estás tú muy pensativo esta noche —le dice Amor a Castro.

Castro se encoge de hombros.

—Aquí están los chorizos buenos —anuncia Petardo mientras aparta el espetón del fuego—. ¡A ver, cada uno con su cacho de pan en la mano!

Los soldados adelantan los chuscos abiertos y Petardo deposita un chorizo en cada uno. Los cierran y oprimen el bocadillo para que la pringue que exuda el chorizo caliente empape y reblandezca el pan.

—¿Sabéis cómo llaman a esto en el norte? —pregunta Aguado—. ¡Bollos preñaos!

—Pues el bollo preñado está teta —responde Heliodoro con la boca llena.

Se comen los bocadillos en silencio.

—Yo voy a echar una meada —anuncia Cárdenas.

—Picha española no mea sola —dice Castro.

Esperaba el momento propicio para hablar con él a solas.

Salen a la puerta del cortijo y mean en silencio, apuntando alto, en rutinaria competición por alcanzar más lejos.

—Oye, Eladio, de lo que me dices de ese paisano mío, el Churri, estoy pensando que me gustaría verlo, por preguntarle por la familia más que por otra cosa. ¿Adónde hay que ir?

—Los de la segunda compañía bajan un día sí y otro no al pozo de la ermita. Allí se juntan con los de enfrente. Hay que ir sin armas. ¡No me veas el cambalache que se forma con el tabaco, el papel de fumar, la grifa y el chocolate! ¡Ríete tú del mercadillo de los moros! Si quieres, voy contigo. Ya he estado un par de veces.

—¿Cuándo toca la próxima?

—Mañana por la tarde.

Al día siguiente, después de la revisión rutinaria de los puestos, cuando los oficiales se retiran a sus chabolos, Castro y Cárdenas van al sector de la segunda compañía. En un puesto avanzado, que el embudo de una granada de grueso calibre ha ensanchado, se congregan una docena de soldados y un sargento.

—¿Qué pasa, Castro? —lo saluda—. ¿Tú también vas al mercado?

—Ya ve usted, mi sargento, a ver si mi paisano me dice cómo está mi familia.

El sargento se desentiende de Castro.

—Bueno, ¿estamos todos? ¿Sí? Pues vamos en buen orden y sin formar mucho alboroto, ¿eh?

Salen por una de las entradas de la alambrada y, al pasar junto al escucha de aquel sector, el sargento le da instrucciones:

—A la vuelta, como será casi de noche, te doy tres lamparazos de linterna, ¿estamos?

—Sí, mi sargento.

Por el camino se les unen media docena de moros con chilaba que los esperaban en una hondonada, con sus petates al hombro. A un kilómetro, el grupo rodea los muros de piedra de la ermita de la Virgen de la Antigua, patrona de Hinojosa, que la guerra ha respetado, y toma la vereda de la derecha, que conduce al pozo del Arroyo. Allí hay ya un grupo de milicianos. El sargento nacional intercambia un breve saludo con el sargento republicano. Los que se conocen de visitas anteriores se saludan, se agrupan, sacan de los morrales la mercancía e inician el trapicheo. A los rojos les sobra el papel de fumar, dado que las fábricas de Alcoy caen en su zona, pero no tienen tabaco. Los nacionales, por el contrario, carecen de papel, pero tienen tabaco, porque las vegas de Granada y Canarias caen en su jurisdicción. Antes que combatientes son fumadores.



Castro distingue a Manolico el de la Pirriñaca, bisojo, panzoncete, riendo como siempre, a pesar de los casi tres años de guerra.

—¿Qué pasa, Manuel? —lo saluda.

—¿Qué, dos paisanos no se abrazan? —dice el miliciano abriendo los brazos.

Se abrazan.

—Me alegro de verte bien.

—Y yo a ti.

El de la Pirriñaca se enjuga una lágrima.

—Ahí tienes a un amigo que ha venido a verte. —Señala el pozo con la barbilla—. ¿No te acuerdas del Churri?

—No me voy a acordar.

El Churri está sentado en el brocal. Alto, moreno, más delgado, quizá sea el mono azul que viste debajo de la chaqueta de cuero. Le sonrío sin dobleces a su antiguo amigo.

—Juanillo, ¿cómo te va?

Después de una vacilación, los dos se funden en un abrazo largo y silencioso. Castro no puede reprimir las lágrimas. Se las limpia con el dorso de la mano. Sonríe avergonzado.

—¡Coño, Churri, mira, aquí llorando como un gilipollas!

El Churri le palmea la espalda. Le mete en el bolsillo de la guerrera un puñado de carterillas de papel de fumar.

—Benito, yo no te he traído tabaco —se excusa Castro—. Con las prisas...

—¡Qué más da!

—No sabes la alegría que me llevé ayer al saber que estabas vivo. Con esta mierda de guerra...

—Yo también me alegré por ti. Digo, mira Juanillo, al *joío* lo bien que le va con los mulos, que es lo suyo, aunque sean fascistas, ¡qué coño!

—¡Los mulos qué van a ser fascistas! —protesta Castro riendo—. Ni rojos ni fascistas. Más conocimiento tienen que nosotros.

El Churri sonrío. Reflexiona un momento, serio, y luego dice:

—Todo este tiempo me ha escocido lo mal que quedamos, nosotros, que éramos como hermanos... más que hermanos. No sabes cómo he pensado en ti, con ganas de que acabara la guerra para encontrarte y que nos diéramos un abrazo de paz...

Castro aprieta el brazo de su amigo.

—Pues ya nos lo hemos dado, Benito. Yo también he pensado mucho en lo mal que lo hicimos. La culpa la tuve yo. Ya sabes: por el qué dirán... Como mi padre no quería que me significara con elementos anarquistas...

—¡Venga, hombre! La culpa fue de los dos, que yo también me puse muy burro y debí mandar a la mierda al comisario de mi sección cuando me dijo que qué era eso de tener un amigo fascista...

—Venga, Benito: eso es ya agua pasada. ¿Todavía te gusta el chocolate?

—¡Coño, Juanillo, eso no se pregunta!

Saca Castro media tableta de chocolate y la comparte con su amigo.

—¿Te acuerdas del chocolate que me daba el marqués?

—¿No me voy a acordar? Suizo. Menudo chocolate.

Lo comen en silencio, acompañado con un trozo de chusco que el Churri traía en el bolsillo de su cazadora.

Al cabo de un rato, Castro dice:

—Bueno, ¿qué me cuentas del pueblo? ¿Cómo está mi gente?

La voz del Churri se ensombrece:

—Tu padre sigue en la cárcel de Jaén. Iban a liberarlo ya, pero cuando tú te pasaste a los fascistas le prorrogaron la condena. Creo que se dedica a hacer canastas y espuertas de esparto que luego venden tu madre y tus

hermanas para ir tirando. En las fincas del marqués, las de La Quintería, han montado dos cooperativas libertarias que marchan nada más que regular. Con la guerra, ya sabes... A tu madre y a tus hermanas les han dado una parte, como socios. Van con las demás mujeres a arrancar garbanzos... En el último permiso vi a la Jacinta y le compré una capacha. Me parece que ella no me conoció, o hizo como que no me conocía, porque yo iba de uniforme. ¡No me veas lo que ha crecido! Ya está hecha una mujer, pero iba mal calzada, se ve que pasan necesidad. Le quise dar dos duros para que se comprara unas sandalias y salió corriendo. A lo mejor pensó que buscaba otra cosa.

—¡Mi Jacintilla!

—La verdad es que en el pueblo casi todo el mundo pasa necesidad. La guerra se nota mucho.

Castro casi no se atreve a pedirlo, pero se arma de valor y pregunta:

—¿Tú les llevarías una carta mía?

Titubea el Churri.

—Eso que me pides no lo puedo hacer, Juanillo —responde serio—. Tú lo sabes. ¿Cómo voy a llevar una carta de un elemento que está con los fascistas? Lo que sí puedo hacer es decirles que te he visto y que estás bien.

—Por lo menos dales algún dinero, si tienes, que yo te lo daré cuando termine esto.

El Churri asiente, sombrío.

—Yo procuraré echar una mano, si me lo permiten.

Se quedan callados. Miran el trapicheo de las sombras que los rodean, soldados de uno y otro bando intercambiando productos y noticias. Nadie diría que son enemigos, que mañana se matarán si se encuentran en el campo de batalla.

—¿Qué? ¿Echamos un cigarro? —propone Castro en tono animoso—.

Tú estarás escaso de tabaco, ¿no?

—¡Y tú sin papel! —replica el Churri, jovial.

Se ríen. El Churri saca la carterilla de papel y Castro la petaca con tabaco cuarterón. Guardan silencio mientras se concentran en liar los respectivos cigarros.

—Hay que ver lo que es la guerra, ¿eh? —reflexiona el Churri—. Nosotros con el papel y vosotros con el tabaco.

—Bueno, ¡tiempo al tiempo! —dice Castro—. La guerra se acabará alguna vez y no habrá más remedio que llevarse bien si queremos fumar.

Castro acciona el mechero de yesca y le ofrece fuego a su amigo. Luego enciende el suyo. Da una bocanada profunda.

—¿Tú crees que cuando esto acabe cada uno volverá a su sitio y tan amigos? —pregunta Castro.

—Eso va a depender de quien gane. —El Churri se ha puesto serio otra vez—. Si gana la República, a lo mejor, pero como ganen los fascistas, aviados vamos los pobres. No nos fusilarían a todos, porque nos necesitan para trabajar, pero me parece que las vamos a pasar canutas.

—Cada cual tendrá que responder de sus delitos.

—¿Delitos? —se subleva el Churri—. ¿De qué delitos, Juanillo? Si los rebeldes y los delincuentes son los generales y los señoritos fascistas que se alzaron, si nosotros luchamos por el pan de mis hijos y de los tuyos porque, aunque tú ayudes a los fascistas, ellos, tus hijos, digo, los hijos que tengas cuando te cases, no tienen culpa. A lo mejor, un día se te abren los ojos y lo ves.

—¿Qué tengo yo que ver? —replica Castro, molesto.

—Tienes que ver porque somos los esclavos de la tierra. ¿Tú no sabes que antes las criaturas se compraban y se vendían con la tierra, como si fueran olivos?... Pues eso dura hasta hoy y no hay derecho. La República lo ha querido remediar con la reforma agraria.

—La reforma agraria, que es quitarles la tierra a sus dueños. Como si a ti te entran en tu casa unos gitanos y se llevan la cama con el achaque de que ellos no tienen.

—No es lo mismo, Juan. Reforma agraria es que el que tenga la tierra la cultive bien, para que se beneficie la sociedad, y él el primero. Que no hay derecho a que buenas tierras de labor, de las que puede salir el pan de los pobres, las tengan dedicadas a coto de caza o para criar caballos o toros.

—¿Y eso dónde pasa?

—Pasa aquí, Juanillo, en esta España que pisas, pero como tú no has salido nunca de La Quintería ni has leído en tu vida un periódico, ni nada, no te has enterado.

—A vosotros os tienen envenenados los rusos con eso de la revolución de los pobres y no sabes lo mal que vais.

—¡Qué no se trata de lo que pasa en Rusia, Juanillo, que no te enteras!... Hablamos de España, de tu casa y de la mía. Que no hay derecho a que las criaturas vivan como animales. Mira el palacio del marqués, y mira la casa de tus padres, que ni siquiera tenéis ventanas para que no veáis el campo...

—Con el marqués no nos ha faltado nunca un cacho de pan.

—A vosotros, a lo mejor no; pero a los demás, sí. A vosotros os han contentado con un mendrugo. ¿Tú te acuerdas del día que entramos en la casa grande de Los Escoriales?

—No me voy a acordar...

—¿Tú te acuerdas de que no se podía dar un paso sin tropezar con los muebles caros, con las bandejas de plata, con las figuritas y con las *chuminás* traídas de todo el mundo? ¿Y aquellas filas de escopetas en el armario armero? ¿Y aquellas filas de cabezas de tigres, de leones, de ciervos, de qué sé yo, en la pared? ¿Y aquellas alfombras que te hundías

al pisarlas? ¿Tú te crees que hay derecho a que algunos vivan así mientras otros no tienen un real para comprar un jarabe en la botica? ¿Y aquella biblioteca con miles de libros con los cantos de oro que nunca los habían leído ni había quien los leyera?

—Tú sí que leíste algunos.

—Y por eso sé lo que te digo, porque tú eres un borrico que te has negado a saber y yo, en cambio, desde chico leía lo que caía en mis manos y así se me han abierto los ojos y he entendido el mundo.

—¿No será que estás más engañado por haber leído? Yo estoy con la gente de orden, del trabajo y de la paz.

—¿Gente de orden? ¿De qué orden? ¿Del orden de los cementerios? Tú no ves que son cuatro militares cabrones que se han sublevado contra el gobierno de la nación, un puñado de rebeldes y traidores que han embaucado a unos cuantos pardillos como tú. ¿Tú te crees que cabe en alguna cabeza que un pobre pegue tiros para defenderlos?

—Yo no pego tiros: soy acemilero.

—¿Y qué más da? Ayudas a los que te explotan. Tienes menos inteligencia que los mulos que están a tu cargo.

—¿Qué quieres, que ayude a los que metieron a mi padre en la cárcel?

—¡Coño, a tu padre lo encerraron porque se había significado con las derechas, tanto besarle la mano al marqués!

—¡La mano que nos daba de comer!

—Mira, Juanillo, al principio de la guerra se hicieron muchas tonterías y muchas torpezas.

—¿Cómo quemar iglesias y matar a curas y propietarios?

—Eso lo hicieron elementos incontrolados, por el odio que tenían reprimido, y fue muy en contra del gobierno de la República, pero ya hace tiempo que impera la ley y no hay tribunales populares. Aquí, todo el mundo arrima el hombro para ganar la guerra y traer otra vez la

libertad y la justicia a España.

—O sea, que tú crees que vais a ganar la guerra y no habéis hecho nada más que perder pueblos desde que empezó el tomate.

—¿Y tú qué sabes? ¿Es que te crees lo que dice Queipo por la radio?

—No, si te parece me voy a creer lo que dicen los rojos.

Entre los amigos se abre un silencio incómodo. Fuman sin mirarse. Después, el Churri propina una palmada conciliadora en el muslo de su amigo y dice, ya en un tono más reposado:

—¿Sabes lo que trae a maltraer a este país?: la incultura. Que la gente no sabe, que somos una partida de analfabetos, que una buena persona como tú es tan ignorante que no es capaz de darse cuenta de que toda su vida y la vida de su padre y la de sus abuelos y sus tatarabuelos ha estado marcada por la injusticia, que desde hace miles de años se ha dejado explotar por los curas y por los reyes. Hasta que haya instrucción, y se os caiga la venda de los ojos a los que sois como tú, estamos aviados.

—Y eso, ¿cuándo va a ser?

—¡Yo qué sé! Algún día. Lo mismo ocurría en otros países y ya no pasa. Los franceses hicieron su revolución hace doscientos años; los rusos la hicieron hace veinte; ¿por qué no vamos a poder hacer nosotros la nuestra?...

Los sargentos, que mientras tanto han conversado sentados en una piedra, al resguardo de una linde, se levantan, se estrechan la mano y dan por terminado el intercambio. Cada uno se reúne con los suyos.

—Venga, liar el petate que nos vamos.

Castro y el Churri se dan la mano. El Churri retiene un momento la de su antiguo amigo.

—¡La República se va a la mierda! —se sincera—. Se va a la mierda porque la traicionan los mismos que tenían que defenderla. Tus generales son todos fascistas, Franco, Yagüe, todos esos granujas que perdieron la

guerra de África, contra moros desharrapados, y ahora quieren medrar con la sangre del pueblo, pero a los nuestros les faltan huevos porque son todos unos señoritos.

—¿Cómo van a ser unos señoritos? ¿No son rojos?

—¿Rojos? Aquí hay menos rojos de los que tú crees. Mira: Casado es un carca; Ibarrola y Escobar son dos meapilas que protegen a los curas; Matallana y Moriones son marqueses, y Buiza es un señorito sevillano. A algunos los habrán engañado, pero a mí no. Esos traicionan a la República. Dicen que la guerra está perdida, pero lo único que quieren es entregarnos a los fascistas...

—¿Y tú sabes que tenéis la guerra perdida? —pregunta Castro.

—¡Claro que lo sé, Juanillo! ¿No lo voy a saber?

—Entonces, ¿por qué no te entregas? Vente conmigo ahora y yo daré fe de que eres un buen hombre.

—Yo no puedo entregarme. No te creas que no lo he pensado. Pero me acuerdo del chascarrillo del castor y eso me retiene.

—¿Qué es un castor?

—Es un bicho, como el conejo, pero más grande. Pues verás, una vez iba un castor huyendo de un cazador y como no podía despistarlo, y veía que lo iba a matar, al final decidió cortarse los cojones, que era lo que el cazador buscaba.

—¡Hostia!, ¿los cojones? —ríe Castro, incrédulo—, ¿por qué buscaba los cojones?

—Porque los cojones del castor tienen una sustancia muy cara que sirve para hacer perfume, creo, y además con la piel, que es la más suave que se conoce, se forran los botones de las sotanas de los cardenales.

—¡Coño!

—Bueno. Eso no importa. Lo que importa es que, al cortarse los huevos, el castor murió desangrado.



—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que hay una cosa que no podemos ceder a cambio de la vida, y es la libertad. Porque si nos cortan la libertad, nos cortan la vida, por eso no puedo dejar que me cojan prisionero, porque es mejor que me cojan muerto, porque no quiero vivir sin libertad.

Castro se queda pensativo. Sacude la cabeza.

—¡Churri, hay que ver cómo eres! Tú que eres tan listo vas a dejar que te maten por unas ideas. Desde luego, ya lo decía mi abuela, la pobre: las ideas, eso es lo peor que hay en el mundo. Las *joías* ideas. Y mi madre me lo advertía, no te creas que no: «No te juntes con el Benito, que tiene ideas».

—Cada uno es como es, Juanillo. Tú tienes vocación de esclavo. Toda tu vida has sido esclavo del capital, ahora eres esclavo de Franco, como el perro del señorito, y cuando Franco gane la guerra volverás a conformarte con deslomarte de sol a sol por una limosna. Has nacido para eso, y no te creas que no me duele decírtelo.

—Sí. Ya me lo decías en el Higuerón, en La Quintería, ¿te crees que no me acuerdo?, pero tú tienes tus ideas y yo tengo las mías. Ni tú me vas a convencer a mí ni yo a ti.

Los interrumpe el sargento republicano, que se acerca a ellos y le dice al Churri:

—Camarada, hay que volverse, que se nos hace de noche.

El Churri se incorpora.

—Bueno, Juanillo, ¿tan amigos?

Titubean entre estrecharse la mano o abrazarse. Se funden en un abrazo apretado.

—Ea, Juanillo, no sé si volveremos a vernos, pero que sepas que el pasado está olvidado y que aquí tienes un amigo.

—Lo mismo digo. Ojalá que la guerra termine pronto y que lo

celebrems juntos en La Quintería, con un choto y una bota de vino.

El Churri sonrÍe con tristeza y asiente.

Se dicen adiós y cada uno toma su camino, sin volverse. El Churri regresa tras los suyos con paso tranquilo. Los de Castro también se han retirado, solo quedan un par de moros que guardan en un estuche de máscara antigás las carterillas de papel de fumar que han cambiado. Castro reconoce a Mohamed, el cojo.

—Cabo asemilero haber incontrado paisano, ¿eh?

—Sí, ese era de mi pueblo.

—Ser güino tener paisanos.

Los moros toman su camino y Castro el suyo, solo y pensativo. A la luz fría de la luna, los zarzales parecen sombras fantasmales.

—¿Sabes lo que te digo, *Valentina*?, que por nosotros se pueden ir todos a tomar por culo. Nosotros, a escapar vivos y a volver a La Quintería, que nos espera mucha faena.

Pero ahora una nueva zozobra se ha añadido a la de sobrevivir. Se vuelve a mirar el cerro vecino por donde debe de andar el Churri, pero solo ve la insondable negrura de la noche.

# CAPÍTULO 15

Diecisiete de diciembre de 1938. III Año Triunfal. Castro consigue un pase para ir a Córdoba, a comprar herraduras y clavos de herrar. Un motorista de la compañía lo lleva a la estación de Bélmez. El mercancías de intendencia sale a las seis y media de la mañana, pero Castro lo deja pasar y saca un billete para el convoy de las ocho, el que van a coger Concha y su madre. Las dos mujeres van a Córdoba a comprar tela de cuadros para manteles y servilletas.

—¿Y tú a qué vas a Córdoba, hijo? —pregunta doña Concha madre cuando se sientan en el banco de madera del vagón.

Antes ha protestado por la incomodidad del coche y por la falta de higiene: «Ahora, con la guerra, una tiene que transigir con todo, ¡qué remedio!, pero antes, que sepas que viajábamos en primera. Claro que antes teníamos un hotel de categoría internacional... ¡en fin, que acabe pronto la guerra y que las cosas vuelvan a su sitio!».

Concha y Castro, que se han sentado junto a la ventanilla, en dos bancos enfrentados, intercambian una mirada divertida y cómplice. Concha se ha puesto su vestido de chaqueta azul con grandes botones y se ha maquillado un poco. Está guapísima y Castro espera la ocasión en que la suegra salga al pasillo para decírselo y acariciarle, por lo menos las manos.

El tren se detiene en dos apeaderos intermedios para dejar y recoger viajeros y, un poco más adelante, en medio del campo, porque hay un problema en la locomotora. Mientras la arreglan, la gente desciende y busca carbón en la vía y espárragos por los alrededores. Uno de los viajeros, que lleva una cabra, la suelta para que paste. Por fin reparan la avería. Un pitido avisa a los pasajeros, que embarcan en alegre algarabía, temerosos de quedarse en tierra. Prosiguen el viaje. El convoy llega a la

estación de Córdoba sobre las doce.

—Vamos escasitos de hora —dice doña Concha—. Tú, hijo, ¿adónde tienes que ir?

—A comprar herraduras y clavos.

—Nosotras tenemos más faena. Podemos quedar a las dos en la plaza del Caballo para comer calamares en La Malagueña, que es de mucha confianza.

—Sí, señora, es una buena idea.

Cuando se alejan, Castro por un lado y las mujeres por otro, Conchita le dice a su madre:

—Mamá, deberíamos invitarlo, porque yo creo que no tiene mucho dinero, después de los pendientes y del corte de traje que me ha regalado.

—¡Qué tonta eres, hija! —replica doña Concha, severa—. Tú tienes que hacerte valer. ¿No sois novios? Pues que apoquine. Si no te haces valer ahora, no te apreciará cuando estéis casados. Además, si es tan rico como dice, que yo no sé qué pensar, porque se le nota el pelo de la dehesa a dos leguas, sabrá que un caballero no consiente que paguen las señoras, y nosotras, no lo olvides, aunque debido a la guerra estemos un poco más apretadas, hemos sido, somos y seremos señoras.

—Sí, mamá.

Después de almorzar una fuente de calamares con tres cervezas y tres plátanos de postre, en total cuarenta y tres pesetas, doña Concha propone ir al cine Palace, en los jardines de la Victoria, donde reponen *El hijo del caído*, con Rodolfo Valentino. Castro saca las entradas, siete pesetas con cincuenta céntimos, y ve la película sentado en la tercera butaca de la fila, con Conchita en la primera, la del pasillo, y doña Concha en medio. Dos o tres veces los novios se miran con arrobó. ¡Cuánto le gustaría cogerle a Conchita la mano! En la penumbra de la sala, la cabeza de doña Concha se recorta en el haz de luz de la proyección, que le resalta un

bigote y un bozo, invisibles a la luz natural dado que se los aclara con agua oxigenada. «¿Será así mi Conchita dentro de unos años?», se pregunta Castro con un punto de desasosiego.

De regreso a Peñarroya, Castro se gasta sus tres últimas pesetas en media docena de magdalenas que compra a un vendedor ambulante en la misma estación.

A pesar de la presencia de la suegra ha sido un día estupendo, con Concha tan guapa y lejos de la guerra y de las trincheras.

## CAPÍTULO 16

Al día siguiente, un nuevo inquilino llega a la pensión Patria, el brigada de infantería don Alfredo Piña Coscuyuela, que se incorpora al Segundo Batallón de Transmisiones para tender líneas telefónicas entre las posiciones de las sierras Trapera y de la Mesegara y el cuerpo del Ejército de Extremadura. A la hora del desayuno, el brigada alaba el aceite de las tostadas:

—Un aceite estupendo. ¿Es del terreno?

—Sí, señor —le contesta el hostelero—. ¿Entiende usted de aceite?

—Algo... —dice el brigada—. En la vida civil, aunque sea inmodestia el decirlo, yo era el principal corredor de aceites de Andújar.

—¿De Andújar? —se sorprende el hostelero—. Nosotros tenemos un buen amigo que es de allí. No sé si lo conocerá usted. Se llama Juan Castro Pérez, de una familia de parné. Tienen hasta buenos caballos.

—¿Juan Castro? —El brigada hace memoria—. Pues no me suena.

—Bueno, él es de La Quintería, al lado de Andújar. Los padres tienen una finca grande en la sierra, en Los Escoriales.

—Ese es el coto del marqués de Pineda —aclara el brigada—. ¡Ah, ya caigo! Ese Juan Castro debe de ser el criado del marqués, un zagalón que tienen para que les cuide los caballos y las bestias, el hijo de los caseros.

—¿Un criado? —repite Bartolomé Rama sin disimular la decepción.

—Sí, señor, un criado. Gente buena, ¿eh?, pero criados. Ya le digo que los padres son los caseros. Al padre le dicen el Pajarito porque su abuelo estaba un poco chalado y le dio por criar pájaros.

—Pues él se da un pisto... como si fuera el señorito.

—¿Eso hace? —Se ríe el brigada—. ¡Menudo pájaro está hecho el Pajarito!

—Y usted que lo diga, ¡menudo pájaro!

A Bartolomé Rama le falta tiempo para ir a contárselo a doña Concha.

# CAPÍTULO 17

«El mismo día que nos pasamos a los nacionales nos llevaron a Bujalance y después a Castro del Río, y nos interrogaron de nuevo, y al día siguiente a Córdoba, al Centro de Recuperación habilitado en el colegio del Buen Pastor. Éramos lo menos cuarenta soldados, unos pasados y otros dudosos, porque entonces, cuando uno caía prisionero alegaba que se estaba pasando. Todos los días nos llevaban al cuartel de la Guardia Civil y nos ponían a cavar refugios contra la aviación».

Yo no conocía a nadie en Córdoba, pero me acordaba de que don Federico había llevado a Los Escoriales a unos amigos cordobeses, gente muy rica, así que se lo dije al teniente de la Compañía de Trabajadores y me mandó al Casino de Labradores con dos guardias civiles de paisano a ver si había algún conocido del marqués de Pineda que me pudiera avalar. El secretario llamó por teléfono a un par de socios y localizó a un bodeguero muy rico que conocía al marqués. Conque fuimos a verlo a su casa, que más bien era un palacio, con un patio con columnas y una fuente de mármol y muchas criadas de uniforme. El bodeguero salió a vernos con un hijo alto y flaco, con las estrellas de teniente, y yo lo reconocí en cuanto lo vi: «¿No se acuerda usted de mí, señor?». Y él me miraba serio y no se acordaba. «Sí, hombre, don José, que hace unos años estuvo en la montería en El Lugar Nuevo, cerca de Los Escoriales, y yo lo llevé al puesto y fui de secretario a traerle las perdices». El hombre, por fin, hizo memoria: «¡Ah, tú eres el del zepelín!». ¡No veas la alegría que me dio que se acordara de mí! «Sí, señor: yo soy el que le preguntaba por el zepelín». Se rio y le dijo a su hijo: «¡Menuda monserga me dio este con el zepelín!».

Así que dio fe de que yo era criado del marqués de Pineda, hijo del casero de la finca, y dijo: «Hace cuatro o cinco años parecía buena gente,



y es de una familia de orden, ahora, que yo no avalo lo que haya hecho desde entonces. A ver si el marqués, que está en Biarritz, lo avala».

Eso ya no me gustó tanto, pero por lo menos vieron que venía de una familia de derechas, del servicio del marqués de Pineda. Menos mal que a los pocos días localicé a un pariente lejano, labrador, un tal Moya, que se había mudado hacía muchos años a Fernán-Núñez. Averiguamos dónde estaba y, como no tenía teléfono, uno de los socios del Casino de Labradores que vivía cerca se ofreció para llevarle el recado de que en Córdoba tenía un pariente. Al día siguiente se presentó Moya y nos avaló al Chato y a mí. Esto fue una suerte, porque el que no tenía avales acababa en un campo de concentración.

A los siete u ocho días nos llama la Guardia Civil y nos avisa de que tenemos que incorporarnos a una Compañía de Fortificación en Villafranca de Córdoba. Ahí se terminó nuestra vida civil y empezó otra vez la militar. Nos dieron unos uniformes usados, bastante sucios, y un pico y una pala.

En la Compañía de Fortificación éramos cuarenta o cincuenta soldados y todos los días nos llevaban a cavar trincheras al lado de Villa del Río. Allí me puse de acuerdo con uno de Campillo de Arenas y dijimos que no trabajábamos más, que fusil, sí; pero pico, no.

El Chato no quiso seguirnos y continuó trabajando. Decía: «Mira que si nos negamos a trabajar lo mismo nos fusilan, que con esta gente no se tontea».

Así que el de Campillo y yo estuvimos unos días sin dar golpe hasta que el teniente nos aconsejó que volviéramos a trabajar, que si seguíamos así le íbamos a buscar un lío muy gordo. A nosotros no nos convencía aquello de la Compañía de Trabajadores, así que, a los pocos días, nos fugamos y nos apuntamos en un banderín de enganche de la Legión que había en Priego, pero al día siguiente se presentó a recogernos un piquete

del Batallón de Trabajadores. De vuelta a Villafranca, el capitán don Manuel Díaz Criado nos llamó a su oficina y nos dijo: «Conque desertando, ¿eh? Vosotros, ¿qué? ¡Más chulos que nadie! ¿Creéis que a mí me gusta mandar una Compañía de Trabajadores, todo el día haciendo agujeros, como los gusanos, yo que he sido toda mi vida oficial de la Legión? ¡Más me jode que a vosotros, pero aplico el aguantoformo y me consuelo, así que vosotros os jodéis también!».

Al final se quedó en la bronca y no hubo arrestos porque don Manuel, que era de Marmolejo, conocía al marqués de Pineda y se acordaba de mi padre. Por ahí nos escapamos.

En Villafranca estuvimos un mes, más o menos, y fuera de lo del pico y la pala, la verdad es que no se pasaba mal. Allí, el frente estaba tranquilo, sin tiros, y cuando vinieron las mujeres de los soldados, daban bailes de noche, hasta tarde, con un acordeón. Luego nos llevaron a Lopera, ya con fusiles, eso sería en julio, y ya hacíamos guardia y servicio de armas. Allí tampoco estaba mal el frente. En las trincheras había poco movimiento, algún tiro y algún mortero, pero unos pocos días antes de llegar nosotros había habido hule, con bastantes muertos. Luego se tranquilizaron unos y otros y lo que hacían era hablar de noche por los altavoces. Decía uno de los nacionales: «¡Rogelio!». Y contestaban los rojos por su altavoz: «¿Qué?». «¿Qué habéis comido hoy?». «¡Lentejas!». «Nosotros, guiso de papas con carne de buey». «Con carne de buey, ¿eh?», se mosqueaba el rojo. «¡Con carne de tu madre!». «¡De la tuya!». «Si no fuerais tan cabrones, no daríais tanto por culo, ¡hijos de Franco!». «¡Y si vosotros no fuerais hijos de la Pasionaria, a lo mejor sabíais quién es vuestro padre, que no me cago en vuestro padre porque a lo mejor soy yo!». «¡Esa boca pide polla!». «¡Tu culo es el que pide polla!». Y en ese plan.

Las compañías estaban una semana en las trincheras y otra en el

pueblo, y el relevo se hacía el domingo, después de la misa de campaña y del rancho, que se repartía en la plaza del castillo. Los rojos, como lo sabían, bombardeaban con la artillería a la hora de la misa, no fallaba. El cura, que era de la parte de Levante, algo gordo, cuando oía silbar el pepino, se encogía tanto que escondía la cabeza debajo de la casulla, como las tortugas, se conoce que confiaba poco en la Providencia, y dos o tres veces dijo misa en cinco minutos, que hasta se saltaba la consagración. Luego nos trajeron un capellán de la Legión que se perdía por el morapio. Cómo sería la afición que, cuando consagraba, al elevar el cáliz, tanteaba delante con el pie como buscando la barra.

«El frente, fuera de unos cuantos tiroteos, era tranquilo, pero había que vigilar mucho, por si acaso. Yo, al cabo de pocos días, ya conocía a todo el mundo y me empleé de asistente con el teniente Cejudo, de muy buena familia de Córdoba. El teniente tenía novia en Córdoba y todos los días le escribía un telegrama y me lo daba para que lo cursara en la oficina de correos, pero yo, antes de ir a correos, se lo llevaba a una muchacha del pueblo que estaba enamorada de él. Se llamaba Fina Martínez, de una familia rica de allí, y ella me daba la merienda por el servicio». Fina y sus hermanas, que eran tres, tenían un piano en el salón de la casa, un piano de esos de cola, y, como no había mucho que hacer, se pasaba el día tocándolo, o bordando, o haciendo encaje de bolillo, también vendas para el hospital. Me acuerdo de una de las coplas que cantaban, acompañándose al piano, con música de La Madelón:

*¡Ay avión, qué gusto me da verte,  
yo sé que tú me traes la libertad,  
quiero volar contigo para siempre,  
quiero a Franco y a los míos abrazar!*

«Había en Lopera un brigada patatero, buena persona, pero muy tonto, con el que yo me llevaba bien y le gastaba bromas». Un día este brigada, con el vinillo tomado, va y dice bromeando: «Ya veremos cuando se libere Jaén lo que es Castro, si no resulta que es de izquierdas». Yo me reí y no dije nada, pero a las pocas noches me dice: «Castro, vamos a dar una vuelta a los puestos de escucha». Conque agarro el chopo, le meto un peine de cinco balas y salimos de la alambrada y vamos viendo a los escuchas, que estaban entre líneas, y cuando íbamos por una cañadilla, que nos ocultaba de los parapetos, me quedo detrás y le digo: «Mi brigada, ¿cómo se fía de ir conmigo, si puedo ser rojo?», y le dio un canguelo que le sonaban las choquezuelas de las rodillas. Cuando vi que se había asustado de veras, procuré ir delante de él para que se le quitara el miedo, pero ya se puso serio y no respiró tranquilo hasta que regresamos a las trincheras.

Yo no tenía noticia de la familia ni podía cartearme con ella. Unos prisioneros de Andújar me dijeron que a mi padre lo habían detenido en el cortijo y lo llevaron al pueblo maniatado con una cuerdecilla de atar costales y de allí a la cárcel de Jaén. El que lo detuvo era un tal Raimundo, buena persona, pero ya en guerra se metió a comunista y los rojos tenían la mala leche de mandar a los dudosos a estas granujerías, para comprometerlos, por eso mandaron al Raimundo a detener a mi padre.

## CAPÍTULO 18

«En Lopera estuvimos otros pocos meses, hasta que disolvieron la compañía y nos mandaron al campo de instrucción de Utrera». Allí formaban compañías y batallones, les daban quince o veinte días de instrucción y los mandaban al frente. El Chato y yo procuramos no salirnos del pelotón de los torpes y así estuvimos lo menos tres meses hasta que el capitán nos llamó a unos cuantos y nos dijo: «¡Ya se terminaron los torpes! ¡A maniobrar, al frente de combate! ¡De cabeza! ¡Y al que sea tonto y no se despabile, que lo mate Dios!».

Yo había puesto en la ficha que era maestro herrador, aunque no sabía ni hincar un clavo en la pared, pero en fin, algo había aprendido de ver herrar a un tío mío en La Quintería. Entonces nos echaron al Chato y a mí al frente de Peñarroya y allí me encontré a un teniente que conocía de Lopera y que andaba detrás de la estanquera, que era amiga mía. Por su mediación me colocaron de maestro herrador y cabo acemilero en la Segunda Bandera de la Falange de Canarias, porque el herrador que tenían era ya algo viejo y estaba siempre de copas y descuidaba sus obligaciones. Yo le pedí al capitán que el Chato se viniera conmigo de ayudante y lo pusieron también de acemilero.

Como del oficio de herrador no tenía mucha idea, al principio encojé los dos primeros mulos que herré, pero nadie me dijo nada porque los veterinarios eran estudiantes y sabían menos de bestias que yo. Les saqué los clavos a los animales, les quité las herraduras y sanaron. También tuve que curar algunas bestias. Eso se me daba mejor porque mi padre me había enseñado a desinfectar con una gachilla de molluelo y vinagre. Se la ponía al animal donde supuraba y eso le servía mucho. El molluelo es lo que sobra del trigo, que se muele muy bien y se le echa a las gallinas.

# CAPÍTULO 19

*¡Viva Cristo Rey!*

*Pueblonuevo a 19 de Diciembre de 1938.*

*III Año Triunfal.*

*Juan:*

*He meditado mucho lo que digo en esta carta pensando si sería mejor que te lo dijera de palabra pero al final te escribo porque creo que así expresaré mejor lo que tengo que decirte y además no me dejaré engañar por mis emociones ni por mi despecho. Te escribo esto con los nervios completamente tranquilos y después de meditarlo hondamente frente al Sagrario.*

*Desde que supe que me has tenido engañada he derramado muchas lágrimas, pero me he prometido que serán las últimas que derrame por ti, incluso las últimas que derrame por un hombre pues me estoy planteando mi vocación que, como ya te dije, antes de conocerte yo tenía deseos de meterme a monja y ahora, después de este desengaño, pienso que a lo mejor Dios, que, como decía mi padre espiritual, don Próculo, escribe derecho con renglones torcidos, te puso en mi camino para darme ese empujón que necesitaba para apartarme del mundo y de sus engaños.*

*Yo no soy una mujer interesada y pienso que tanto los pobres como los ricos somos hijos de Dios y que lo que realmente importa es la honradez y la limpieza de corazón. En*

esta casa me han educado en la moral cristiana y en que hay que ayudar al prójimo y que todos somos hijos de Dios. Cuál no será mi sorpresa al descubrir que nos has tenido engañados a todos durante estos meses, que desde que te acercaste a mí en el baile todo lo que ha salido por tu boca es mentira. Una persona digna de todo crédito, cristiana y falangista, nos ha puesto en antecedentes de la persona que eres, de cómo eres hijo de unos caseros de un marqués y en tu vida no has sido nada más que mulero, que es una profesión muy honrosa y no sé por qué tienes que avergonzarte de ella, y tu venga a hablarme de caballos y de caza y de que te codeabas con los marqueses y resulta que lo que sabes es porque lo has aprendido de ir a las cacerías de criado, a cargar las escopetas y a llevarles la comida. Todo mentira porque pensabas que de todas maneras no me iba a enterar pues pensabas abandonarme en cuanto acabara la guerra ¿verdad? Lo que más siento no es haberme dejado engañar como una tonta, aunque también lo siento, pero ese sufrimiento se lo ofrezco a Dios en mi vocación religiosa, lo que más me duele es que te hayas burlado de mis padres que no tienen culpa de nada, y te acogieron como a un hijo y se han portado contigo estupendamente sin sospechar el pago que les estabas dando, aunque ya me lo advertía mi madre, que en cuanto te echó el ojo te caló, mira, hija, que ese no es trigo limpio que tiene un pelo de la dehesa que ya, ya, que ese no es nada de lo que te dice y yo, como estaba tan ciega, he tenido algunas peloterías con ella por esta causa.

Lo único que te pido ahora es que me mandes la foto que tienes mía y el mechón de pelo y mis anteriores cartas. Si eres

*un hombre decente y de palabra, lo harás. Mándamelo con alguien que venga al pueblo, en un sobre a mi nombre porque a ti no te quiero ver más y, si en algo me estimas, no vengas a verme, te lo pido por favor. Tus cartas, te las devuelvo con esta, que ya me he enterado que tu no sabes escribir y que te las escribía el alférez Estrella, que se estaba enterando de todos mis sentimientos, por eso me miraba con la media risilla cuando me veía, el muy sinvergüenza.*

*Por favor no intentes verme, que no me tienes nada que explicar porque lo nuestro he jurado delante del altar de la Virgen que se ha acabado para siempre.*

MARÍA DE LA CONCEPCIÓN RAMA ANULA

*¡Viva España! ¡Franco, Franco, Franco!*

*José Antonio Primo de Rivera ¡Presente!*



## CAPÍTULO 20

Una hora antes del amanecer ha circulado la orden de alerta y aprestar las armas porque se espera una ofensiva de los rojos. Hace días que «Radio Macuto» anuncia el ataque, pero casi nadie se lo ha creído, ¿no decían que, después de la batalla del Ebro y de la liberación de Cataluña, los rojos tenían la guerra perdida? ¿De dónde iban a sacar arrestos para atacar? En los últimos meses, cada vez se pasan más soldados al bando nacional y solo cuentan penas: que comen lentejas con gorgojos, que no tienen mantas ni medicinas y que, a pesar de los rigores del invierno, el que no se apaña unas botas por su cuenta se tiene que conformar con las alpargatas de lona que suministra la intendencia.

La navajita helada del frío se cuela por todas las rendijas de la chabola, traspasa los tabardos y las carnes y duele en los huesos. Los acemileros tiritan agrupados alrededor de medio bidón agujereado en el que arden astillas y palos. El humazo de la leña verde escuece los ojos. Fuman en silencio, resignados, sentados en cajas de munición vacías, con los pies sobre ladrillos y piedras planas para mantenerlos fuera del barro. Aguado se ha agenciado un peine espeso, una liendrera. Se lo pasa despacio por la barba y por el pelo, recoge las motitas blancas, los huevos del piojo, y las arroja a las llamas.

De pronto se escucha un rumor distante, parecido a un taponazo.

—Ya está aquí el baile —comenta Heliodoro.

Perciben el silbido creciente del proyectil al acercarse. Los hombres escuchan, con el aliento contenido, hasta que el obús estalla.

—Ese les ha tocado a los de la segunda compañía —señala Pino.

—Ya verás cómo no nos han de faltar a nosotros —dice el Petardo.

Nuevos cañonazos, al principio discontinuos, luego casi seguidos: dos, tres, cinco, nueve... incontables silbidos en los que no se puede

distinguir la trayectoria de las granadas porque los sonidos se confunden. La tierra tiembla. Los estampidos se suceden, algunos tan cercanos que desprenden la tierra de la techumbre.

—¡Este sí que es el ataque, me cago en la grea! —comenta Castro—. En cuanto pase lo gordo os traéis las mulas al hospitalillo y atentos a lo que ordene el comandante Soler.

Se dispone a salir.

—¿Y tú adónde vas con la que está cayendo? —se alarma Cárdenas.

Castro se lo piensa un momento antes de responder.

—Adónde voy a ir, cantimplora: a buscar a *Valentina* al prado del Pozo, que la dejé anoche de careo.

—Voy contigo, Juan —se ofrece el Chato.

—No, tú te quedas ahí, que yo vuelvo en seguida. No está muy lejos.

Sale del chabolo y desaparece por los vericuetos de la trinchera, entre una espesura de polvo y humo que tiñe de ocre el lívido amanecer.

—¡A este hombre no hay quien lo entienda, la perra que tiene con esa mula! —comenta Amor—. Al principio sí que estaba matada y flaca, pero ahora la mula se ha repuesto y es la más gorda de todas. ¡Coño, la quiere más que a la novia!

—Cada uno es como es —replica el Chato, sombrío.

Los otros no hablan. Miran al techo, pendientes de las explosiones. Todos piensan en lo mismo: que sería mala suerte morir, ahora que se va a acabar la guerra.

Castro conoce un camino directo al pradillo del Pozo que bordea la hondonada por delante de las trincheras de la primera sección. Recorre medio agachado la zanja que comunica la trinchera con la avanzada. Cuando el silbido de la granada le anuncia que caerá cerca, se lanza al barro, se protege la cara con las manos, cierra los ojos, abre la boca y cuenta despacio hasta diez. Si no se produce la explosión, porque algunas

granadas defectuosas se clavan en la tierra sin explosionar, se levanta y prosigue su marcha. Teme que *Valentina* se haya espantado y se haya metido en las líneas rojas, como cuando él la encontró. *Valentinilla*. Aparte de que la mula es lo único que va a sacar de esta guerra, donde nada le va ni le viene, lo hace, sobre todo, porque le ha tomado afecto de tanto cuidarla, de tanto imaginarla en La Quintería, esa escena en la que él llega a casa licenciado, con su uniforme, tan delgado, y su madre y sus hermanas corren a abrazarlo entre lágrimas, mientras su padre, que fuma sentado a la puerta de la casilla, al ver la mula le dice: «Buena falta nos va a hacer, hijo», orgulloso de él.

Una granada estalla tan cerca que la onda explosiva lo arroja a una zanja y casi lo sepulta bajo un alud de tierra. Se incorpora temblando, se limpia el barro de la cara, se sacude la tierra del pecho y prosigue ya en campo abierto. Por lo menos sabe que mientras dure el bombardeo nadie se atreverá a asomar la nariz fuera de los refugios, por ese lado no hay peligro de que algún reclutón le pegue un tiro al confundirlo con un «rogelio». Lo malo será regresar con *Valentina* cuando el bombardeo amaine y la tropa ocupe los parapetos, con el dedo en el gatillo, dispuesta para el ataque, con los nervios y con medio cuartillo de coñac en las venas. «Habrá que sacar el pañuelo blanco y llevar a *Valentina* por la segunda sección, donde nos conocen bien».

En estas consideraciones, Castro llega al claro herboso donde dejó trabada a *Valentina*. La mula no está.

—¡*Valentina*! —la llama a voces—, ¿dónde te has metido, cantimplora, con el fregado que viene? ¡*Valentina*!

Se interna por la espesura y detrás de unas matas encuentra la traba rota.

—¡Ay, me cago en la leche, me cago en la leche que me dieron, que esta mula tonta ha roto la traba y se ha ido!

Castro se interna en tierra de nadie, hacia las líneas rojas. Mientras, el bombardeo aminora. Puede que solo sea un bombardeo de desgaste, no el ataque en el que casi nadie cree. Mejor así.

Faldea un cerrete por un camino viejo, ve un cortijillo en ruinas a lo lejos. Lo registra sin resultado. Detrás del cortijillo se abre una vaguada con varios eucaliptos al fondo. Es posible que haya un pozo. Quizá *Valentina* esté por aquellos andurriales. Sin advertirlo, se aleja. Una escuadrilla de *Natachas* republicanos cruzan el cielo a media altura.

—¡Coño, que esto va a ir de verdad! ¡Qué nos van a atacar y la tonta esta perdida!...

Lo malo es que hay que exponerse en campo abierto. Se arma de valor y cruza el descampado. Cada paso que da lo acerca a las líneas rojas y la maldita mula no aparece.

Entre los eucaliptos tampoco está, pero un poco más lejos hay otras ruinas, una choza con una gran higuera en la puerta y un emparrado que crece por el suelo a su arbitrio, sobre los palos podridos. Castro registra el lugar mientras los *Natachas* pasan de regreso, más altos y veloces, después de soltar su carga mortífera. Por la izquierda, por la derecha, se extiende el rumor de la batalla. Los proyectiles surcan el cielo, silban y aúllan a distintas alturas, en una y otra dirección. El ruido de las explosiones se ha convertido en un trueno continuo, un tambor maligno batido por mil manos sin compás.

—¡Me cago en la leche! —rezonga Castro, asustado—. Aquí en peligro y la mula sin aparecer. ¿Dónde estás, cantimplora?

Sigue hacia las líneas rojas. Por fin, a la vuelta de un encinar, Castro encuentra a *Valentina*, seria y quieta, las orejas aguzadas, los músculos tensos, espantada. Se acerca a ella.

—¡Quieta! ¡Quieta pará, bonita!

La mula lo ve llegar y no intenta huir, más bien agacha la cabeza para

recibir sus caricias.

—¡Ah! Ahora te arrepientes, ¿eh? ¡Vaya disgusto que me has dado!  
—le riñe en tono cariñoso mientras le rasca el moño entre las orejas.

Ella se deja hacer y restriega su enorme cabeza por el cuerpo del hombre.

—Bueno, *Valentinilla*, no vamos a entretenernos, que aquí no se nos ha perdido nada y ya ves que la cosa está que arde.

Le coloca la jáquima y la toma del ronzal. La mula sigue dócil al acemilero. Desandan el camino, pero antes de llegar a las ruinas del cortijillo, el cabo se detiene en seco. Inclina la cabeza y escucha con atención. Le ha parecido oír un rumor distinto que no viene del aire, ni de lejos, sino de cerca y de la tierra.

Aguza el oído.

Un ronroneo que nunca se olvida aunque solo se haya oído una vez: ¡tanques!

Presta atención con la esperanza de que sea una figuración suya.

—¡Tanques, coño; son tanques y se acercan!

Tira del ronzal y aprieta el paso. ¡Los rojos atacan con tanques y él allí en medio, con *Valentina* de reata! Podría montarla, aunque sea a pelo, y huir al trote, al galope incluso, pero entonces el bulto sería mayor y podrían tomarlo por fuerzas de caballería y dispararle. Mejor parecer un simple mulero que pone a salvo su mula.

—Esto a nosotros ni nos va ni nos viene, *Valentina*. Hay que escapar del jaleo.

Un ruido a su izquierda lo sobresalta. Un chaparro joven se desploma en la espesura. No se ha oído el estampido de la explosión. Castro se detiene detrás de un matorral alto que no los cubre del todo.

A cien pasos aparece un tanque republicano, con su cañón amenazador y un fragor de cadenas y planchas de acero. «¿Nos han

visto?». Castro, presa del pánico, tira de la mula para emboscarse a su derecha, donde la maleza crece más espesa. Comprende su apurada situación: llegan las avanzadas rojas, y él en medio, aislado, lejos de sus líneas.

—¡Ay, *Valentina*, que la cosa se pone castaño oscuro, que si me cogen me fusilan por traidor, que yo antes estaba con estos!

La mula aprieta el paso detrás del cabo. Rebasan un berrueco que los oculta de momento. Por un senderillo bajan a una vaguada desde la que arranca una vereda que va, casi a cubierto, a las líneas nacionales. Castro la sigue y, al descrestar un pequeño repecho, se topa de bruces, a veinte pasos, con un tanque republicano. Demasiado tarde para esquivarlo. Si lo intenta, la ametralladora lo segará. Se para y levanta los brazos.

—¡Me rindo!

El monstruo de acero se dirige hacia él. Castro, delante de su mula, lo ve aproximarse. «¿Me pasará por encima?». Piensa en los amasijos de carne y hueso triturados que deja un tanque cuando aplasta a un hombre.

El monstruo se detiene a pocos pasos del cabo. Una aldaba de hierro se descorre. De la escotilla superior de la torre blindada sale una mano, después un brazo y detrás medio cuerpo de tanquista con un gorro de cuero negro acolchado, una especie de chichonera.

—¿Se puede saber qué pollas haces aquí, Juanillo?

Bajo la cofia de cuero, Castro reconoce los rasgos familiares del Churri.

—¡Hostia, Benito! ¡En un tanque!

El Churri le sonríe.

—¡Comandante de un T-26, el mejor tanque del mundo! El otro día no te lo conté porque era secreto militar, Pero dime, ¿qué haces en medio del tomate, ni pollas?

—Se me había perdido la mula y después me he perdido yo.

La escotilla inferior del blindado se abre, con un sonido chirriante, y asoma otra cabeza con otra chichonera de cuero.

—Lo tengo enfilado al fascista, teniente. ¿Le meto una ráfaga?

—¡Tú qué coño vas a tirar, ni pollas! —replica el Churri—. ¿No ves que es amigo mío? Ya te estás metiendo en la cafetera y que no te vea yo asomar esa jeta hasta nuevo aviso.

El ametrallador, obediente, se encoge de hombros y cierra la escotilla.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —se atreve a preguntar Castro.

—Tú te quitas de en medio y me dejas pasar, que le estamos dando pal pelo a los fascistas, y procura salvarte de la quema, aunque si no dejas la mula lo veo difícil, porque los dos juntos hacéis mucho bulto.

—¡Hombre, gracias, Benito!...

—¡Ni gracias, ni pollas! ¡Salud y que tengas suerte! —El Churri palmea con energía la plancha superior de la torreta y ordena al interior del tanque—: ¡Hala, nene, vámonos!

El blindado faldea y prosigue su camino con un fragor de hierro y bielas. Suelta por el tubo de escape un espeso penacho de humo negro. El motor tose de vez en cuando con estampidos formidables.

—¡De la que nos hemos librado, cantimplora! —Palmea Castro el pescuezo de *Valentina*—. Hoy hemos nacido tú y yo, porque si llega a ser otro nos da el hule en todo el morro.

Solo entonces advierte que las piernas le tiemblan tanto que apenas lo sostienen. Suelta el ronزال de la mula y se sienta al resguardo de un pino. Sopla un cierzo húmedo. Al rato rompe a llover mansamente. A lo lejos, entre los intervalos de los cañonazos, se perciben los estampidos huecos de las granadas de mano. Las tropas republicanas asaltan las trincheras de la sierra Patuda. Por el cerro del Médico también se oye el fragor artillero. Castro está indeciso. «Si regreso a las líneas, me meto en el cogollo del fuego; si me quedo aquí, me van a coger y entonces no hay

san Pedro que me salve: en cuanto averigüen que soy un pasado me fusilan». Mejor regresar a las líneas. Recuerda que por el puerto de la Cruz hay un sector tan fragoso que no tiene trincheras, solo un puesto de observación en lo alto. Quizá por allí sea más fácil regresar con los suyos. «Al llegar a la casa de La Toleda tomo la vereda de las Pocitas y me pongo en el Rector. Eso si los rojos no la han ocupado».

Toma de nuevo a *Valentina* del ronzal y se interna por la parte más tupida del matorral, donde no los vean, recelando otro mal encuentro del que podría salir peor librado. Al rato se cumplen sus presagios: dos milicianos armados le cierran el paso. Uno lo encañona con un fusil ametrallador.

—¿Tú, adónde vas con la mula?

Castro suelta el ronzal y levanta los brazos. «Ahora sí que estamos jodidos, *Valentina*».

—¡Eh, muchachos! ¡Venid! —El de la metralleta llama a los suyos.

De la espesura surgen otros ocho milicianos, con fusiles y bayonetas rusas, largas y finas.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el que luce en la bocamanga y en la gorra los galones de sargento.

—Castro.

—¿Qué haces aquí?

—Pues he salido a buscar esta mula que se me había perdido.

—¿Eres falangista?

—¿Yo? ¡Qué va! Soy jornalero —miente Castro, aunque no del todo—. Lo que pasa es que me pilló la guerra en el otro lado y la he tenido que hacer con los fascistas, pero soy de Jaén y antes de la guerra me apunté a la CNT.

—¡Cojonudo! Todos los fascistas, cuando caen en el garlito, resulta que son de izquierdas. Bueno, mira. Yo no sé si eres de izquierdas o de



derechas, ni me importa, porque lo que queremos es que nos cojas prisioneros.

Entonces se acerca uno de los milicianos.

—¡Juanillo, otra vez nos vemos!

Castro reconoce la mirada estrábica de Manolico el de la Pirriñaca bajo el casco de acero que lleva con la misma prestancia con que luciría un bacín.

—¡Coño, Manolico! ¿Tú aquí?

—Ya lo ves... a ver si nos cogéis prisioneros y terminamos la guerra sin daño.

—¿Prisioneros?

Castro no acaba de entender.

—¡Eso, prisioneros! —insiste el sargento—. Vamos, que queremos terminar la guerra en un campo de concentración antes de que nos apiolen.

—¿Y qué hago yo, si yo no tengo nada que ver con esto?

—¿Tú? ¿No eres cabo?

—¡Sí!

—¿De los nacionales?

Castro se encoge de hombros, pero no tiene más remedio que asentir.

—Pues nos coges prisioneros.

—¡Pero si no tengo ni una arma!

—¿Cómo que no tienes? Yo te doy mi naranjero, dices que se lo has quitado a un miliciano después de matarlo y nos llevas a todos prisioneros. Tú quedas como un valiente y a nosotros no nos dan cuatro tiros en cuanto nos vean llegar a las avanzadas fascistas, así que toma, que es para hoy, y ahí detrás vienen zumbando.

El sargento le pone a Castro en las manos su fusil ametrallador. El cabo lo acepta con íntimo desasosiego. No está seguro de que le

convenga.

—¿Y nosotros qué hacemos con los chopos, Cosme? —le pregunta Manolico al sargento.

—Fuera bayonetas, quitarle los cerrojos y los metéis en una bolsa de costado.

Los soldados obedecen.

—Ahora os los ponéis en bandolera, la culata para arriba, rindiendo armas.

El sargento le entrega a Castro la pesada bolsa de costado con los cerrojos.

—¡Ahora ya nos tienes desarmados! Llévanos a las líneas fascistas, a un sector donde te conozcan. Y si nos topamos con alguna avanzada, ya sabes: les das voces para que no disparen, que traes unos prisioneros rojos.

Castro, armado con el naranjero, sigue al grupo de prisioneros rojos con *Valentina* de reata. «¡Ay, *Valentinilla*, fíjate todas las cosas que nos están pasando hoy por ti, *joía*, por romperte la traba!».

Mientras tanto, la batalla de Valsequillo, la última de la guerra civil, está en todo su apogeo. Fuerzas de las divisiones 47, 31 y 68 del VII Cuerpo del Ejército republicano de Extremadura han roto el frente nacional por los sectores de Valsequillo y Granja de Torrehermosa y avanzan impetuosas, precedidas por los tanques. Los republicanos arrollan toda resistencia y abren una brecha de cinco kilómetros en las líneas nacionales, entre los cerros del Médico y las sierras Trapera y de la Mesegara.

# CAPÍTULO 21

Pablo Benavides, en pijama de rayas, con el capote sobre los hombros y la gorra de plato encasquetada hasta las cejas, limpia con el codo el vaho de la ventana de su cuarto y se asoma. No ha conseguido pegar ojo en toda la noche, con el trasiego de tractores que remolcaban cañones, de automóviles, de camiones cargados de tropas, de ambulancias, bocinazos y gritos de mando. Al clarear el día, la plaza de Peñarroya se convierte en un hervidero de hombres y pertrechos. Bajo su ventana pasa una camioneta cubierta con una lona impermeable de la que asoman media docena de pies descalzos y embarrados y un brazo con los galones de sargento en la bocamanga. Otra carretada de cadáveres, todavía calientes, camino del cementerio.

—¡En buena mierda he venido a caer! —masculla Benavides—. ¡Valle de Los Pedroches! ¡Valle de los cojones! ¡Es que hay que ser hijoputas: toda la guerra sin pegar un tiro y esperan a que venga yo para montar el cirio! ¡Con lo bien que estaba en Sevilla!

Pero Sevilla queda lejos y a él lo ha enviado el *ABC*, edición nacional, para escribir un reportaje sobre la vida en la trinchera. Llegó al pueblo el día 5, después de almorzar en Córdoba con una amiga, tomó habitación en la mejor pensión, La Imperial, y cuando se disponía a visitar unas trincheras tranquilas para hacer fotos, se armó el tomate.

Benavides se viste de prisa y se dirige al cuartel general, donde hay un comandante, amigo de su familia, que le buscará una combinación para Córdoba, tren, coche o camión, aunque sea en la caja de carga. El caso es escapar cuanto antes de la ratonera.

Apenas ha avanzado cien metros cuando aparece una escuadrilla de bombarderos rojos en vuelo rasante y se desata el pandemónium. Benavides tiembla todavía al recordarlo: una bomba estalla a cien

metros, cuando él acababa de pasar por allí, y tumba una casa. Benavides se lanza al suelo, aterrorizado, aunque en su crónica pondrá que lo derribó la onda explosiva y la describirá, con feliz metáfora, como el papirotazo mortal de un gigante invisible. Cuando se disipa la nube rojiza de polvo de ladrillo y adobe, como una niebla espesa, Benavides ve los escombros de dos casas.

—¡Ay, Madre mía del Socorro, y Esperanza Macarena, que salga yo de esta y te prometo alejarme de las putas, de las juergas y del malvivir, te lo juro!

Mientras cierra el momentáneo trato con la divinidad corre a refugiarse en el portal de una casa antigua de granito, que parece sólida y a propósito. Allí continúa rezando y prometiendo.

Los aviones dan otro par de pasadas, ametrallan los vehículos de la plaza y se alejan. El periodista permanece en su refugio hasta que escucha gente por la calle, gritos, órdenes, motores. Solo entonces se aventura fuera del escondite.

—¿Ha pasado el ataque? —le pregunta a un enlace que pasa.

—Parece que sí.

Benavides lleva la cámara Agfa que le ha regalado su amigo el capitán Kluger, de la Legión Cóndor. Se le presenta una ocasión excelente de realizar un buen reportaje en primera línea, entre las balas, ante el peligro. Lo primero, las casas recién demolidas. Se sienta en un escalón a rebobinar la película. Entonces lo advierte. Una gacha tibia y blanda le desciende por los muslos.

—¡Herido! —exclama—. ¡Me han herido! ¡Herido de guerra!

Y se imagina en primera página los titulares y su foto con la guerrera de campaña, las solapas alzadas, la mirada soñadora a lo Clark Gable: «Pablo Benavides, nuestro intrépido corresponsal, herido en el frente de combate».

Entra en la casa de nuevo y, detrás de la puerta, se suelta el cinturón, se desabrocha la bragueta y se baja los pantalones. Los efluvios alcanzan sus delicadas narices antes de que pueda comprobar el desaguisado. Sí: se ha cagado en los pantalones. Pero la culpa no es suya, sino del esfínter, ese músculo traidor que, por una reacción fisiológica involuntaria, tiende a relajarse en momentos de máxima emoción, como el que acaba de vivir, con bombas cayendo a plomo sobre su cabeza.

—¡Coño, coño, coño! —exclama Benavides como para sí—. ¿Y cómo arreglo yo esto ahora? ¡Menuda papeleta, aquí, sin apaños!

Por fortuna, el estropicio solo afecta a los calzoncillos. Benavides cierra la otra bandera de la puerta, no sea que alguien lo sorprenda en actitud desairada, y se saca los pantalones y los calzoncillos, con sumo cuidado, no sea que se extienda el mal. De los calzoncillos más vale olvidarse. Lástima, porque se había puesto los más nuevos, por si se le presentaba alguna aventura galante con una enfermera. Los abandona, más o menos plegados, en un rincón del zaguán. En la habitación contigua encuentra papeles y trapos viejos. Se limpia lo mejor que puede, vuelve a ponerse los pantalones y regresa a la pensión para completar su *toilette* de urgencia y reponer los calzoncillos.

Después del accidente, Benavides se siente otro hombre, un corresponsal que ha vivido su bautismo de fuego, nada que ver con los emboscados en Sevilla que escriben a máquina con un dedo y no han salido de la redacción del periódico. Él está donde reparten el bacalao, en pleno hule, en el epicentro del tomate, con un par. Vaga toda la mañana de un lado a otro. Toma notas y fotografía. En el puesto de mando, el coronel que lo recibió tan amable la víspera ha proferido un bufido al verlo y le ha ordenado que no estorbe y que no haga fotos. El resto del día lo emplea en buscar combinación para regresar a Sevilla, mientras espera una conferencia con el periódico que ha solicitado en la centralita.

Cuando por fin le avisan de que tiene línea, el director del periódico, desde el otro extremo del hilo, le ordena que se quede y busque un reportaje de exaltación de las fuerzas nacionales.

—¡A sus órdenes!

—Oye, Benavides.

—¿Sí?

—Que no sea derrotista, ¿eh? En estos momentos hay que levantar el ánimo y sostener la certeza del triunfo final. Quiero un reportaje que refuerce la moral de victoria de los lectores.

Es fácil decirlo, cómodamente arrellanado en su sillón de cuero, en el despacho calentito. ¡A ver cómo se hace un reportaje optimista cuando las fuerzas nacionales han chaqueteado delante de los tanques republicanos y han perdido seis pueblos de una tacada!

Benavides mira la estufa de palos de la pensión, en la que solo quedan unas ascuas. Decide regresar al cuartel general, a ver si rebaña alguna buena noticia, algún contraataque, algún aeroplano enemigo derribado, algo.

Benavides toma decisiones heroicas, de hombre de acción. En el frente, un corresponsal de guerra tiene que estar tan curtido como la tropa. Desde mañana no se afeitará. Atraviesa la calle con el barro por los tobillos, despreciando las aceras. En la plaza se exponen los cadáveres de cuatro falangistas con sendos letreros en el pecho: «Por ladrón».

—¿Qué es esto? —le pregunta a un soldado.

—Los han cogido robando en las casas de las familias que huyeron a Córdoba después del bombardeo.

Benavides evita mirarlos. Pasa de largo y se dirige al alto mando. El coronel, con unas ojeras cárdenas que no tenía la noche anterior, no se alegra de verlo.

—La situación es difícil, pero los contenemos, es todo lo que le puedo

decir. Y ahora, no moleste.

Le da la espalda para atender a un ordenanza que le trae un parte.

Los oficiales de estado mayor entran y salen de los despachos sin mirar a Benavides. Allí no hay nada que hacer. Se dispone a salir cuando, al pasar ante una puerta abierta, acierta a oír:

—Vete al coronel Valiñas y le preguntas si han interrogado a los prisioneros que trajo el acemilero.

«¡Un acemilero ha traído prisioneros! Eso puede ser una noticia optimista».

—A sus órdenes, mi comandante —replica el enlace, y parte a cumplir la orden.

Benavides aborda al soldado en el pasillo.

—Perdona un momento, muchacho. Soy periodista del *ABC*. —Le muestra la credencial con su retrato, la raya en medio—. He oído que un acemilero ha hecho prisioneros.

—Sí, es verdad, un acemilero de los que acarrean munición y nicanoras con los mulos.

—Cuéntame cómo ha sido eso —urge el reportero.

El soldado mira con aprensión la puerta de la oficina.

—Mire usted. Si asoma el comandante y me ve hablando, me empaqueta.

Benavides le muestra una cajetilla de Camel.

—¡Americanos! De estos se ven pocos —dice introduciéndosela en el bolsillo superior de la guerrera.

—¡Hombre, gracias!

—¿Dónde podemos hablar un minuto con tranquilidad?

El ordenanza lo lleva a un patinillo interior en el que se apilan cajas y garrafas vacías.

—¡Cuéntame eso del acemilero y los prisioneros!

—Pues nada: un acemilero que, en la confusión del primer ataque, se quedó detrás de las líneas enemigas y se presentó esta mañana con nueve prisioneros y un fusil ametrallador ruso nuevecito.

—Pero los acemileros no hacen servicio de armas, ¿no?

—Pues este ha hecho prisioneros a nueve rojos. Eso es lo único que sé.

—¡Un jabato, el tío! —reflexiona Benavides.

El reportero se queda pensativo. «Aquí tengo el reportaje que buscaba: un acto de heroísmo de mucho lucimiento que haga olvidar los reveses del día».

—Me tengo que ir —dice el ordenanza—, que se me puede caer el pelo si ven que me escaqueo, que hoy no está el barro para pitos.

—Una última cosa. ¿Dónde puedo encontrar a ese acemilero?

—Espérese un momento y lo averiguo.

—Bien, muchacho.

Salen al pasillo central y el ordenanza le indica un banco.

—Aguarde aquí que vuelvo en seguida.

Desaparece en el interior del edificio y regresa un minuto más tarde.

—Se llama Juan Castro Pérez y está en la primera compañía de la Tercera Bandera de la Falange de Canarias, la que defiende el cerro del Médico.

—Pero allí es donde está el tomate, ¿no?

—Sí, señor.

La perspectiva de ir a entrevistar al acemilero en el frente, en plena batalla, no satisface a Benavides. Ya ha tenido bastante con el bombardeo de la mañana.

—A lo mejor, si tiene suerte, lo encuentra en el almacén de intendencia. Los rojos nos han hecho trizas muchos camiones y casi todas las compañías llevan la munición y los refuerzos a lomos de mula.



Benavides sale a la plaza y pregunta por el almacén de intendencia. Le indican que está en el antiguo cine, en una calle adyacente, detrás de la iglesia.

La calle está atestada de automóviles, de carros y de recuas de mulos. Un brigada se desgañita para poner orden y blande una temible cachava con la que golpea por igual a automóviles, bestias o personas. Una docena de soldados, con capote manta recogido debajo del correa, cargan en un camión unas cajas de municiones, de madera, con asas de cuerda. En la oficina, en la que se ven las piqueras de las antiguas taquillas cinematográficas, un sargento gordo y colorado está tan solicitado que no sabe a quién atender. Benavides le muestra su credencial de prensa.

—Me envía el general Queipo de Llano. Busco al cabo Juan Castro, jefe del tren de acemileros de la Tercera Bandera de Canarias. ¿Hay aquí alguien que lo conozca?

El sargento les pregunta a los otros escribientes:

—¿Vosotros conocéis a Juan Castro, de la Tercera de Canarias?

—No hace ni media hora que ha estado aquí para cargar munición —indica uno.

—¿Y dónde puede estar ahora?

—De vuelta en el frente, porque hoy no creo que se entretenga, con la que tenemos liada.

Juan Castro no ha vuelto al frente. A dos manzanas de allí ha juntado valor para ir a ver a Concha, que lo recibe, fría y distante, en el zaguán.

—¡Te he dicho que no quiero saber nada de ti! ¿Se puede saber a qué vienes?

—Mujer, a explicarte...

—No necesito ninguna explicación. No quiero que me engañes más, que ya he tenido bastante —replica con los ojos húmedos de ira y de desprecio.

—Pero mujer... —suplica Castro—. Si lo dices por mis sentimientos...

—Lo digo porque me has hecho creer que tienes lo que no tienes y eso es engañar. ¿Tú qué crees, que yo busco un rico? ¿Eso piensas de mí? Yo lo que busco es un hombre honrado y sincero que me quiera, y tú te vendías como un señorito de escopeta y perdigón y resulta que eres mulero.

—¿Ser mulero no es ninguna infamia! —se defiende Castro.

—¿No, la infamia es la mentira! ¡Esa es la infamia! —contesta Concha, que se enjuga una lágrima con un pañuelito que lleva en la manga y le cierra la puerta en las narices.

Juan Castro se dispone a llamar de nuevo cuando lo aborda un hombre con una guerrera con el cuello de piel vuelto, muy elegante.

—¿Es usted Juan Castro?

Castro, por instinto, le busca las estrellas, por lo menos de comandante, pero no se las encuentra. Ni distintivo militar alguno.

—Soy periodista —se presenta—. Me llamo Pablo Benavides, reportero del ABC. Busco al cabo Juan Castro. Me han dicho que podía ser usted.

—Servidor —responde Castro sin mucha convicción.

Benavides le estrecha la mano con viril firmeza, que por algo están en el frente de combate.

—¡Gracias a Dios que lo encuentro! Tengo que hablar con usted. Es urgente.

—¿Conmigo?

—Usted tomó ayer a nueve prisioneros rojos, ¿no?

—Bueno. Más que tomarlos se me entregaron ellos.

—¿Cómo dice?

—Yo iba con mi mula de reata, que la había perdido, y, de pronto, se

me presentan y me entregan las armas. Querían pasarse y vieron la ocasión en el lío que había, así que yo los llevé y cuando llegamos a las líneas nacionales se pasaron. A uno ya lo conocía, que es de Andújar y había guardado marranos con él.

—¿Cómo? ¿Qué conocías a un enemigo? ¡Vaya coincidencia! ¿Y os reconocisteis?

—Sí, hombre, si hacía una semana que habíamos hablado tan tranquilos en el pozo.

—¿En qué pozo? ¿Qué me dices?

—En el pozo de la ermita de la Antigua. Allí nos juntamos a cambiar cosas y a hablar.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que confraternizáis con el enemigo?

—¿Qué confa... qué?

—Que os entendéis con el enemigo.

Castro se pone a la defensiva.

—Yo no quiero líos, ¿eh?

Hace ademán de marcharse, pero Benavides lo retiene por la manga.

—Yo no te voy a buscar líos, pero no sabía que eso se hiciera.

—Sí, hombre, es de lo más normal, cuando no hay tiros.

Benavides se lo piensa un momento. No va a permitir que la anodina realidad le estropee un buen reportaje.

—¡Lo que tú has hecho es una hazaña!

—Que no, hombre, que ya digo que me salieron al paso y me dieron un susto. Si llegan a venir de malas, me matan, pero lo que querían era entregarse y quitarse del hule. Es que del lado de «rogelio» las pasan moradas y prefieren un campo de prisioneros. Por lo menos no hay tiros.

Benavides respira con fuerza el aire de la mañana. «Este palurdo, con un poco de suerte, nos va a dar un reportaje estupendo», piensa.

—¡Te voy a hablar en serio! —Vence la repugnancia que le produce

el contacto con la grasienta guerrera del acemilero y le echa el brazo por el hombro con familiaridad—. A ti no te conviene decir eso. Tú eres un soldado nacional y no puedes deslucir una victoria. ¿Tú sabes que los rojos han roto las líneas y nos han conquistado seis pueblos y que todavía, a pesar de los refuerzos, no hemos logrado contenerlos? Sí, ¿verdad? Pues en esta hora apurada necesitamos hechos heroicos y tú puedes, si te dejas aconsejar, ser un héroe, alcanzar honores, medallas...

—Oiga, yo no quiero medallas. Yo lo que quiero es que acabe pronto la guerra y volver a mi pueblo.

—¿De dónde eres?

—De La Quintería, al lado de Andújar.

—¡Buena tierra, allí se ha escrito una página gloriosa de nuestra Cruzada: el asedio del santuario de la Virgen de la Cabeza!

—Ya sé.

—¿Es posible que una persona de aquella tierra heroica no quiera contribuir a la causa nacional?

—Yo ya contribuyo. Soy acemilero.

—Sí, pero un modesto acemilero que puede convertirse en héroe. ¡Yo te haré héroe! ¿Has pensado en los agasajos, en que las mujeres te persigan, que se te ofrezcan abiertas de patas? ¿Tienes novia?

—No, hace un momento me ha dado con la puerta en las narices porque se ha enterado de que soy pobre y encima al alférez que me escribía las cartas le han dado un metrallazo en la pierna y lo han evacuado.

—¿Lo ves? Ser pobre no es ninguna deshonra, pero a las mujeres les gusta el dinero y el brillo social. Si no le puedes ofrecer dinero, dale lo otro y ya verás como la recuperas. ¡Qué sepa que eres un héroe!

—¡Qué no, que no quiero más líos!

Intenta convencerlo por todos los medios, pero el acemilero es más

terco que sus mulas. No hay manera.

—Bueno, al menos déjame que te haga una foto.

A regañadientes, Castro posa para la foto.

—¿Esto va a salir en un periódico?

—Sí, esa es la idea.

—Hombre, si puede ser, que no salga mi nombre, porque no me quiero significar, que tengo a toda la familia en el otro lado, no vayan a tener que lamentarlo, que ya bastante habrán tenido cuando me pasé.

—¡Ah! ¿Tú te pasaste de los rojos?

—Sí, señor, me tocó con ellos, como soy de Jaén... y a la primera ocasión me pasé.

Benavides sacude la cabeza. Mira a Castro con otros ojos.

—¡Un héroe que se resiste a serlo! ¡Lástima, porque con esos mimbres yo podría hacer un excelente reportaje! Déjame que te haga otra foto. En medio de la calle, que te dé la luz.

Castro posa en medio de la calle.

El periodista le estrecha la mano y se despide.

Da unos pasos y se vuelve.

—Se me olvidaba, ¿cómo se llama el comandante de tu compañía?

—Don Braulio Soler Mediavilla. Es gallego y antes de la guerra era capitán de la Guardia Civil.

Benavides lo anota en su cuadernito de reportero. Guarda la cámara en su estuche y le estrecha de nuevo la mano a Castro.

—Muy bien, cabo. Adiós.

Castro lo ve alejarse, como un figurín, con sus botas, sus pantalones bien cortados y su guerrera con cuello vuelto de piel. Y además huele a colonia. Un tío con pasta. Después mira, una última vez, la pensión Patria. Ignora que Concha lo observa desde la rendija de un postigo del segundo piso. Castro se acerca a la puerta cerrada y se dispone a llamar,

pero se queda con la mano suspendida en el aire.

—Mejor será dejarlo para otro día, cuando esté más calmada. Puede que me sirva de algo hablar primero con Pepi.

Concha lo ve alejarse con sus andares de mulero, las piernas arqueadas y algo abiertas. Se recrimina: «Si es que no sé ni cómo me fijé en él, con la pinta de palurdo que tiene».

## CAPÍTULO 22

El comandante Soler tiene la cabeza vendada porque en el ataque del día 5 recibió un chinazo de rebote, nada serio. Le duele más que tuviera que replegarse ante el avance rojo, con una bota de menos, que dejó clavada en el barro.

En el puesto de mando del batallón, en un cortijillo a espaldas del cerro del Médico, entran y salen los enlaces con órdenes y los telefonistas instalan sus cables. Soler informa por teléfono:

—Las posiciones del cerro del Médico y de Mano de Hierro aguantan bien, mi coronel, pero en las avanzadas de la ermita de la Antigua tenemos muchas bajas. He enviado una compañía de refuerzo, con una sección de ametralladoras. En general, y por si la ofensiva se mantiene, estamos cortos de munición de fusil y granadas de mano.

Castro comprende que no ha escogido un buen momento para presentarse, qué se le va a hacer. Cuando el comandante cuelga, se cuadra y se lleva la mano al gorriillo con energía.

—A las órdenes de usía, mi comandante.

El comandante lo observa. Lo que tiene ante él es un tipo más bien bajito y con cara de cazurro, la antítesis del héroe militar.

—¿Te has visto en el periódico, Castro?

Toma de la mesa un periódico abierto y se lo pone delante. El reportaje de las páginas centrales está enmarcado con un trazo de lápiz rojo. Castro ve su foto, en medio de la plaza de Peñarroya, con un fondo borroso de soldados que esperan el rancho. Abre unos ojos como platos.

—Lo que le dijiste al periodista no es lo mismo que le contaste a tus oficiales, cabo —observa el comandante.

Castro se pone en guardia. Ve venir la bronca, el arresto quizá. «¡Me cago en la hora en que me fie de un periodista. Esto me pasa a mí por

tonto y por poco avisado!».

—No, mi comandante —se defiende—. Yo a ese señor no le dije nada más que la verdad.

—Entonces, ¿no desarmaste y cogiste prisioneros, tú solo, a toda una sección de milicianos?

—No, mi comandante, ¿eso pone ahí?

—Eso dice —corroborra el comandante y esboza una media sonrisa que Castro no sabe cómo interpretar, si será buena o mala.

—Mi comandante, yo le puedo asegurar a usía...

—¿Sabes leer?

—Sí, mi comandante —responde Castro sin disimular el orgullo que le produce su condición de alfabeto.

—Pues agarra el periódico y te vas por ahí a leer el reportaje. Cuando lo termines te presentas.

Castro sale del cortijillo y se sienta en un poyo de piedra, al tibio sol de invierno. Mira otra vez su foto en el centro de la página: parece alguien, con su capote manta, su gorriilo ladeado y su bolsa de costado. ¿La habrá visto Concha? Seguro, porque el periódico se recibe en la pensión. En la foto, detrás de Castro, se ve a un grupo de soldados que hacen cola delante del camión del rancho. El pie de la fotografía dice:

*«El héroe de la jornada de Peñarroya. El cabo de acemileros Juan Castro posa ante el grupo de milicianos que tomó cautivos durante el fracasado ataque marxista del pasado día 5. En el camión, parte de los abundantes pertrechos y municiones ocupados al enemigo».*

—¡Me cago en la grea, con el tío! —exclama Castro, admirado de cómo se puede tergiversar la realidad.



Después lee los titulares:

**«UN HÉROE DE ESPAÑA: EL ACEMILERO CASTRO»**

y en letra algo menor: «Un modesto acemilero cautiva a diez elementos marxistas con todas sus armas durante los combates de Peñarroya».

Y más abajo: «Reportaje de nuestro corresponsal en el frente de batalla Pablo Benavides, al pie de la noticia».

Castro comienza a leer:

*«En tres años de guerra, siempre en pos de la noticia, hemos tenido ocasión de conocer a muchos héroes del Glorioso Ejército Nacional, pero nunca a un héroe tan sencillo y modesto como el que hoy presentamos. Su nombre: Juan Castro Pérez, uno de los cientos de miles de soldaditos anónimos que ponen corazón y empeño en nuestras trincheras para alumbrar el futuro glorioso que España demanda, aunque sea a costa de escribir páginas de heroísmo con su propia sangre invicta desde los luceros. Este hombre de aspecto sencillo, un campesino rústico que en la vida civil era mulero, natural de una aldeíta cercana a Andújar, en la hermana provincia de Jaén, hoy bajo las garras del marxismo, que espera su pronta liberación, un hombre del temple de sus heroicos paisanos, aquellos mártires que se encerraron con la Virgen morenita en el santuario de Santa María de la Cabeza y escribieron, con su sangre, una de las páginas más gloriosas de la gesta española. Este hombre, Juan Castro, encuadrado por el azar geográfico en el ejército marxista, comprendió que su puesto estaba en las filas nacionales luchando contra la Antiespaña, de cara a los*

luceros y, jugándose la vida, en circunstancias especialmente difíciles, se pasó a nuestras filas. Aquí fue recibido en el ancho corazón de madre de España y él pidió el honor de combatir en un puesto de primera línea. Eso es lo que ha hecho en dos años, siempre en el puesto del honor, dando lo mejor de sí mismo, destacándose en cuantas acciones de guerra ha participado, llevando los pertrechos, las ametralladoras, los morteros, las municiones a los puestos más batidos, a los lugares de mayor peligro, retirando en sus jamugas a los heridos y, en alguna ocasión, a los gloriosos cadáveres de los heroicos combatientes nacionales. El día 5 del presente mes, enero del III Año Triunfal, este soldado ejemplar se hallaba destacado en una posición adelantada del frente de Peñarroya cuando la hidra roja, ya en los estertores de su agonía, lanzó su zarpazo contra aquellas posiciones guarnecidas por lo más granado del Glorioso Ejército Nacional. En medio del huracán de plomo y metralla, el cabo Castro reparó en que una de las mulas confiadas a su custodia había quedado, por un azar, en un prado batido por el fuego enemigo y no vaciló en salir en su busca, desafiando peligros, con tal de reintegrar al servicio al sufrido cuadrúpedo. Entonces, en el torbellino de la metralla, reparó en que la mula, espantada por las cercanas explosiones, había huido de su seguro pastizal adentrándose más aún en dirección al territorio que todavía controla la canalla marxista. ¿Qué hacer? Si proseguía en su busca, podría encontrar la muerte, o incluso podrían hacerlo prisionero. Si desistía, aquel animal caería en manos del enemigo. En esta circunstancia, el cabo Castro no se lo pensó dos veces: tomó una arma y se adentró en la tierra de nadie desafiando

peligros. Fue el momento en que los rojos avanzaban con la ilusoria pretensión de romper las líneas nacionales. De pronto, el héroe descubrió a su mula tras unos arbustos, cerca de un tanque soviético tras el que se parapetaban diez milicianos de feroz aspecto, armados hasta los dientes, que se protegían en su avance tras las escamas blindadas del monstruo. El cabo Castro sintió hervir en sus venas el antiguo valor de una raza que en otro tiempo conquistó el mundo. Desobedeciendo los dictados de la prudencia se dispuso a entrar en combate, sin medir sus menguadas fuerzas, contra el enemigo numeroso y bien pertrechado. Rodeando la posición, donde acaso se habían detenido los rojos, los encañonó con su fusil y los conminó a la rendición. Los feroces emisarios de la Antiespaña, al contemplar el frío valor del héroe que ante ellos se erguía, en sus ciento sesenta y seis centímetros de entereza heroica, sintieron flaquear las rodillas y dejaron caer las armas. El que los capitaneaba blandía un fusil ametrallador ruso de avanzado modelo que el cabo Castro se apresuró a arrebatarse y encañonando al grupo les ordenó que emprendieran el camino hacia las líneas nacionales, sin olvidar llevar de reata a su mula, ya recuperada. De esta guisa, un solo hombre, un humilde acemilero, con su mula, se presentó en las posiciones del ejército nacional cuando ya el ataque rojo había sido rechazado heroicamente y había dejado el campo cubierto de cadáveres de estas alimañas sin Dios y sin Patria que, a la hora en que cerramos este reportaje, un día después, siempre al pie de la noticia, todavía se están recogiendo para darles sepultura en los pueblos de la inmediata retaguardia, en los cuales la vida prosigue con toda

normalidad. Este cronista tuvo el privilegio de hallarse en primera línea de fuego, al pie de la noticia, cuando el ataque marxista estaba en todo su apogeo. En el parapeto de una posición avanzada, entre balas que silbaban en todas direcciones y rociadas de metralla de las explosiones de todos los calibres, vio avanzar impertérrito, como un héroe antiguo, indiferente al peligro, a este héroe moderno. Desafiando la muerte salimos a recibirlo para abrazarlo y hacerle las preguntas a que la profesión nos obliga. Es un hombre sencillo, ha sido toda su vida mulero en una finca agrícola cercana a Andújar. Lleva prendido en el pecho un «Detente, bala, el Sagrado Corazón de Jesús está conmigo». Bajo el cuello vuelto de la guerrera se adivinan los cordones de un escapulario. ¡Un buen soldado y un buen cristiano! Interrogado por el reportero, mientras las balas carniceras silban a nuestro alrededor y el furioso huracán del acero busca, mordiente, la carne de los mártires, él, indiferente al peligro, con ejemplar modestia, quita importancia a su gesta, que se escribirá en los anales de la historia con letras de oro: «Solo cumplía con mi deber. No podía perder esa mula, que me había sido confiada, y de camino, al ver a ese grupo de soldados marxistas, hice lo que cualquiera habría hecho: los conminé a rendirse y aquí están, a disposición del Glorioso Mando Nacional».

«Nos despedimos del cabo Castro con un viril apretón de manos en la suya encallecida y cálida. He aquí la progenie de Viriato, he aquí la heroica entereza de los antiguos celtíberos. Esto es un español. Esto es un soldado. Esto es un hombre».

Castro termina de leer. Cierra el periódico y se queda pensativo. «¡La hostia, la hostia! ¿Cómo se te ocurriría hablar con ese periodista, que es que te cagas en cuanto ves una guerrera? Mira ahora en el lío que te has metido».

Pasa un enlace de la segunda compañía.

—¿Qué pasa, Castro, te has quedado alelado o qué?

—Nada, hombre —responde distraído.

Castro entra cabizbajo en la sala de mando.

—Da su permiso, mi comandante —solicita con humildad desde el umbral.

—Pasa, cabo.

El oficial parece contento. Ahora vendrá la severa amonestación y, si Dios no lo remedia, el arresto.

—Mi comandante, yo no le dije al periodista nada de lo que pone aquí. Yo le conté que los rojos se me rindieron sin que yo hiciera nada, porque para pasarse, en medio del follón, pensaban que iban más seguros como prisioneros detrás de un nacional.

El comandante sonríe abiertamente.

—¿Has traído la yegua del capitán Montero?

Titubea Castro. A la bronca por lo del periódico se va a unir otra por utilizar material del ejército para fines propios.

—Sí, mi comandante, ahí afuera la tengo. Ya está casi domada.

—Pues vamos a verla.

El comandante admira la yegua, le palmea el pescuezo.

—¡Buena, buena chica! ¿Has hecho un buen trabajo, Castro? ¿Quién te enseñó la doma?

—Mi padre, mi comandante.

—Eres un tío listo y aprendes rápido. Ahora presta atención: yo sé lo que te pasó con los rojos y que en el parte dijiste la verdad y eso te honra,

Castro, pero debes entender que la necesidad del servicio requiere ahora que tú des por bueno lo que el periodista escribe.

—Mi comandante, pero es que ese hombre cuenta ahí...

El comandante se para y lo mira a los ojos.

—Es una orden —advierde, seco.

El cabo Castro se cuadra.

—A las órdenes de usía, mi comandante. Yo no tengo nada que decir, mi comandante, lo que usía ordene va a misa. Lo único es que se me hace cuesta arriba engañar a la gente.

El comandante Soler asiente. Le pone una mano paternal en el hombro.

—Lo sé, Castro, sé lo buena persona que eres, pero la gente, Castro, necesita leer hazañas. Llevamos tres años de guerra y ya todo el mundo está un poco cansado de sufrimientos y privaciones. Harás un gran servicio a la causa nacional si te aprendes esa historia y la cuentas tal como ahí la pone cuando te pregunten.

—Lo que ordene usía, mi comandante.

—¿Hace mucho que no vas por Córdoba?

—Estuve en el permiso, mi comandante.

—Pues hoy vas a ir y te vas a presentar al teniente coronel Lupiáñez, en el Gobierno Militar. Mira a ver qué combinación tienes y hablas con mi asistente para que te procure el pase y los haberes.

—¡A sus órdenes!

Falta media hora para que salga el camión. Castro encuentra al Chato en intendencia.

—Chato, me llevan a Córdoba y no sé cuándo voy a volver.

—¡Eso es suerte!

—Suerte o desgracia, según se mire. Ya veremos en qué acaba esto. Me han sacado en el periódico por lo del otro día.

—Me alegro por ti si te quitas de en medio, porque el hule que hay no es nada para lo que va a haber. ¿Sabes que los rojos han abierto una brecha de nueve kilómetros entre el cerro del Médico y la sierra Trapera? He oído a uno de la Veintitrés de Soria que en la Trapera algunas compañías han perdido a todos sus oficiales.

—Oye, tú mira por los mulos.

—No te preocupes. Tú pásalo bien que yo cuido de *Valentina*. Y trae tabaco y chorizos cuando vuelvas.

Castro le palmea el brazo a su amigo y regresa al camión de intendencia. Sube de un salto a la caja. Dos soldados levantan el portón y encajan los cierres.

—¡Nos vamos! —avisa el chófer.

El mecánico acciona la manivela y arranca el motor. Después se ladea aún más el gorrillo y se acomoda al lado del chófer.

Castro, sentado sobre un atadizo de sacos vacíos, agarrado a la cadena del tirante para no rodar en los baches y en las curvas, que el chófer toma a gran velocidad, medita sobre todo lo ocurrido en los últimos dos días: pierde a la novia, casi pierde a *Valentina*, hieren a su amigo, al alférez Estrella, y, de pronto, sin comerlo ni beberlo, se ve aupado a la categoría de héroe nacional.

Paran para cargar canastas vacías a medio camino, en el balneario de Fuenteagria, convertido en hospital de sangre. Bajo los potentes eucaliptos pasean los heridos convalecientes, algunos en silla de ruedas que empujan enfermeras con delantal blanco y camisa azul.

Castro pregunta por el alférez Estrella. Le indican la segunda sala, a la izquierda.

—¡Coño, Castro! ¿Tú por aquí? —exclama Estrella al verlo, y le dice a una enfermera—: Marisa, este es mi amigo, el del periódico.

—¡Ay, que está aquí el del periódico!

En un momento se forma un revuelo de enfermeras, sanitarios y médicos que acuden a conocer al héroe. Algunos se fotografían con él. Lo abruman a preguntas:

—¿Cómo fue?

—Lo mismo que cuento en el periódico. Tuve suerte.

Una enfermera guapa lo abraza y lo besa en las mejillas.

—¡Gracias, cabo! ¡Es usted un orgullo para las armas nacionales!  
¡Qué Dios lo proteja!

Y le estampa otros dos besos, lo abraza fuerte, le hace sentir los pechos duros y turgentes. Castro se sonroja y descubre que, después de todo, esto de ser héroe tiene sus ventajas. Comienza a gustarle el papel.

De vuelta al camión, Castro se come un par de naranjas que otra enfermera le ha metido en los bolsillos. Sonríe. «Tenía que verme madre. Pero mejor que no me vea, mejor que no se enteren de esto en Andújar, no sea que les cueste un disgusto. Cuando acabe la guerra, sí». Y se imagina su regreso a La Quintería con el pecho lleno de medallas: el héroe que rescató la mula de territorio enemigo y regresó con diez prisioneros y un fusil ametrallador.

En estas ensoñaciones, el camión gira en la última curva y aparece Córdoba al fondo, en el llano, con sus campanarios y sus jardines, con sus palmeras y sus arboledas fluviales.

Córdoba.



## CAPÍTULO 23

En los pasillos del Gobierno Militar de Córdoba, instalado en un viejo convento de carmelitas, se ven oficiales de todas las armas y graduaciones posibles, además de enlaces que llevan papeles y ordenanzas con cafés. Castro, perplejo entre tanto trajín, no se determina a preguntar por la oficina que busca. El cabo recién llegado del frente, con sus botas maltratadas y sus piojos, mira la fuente del patio central, en la que mana un parsimonioso chorrito de agua de un grifo de bronce puesto al revés.

—En el piso de arriba, al fondo —le dice un soldado al que se ha atrevido a preguntar por la Oficina de Prensa y Propaganda.

Sube la escalinata de azulejos y pasa ante la puerta entreabierta de una sala en la que Queipo se dirige a los periodistas:

—Les voy a comunicar los fundamentos ideológicos del nuevo Estado, ¡oído al parche!...

El famoso general ha llegado de Sevilla para dirigir, en persona, la contraofensiva en Peñarroya. Mientras Queipo explica a la prensa en qué va a consistir el nuevo Estado nacido de la victoria de la facción sana del ejército sobre la facción podrida del pueblo español, el cabo Castro deambula perdido por los corredores conventuales y medita sobre el envidiable destino de la caterva de emboscados que habita en aquel edificio la cantidad de botas altas y bien lustradas, de pantalones y guerreras bien cortados, de caras sonrosadas, de guerreros felices que ignoran lo que es la guerra, que viven entre papeles y teléfonos, que duermen en camas mullidas, que no pasan frío, ni miedo, ni hambre «Coño, *Valentina*, ¿y a quien habrá que conocer para que lo enchufen a uno en un sitio como este?». El marqués de Pineda, don Federico, si no fuera porque pasa la guerra en Biarritz, seguro que le hubiera buscado un

acomodo lejos del sitio de los tiros. En fin, «*Valentinilla*, a ver si administramos bien la suerte esta que hemos tenido, y la alargamos y damos lugar a que acabe la guerra». Castro se dirige a un chupatintas que se ha detenido a ordenar los papeles de su carpeta, con un pie en el aire, como las cigüeñas.

—Oye, me han dicho que tengo que presentarme al teniente Afín de la Oficina de Prensa y Propaganda.

El soldado le echa un vistazo al oficio que Castro lleva en la mano.

—Allí —señala—, en la segunda puerta.

La Oficina de Prensa y Propaganda está en un cuartucho, bajo la escalera imperial, en el que caben apenas dos mesas con sus ocupantes, y una estantería a la que han aserrado la cimera para que encaje en el techo inclinado.

El teniente Afín atildado, enteco, con gafas, camisa azul y botas de montar con espuelas, lee el oficio en el que se declara que aquel individuo es el cabo Juan Castro Pérez. Lo mira con interés.

—Así que tú eres él que cautivó a nueve milicianos.

—Sí, mi teniente, a las ordenes de usía.

El teniente consulta su reloj de pulsera y se vuelve hacia el sargento que ocupa el otro escritorio.

—Pepe, llama al garaje, que nos vamos. Estaré fuera el resto del día. Los alemanes están en las ermitas, ¿no?

—Sí, mi teniente.

El teniente alcanza su gorra de plato de la percha y se la encasqueta un poco ladeada, como un figurín. A la puerta del Gobierno Militar espera un viejo Ford negro.

—Cabo, tú, con el chófer —ordena Afín.

Él se instala en el asiento posterior, a la derecha. Parece enfadado, aunque, por otra parte, Castro lo tiene observado, los militares alfeñiques

suelen adoptar esa actitud para hacerse respetar. El chófer mira al teniente por el retrovisor, aguarda ordenes.

—A las ermitas, Paco. Vamos a ver a la rubiona.

El chófer se sonríe y arranca. Cruzan Córdoba. Callejuelas recoletas enlosadas con pedernal oscuro, mojado por la lluvia, que brilla como el charol. Tapias encaladas sobre las que asoman verdes y lucientes ramas de palmera, de morera, de sauce. Después de atravesar la muralla por la Puerta de la Judería, salen a una espaciosa avenida con plátanos y castaños de Indias. Casi no se ven uniformes. Salvo algunos carteles patrióticos y algunas banderas en dependencias militares habilitadas, apenas se nota la guerra. Los comercios están abiertos, los escaparates de las tiendas de alimentación, bien provistos, las cafeterías, llenas de su habitual clientela, en especial mujeres. En la muralla del Alcázar, frente a la noria de la Albolafia, pende un gran cartel que representa al Generalísimo tocado con un casco de guerra. Debajo, la leyenda «Franco, Salvador de la Patria, Caudillo invicto de la España eterna, ¡salve!».

«¡Ahí es nada! —piensa Castro—. Ya hasta se le reza a Franco».

Intenta recordar la salve, pero tiene que desistir «Dios te salve, reina y madre», y ya no sabe como sigue. En la guerra se pierde hasta la memoria. «Si esto dura mucho, me voy a quedar tan inocente como tú, *Valentina*».

Castro ha pensado muchas veces en su mula durante el viaje. Confía en el Chato, pero nadie está libre de que haya un recuento y descubran que sobra una mula. Entonces se acabará todo. Y precisamente la mula que él ha rescatado, por la que se ha jugado la vida, porque el mierda del brigada Loja informará a la superioridad de que esa mula se ha incorporado al regimiento hace dos meses, sin cubrir baja alguna en el tren regimental, alegará que procedía de otra compañía, que llegó para que la curaran. Pero ya hace meses que está buena y saludable y Castro

no la ha devuelto a la unidad a la que se supone que pertenece. Intenta alejar estos pensamientos funestos. «Todo irá bien. Por otra parte, de qué nos vamos a preocupar cuando, sin comerlo ni beberlo, me han hecho héroe y hasta me van a dar una medalla. Más vale disfrutar de la vida mientras se pueda, que no sé si cuando acabe esto nos veremos metidos en el fregado y todavía no sabemos el hule que nos tendremos que tragar antes de que acabe la guerra. Mira el pobre alférez Estrella, con un metrallazo en el muslo».

El teniente interrumpe sus cavilaciones para informarlo de lo que se espera de él.

Un equipo de la UFA, la compañía cinematográfica del Reich alemán, rueda un documental sobre la guerra española. Han habilitado unos estudios al aire libre en las Ermitillas, a pocos kilómetros de Córdoba, en las ruinas de un cortijo que, arregladas y amuebladas por los técnicos cinematográficos germanos, semejan un pueblo bombardeado. En un cerrete contiguo han abierto algunas trincheras, con sus chabolas y sus alambradas, y han dinamitado media docena de árboles para simular un paisaje bélico. Castro tiene que representar ante las cámaras su regreso a las líneas nacionales con la mula y los prisioneros marxistas.

El coche se detiene en la era del cortijo en ruinas, junto a otros dos automóviles, un camión y una furgoneta provista de una potente antena. Sopla un cierzo helado que clava diminutas agujas en la piel. Al resguardo de un parapeto, al pie del muro caído, toman el sol, conversan y fuman quince o veinte hombres, unos vestidos de milicianos, con mono azul, chaquetas de cuero o de pana, gorros de plato con las barras republicanas y algún que otro casco francés, con cresta central. Otros visten de nacionales, con capotes manta y gorras cuarteleras. Una pareja lleva chilaba, turbante, barbas postizas y las piernas al aire, heladitas.

El director cinematográfico es un hombre corpulento, entre rubio y

pelirrojo, con el pelo afeitado por los temporales y cortado a cepillo por la parte superior de la cabeza. No es mal parecido, pero luce en la cara un par de costurones mal cosidos que le descomponen el semblante. Lleva un monóculo encajado en el ojo derecho, sujeto con una correíta de cuero al ojal del abrigo de piel. Lo acompaña una secretaria joven y rubia, una treintañera frondosa, de gran alzada, que intenta disimular, dentro de lo posible, sus generosas formas anteponiendo al abultado busto la carpeta del guión. El director saluda al teniente Afín con un taconazo, y este corresponde llevándose con energía la mano a la visera, un saludo marcial para que vea la rubia la clase de pasta que gastan los españoles. El teniente señala a Castro.

—Este es nuestro hombre, Herr Kriegskartoffen.

El alemán observa a Castro como si se tratase de un extraño animal. Lo rodea.

—Bien, tenienta, ¿qué clase de sujeto heroico nos trae? —pregunta.

El teniente presenta a Castro:

—Aquí lo tiene usted: Juan Castro Pérez, cabo acemilero.

Castro se cuadra y saluda. En la duda, él siempre saluda. El tipo del monóculo quizá no sea militar, pero lo parece.

—Así que esto es el héroa español. —El alemán suspira y chasquea la lengua, decepcionado—. No es lo que nosotros esperramos, ¿se dice esperrábamos? —añade mientras examina al cabo—. Es pequeño, mezquino y poco o nada agraciado. No hace justicia a la noble raza española. Además, es demasiado morreno. ¿No hay otra soldaten que tenga mejor piel, más clara?

—Lo lamento, Herr Kriegskartoffen —se excusa el teniente Afín—, pero este es el soldado que realizó la hazaña de derrotar a una sección entera de rojos. Por otra parte, ya habrá observado que un sector de la raza española la conforman hombres más bien bajitos y de poca

presencia. —Guiña un ojo—. Eso se debe al peso de los cojones, que les impide crecer.

Herr Kriegskartoffen ríe el chiste de buena gana, muestra los dientes grandes, blanquísimos, y una muela de oro, de las que arranca Mohamed el cojo. Se enjuga una lágrima y contempla a Castro con indisimulada repugnancia. Se encoge de hombros.

—¡Bien, si no hay otra manerra, rrodaremos con él! —concede.

Se vuelve hacia el equipo y ladra las órdenes pertinentes a los dos o tres cámaras y a los foqueros. Un suboficial de la Oficina de Prensa y Propaganda habilitado como *attrezzista*, el sargento Morales, dispone el escenario. Los hombres vestidos de milicianos, barba de varios días, rostros torvos, chaquetones de cuero, gorras de pelo rusas con la estrella roja de tamaño superior al real, pistoleras enormes a la cintura, caminan hacia la cámara con los brazos en alto, en actitud sumisa, seguidos del cabo Castro, que los encañona con un fusil ametrallador ruso prestado por el comandante jefe de la armería de la región militar, contra el correspondiente recibo.

Cuando la escena está compuesta y la han ensayado un par de veces, Herr Kriegskartoffen ordena:

—¡Vamos a rrodar! ¡Aporrten la mula!

—¡La mula, la mula! —urge el sargento auxiliar de rodaje con énfasis innecesario, que justifica su destino y su sueldo.

Uno de los soldados, caracterizado de moro de chilaba y babuchas, saca de las ruinas un burro ruteño, peludo, pequeño, de enormes e inquietas orejas.

—¿Un burro? —inquire el teniente Afín, desconcertado—. Lo que el cabo Castro salvó fue una mula, ¿no? El cabo es acemilero.

—Sí, mi teniente —se excusa el sargento Morales—, pero las tres mulas del Regimiento de Destinos estaban ocupadas y solo hemos

encontrado este burro que nos ha prestado un medio pariente mío que tiene un cortijillo aquí cerca, en las Ermitillas. Tenemos que devolverlo antes de que se haga de noche porque todavía tiene que acarrear varias cargas de agua.

El teniente vuelve a consultar su reloj de pulsera. Está citado con una telefonista a las siete en la cafetería Calipso para ir al cine. Quiere acabar cuanto antes, a ver si le da tiempo a llegar a casa y lavarse los bajos, por si se tercia darle una pasada a la chica.

—Bueno, ¿qué más da un mulo que un burro?, lo que cuenta es la intención —concede—. A ver, Castro, coge el burro y lo traes de reata delante de la cámara, detrás de los prisioneros.

—¡A sus órdenes!

Castro obedece. Total, a él qué más le da. Pasan los prisioneros ante la cámara, con gesto abatido, las manos altas, tras la alambrada, y detrás Castro con el burro de reata y el fusil ametrallador.

—¡Corten, corten! —grita Herr Kriegskartoffen—. ¡Muy mal! Ese burro... no podemos enseñar al público alemán, a los espectadores del Reich: habrá señoras, niños... ¡habrá muchachas!, incluso el propio Führer, que es un hombre muy... muy... circunspecto, ¿se dice así? ¡Ese burro!

—¿Qué le pasa al burro? —se extraña el sargento Morales.

—Pues ¿no ve usted?

Herr director señala la anomalía: el animal, al ventear la espectacular presencia de la secretaria rubia, ha desenvainado su instrumento y exhibe un desproporcionado testimonio de virilidad que casi le llega al suelo.

Los extras se dan con el codo e inician una risita, que el gesto furibundo del teniente, al volverse hacia ellos, corta en seco. La valquiria asiste a la escena con una indiferencia desdeñosa, como si aquello no fuera con ella. Ya está acostumbrada a despertar el celo de aquellos

latinos tan elementales y lo toma como uno de los muchos engorros que tiene que soportar para servir a la Patria y al Führer bienamado.

—Habrá que esperar a que enfunde, mi teniente —indica el sargento Morales con objetividad profesional.

Aguardan medio minuto sin que se produzca mengua alguna en el despliegue anatómico del asno. El teniente consulta de nuevo el reloj.

—¡Vaya con el burrito, y qué salud tiene!

Herr Kriegskartoffen se encara con Castro.

—¡Usted es muleiro! Usted es especial de animales, usted es ingeniero de burros. ¡Es su deberr saber arreglar estas cosas!

A Castro no le resulta simpático el alemán. «¿Qué se cree este tío, que aquí no sabernos valemos?».

—¿Da usted su permiso, mi teniente? —pregunta señalando al asno, que, después de desplegar sus potencias, se recrea en la suerte y ensaya un movimiento pendular, como si se diera golpes de pecho.

—¡Sí, hombre, haz algo!

La valquiria se ha retirado a un discreto segundo plano, y con la espalda apoyada en la furgoneta, a salvo de la curiosidad de los extras, sigue con gran interés las gimnasias del asno.

Castro mira a su auditorio, enciende un cigarro y sin despegárselo de la comisura de los labios se adelanta hacia el burro, que no cesa en su pujanza. Se le acerca a la oreja lo suficiente para que la punta del cigarrillo toque la sensible epidermis interna de la oreja y le produzca una leve quemadura. Al sentir el estímulo doloroso, el burro enfunda con pasmosa celeridad.

—¡Esto es de lo más extraordinario! —exclama Herr Kriegskartoffen—. ¿Puedo saberr lo que usted ha murmurado al oído del animal?

—¿Se lo digo, mi teniente? —pregunta Castro.



—¡Sí, hombre, díselo y sácanos de dudas! —dice Afín.

—Le he dicho: «¡Mete el pollón, por lo que más quieras, que ese señor del cristalillo en el ojo te lo quiere chupar!».

—¡No entender! —dice Herr Kriegskartoffen.

—No tiene importancia, Herr —media el teniente—. Le ha dicho que se comporte como un ser civilizado en nombre de la amistad hispanoalemana.

Herr Kriegskartoffen, complacido, da dos palmadas.

—Seguirremos.

—¡Venga, todos a sus puestos, que vamos a repetir la toma! —truená el sargento—. Y tú, el del burro, procura situarte delante del borrico para que no vea a la gachí esta, no se vaya a empalmar otra vez, que parece que este animal tiene más conocimiento que las personas. —Se acerca a Castro y añade, confidencialmente—: El burro ha hecho lo que tenía que hacer, ¡qué coño!, porque ¿te has fijado en lo buenísima que está la gachí? Yo llevo aquí una semana y me habré hecho más de cien pajas, ¡la tía puta, cómo está!, que ya hay días que se me doblan las piernas de debilidad, que va a acabar con mi salud, y mi mujer no hace más que preguntarme que qué me pasa, que todas las noches le doy jaleo.

Repiten un par de veces la escena de los prisioneros en la alambrada, hasta que Herr Kriegskartoffen la aprueba.

El teniente Afín se despide del alemán.

—Herr director sabrá disculparnos. Asuntos graves me reclaman en el cuartel general.

—¡Vaya, vaya usted, que la guerra no espera!

Suben al Ford. El chófer arranca y enfila el camino de vuelta. El teniente le da un toque en el hombro.

—Está buena la alemana, ¿eh?

El chófer mira por el retrovisor.

—¿Qué si está buena, mi teniente? ¡Está *pa* matarla a polvos, como a las cucarachas!

# CAPÍTULO 24

Once de enero de 1939. IV Año Triunfal. Si no fuera porque es noche cerrada, Castro podría ver cómo llueve una agua mansa sobre los barbechos de trigo, sobre los olivares, sobre las huertas, sobre los pueblos dormidos, sobre los desmontes de las vías, sobre los ríos y sobre los arroyos. Desde su asiento de ventanilla en el tercer vagón del tren correo de Córdoba, la vida parece más amable. En el bolsillo superior derecho de su guerrera nueva, que le han entregado en la intendencia de Córdoba, lleva un billete de viaje hasta el apeadero de Los Rosales. En el bolsillo izquierdo, asegurado con su botón, guarda el pasaporte que lo autoriza a viajar hasta Burgos, Compañía de Destinos del Cuartel General del Generalísimo, y las quinientas pesetas que le ha entregado, contra firma del recibo correspondiente, por triplicado, el oficial pagador de Mayoría del Gobierno Militar de Córdoba.

Castro va contento por cuatro motivos: porque está lejos del tomate, porque todo lo que lleva es de estreno, hasta los calzoncillos y las botas, porque lleva en el bolsillo más dinero del que ha tenido en su vida y porque ve mundo, una experiencia que no sabía que fuera a gustarle tanto. Es la única ventajilla que le ha encontrado a la guerra, que gente como él, que de ordinario no hubiera salido jamás del pueblo, siempre con el mismo horizonte, gracias a la guerra se mueve y se percata de lo diferente que es España según vas de un lado para otro. «Lástima que no podamos llevarnos bien y que tengamos que matarnos», piensa.

Castro va a Burgos a que lo condecree Franco. Franco en persona, el Generalísimo de los Ejércitos Nacionales, el Caudillo de España. Cuando ve los carteles de Franco en las estaciones y en los apeaderos, no puede evitar mirarse el pecho, por encima del bolsillo izquierdo, el lugar donde, dentro de unos días, las manos del Caudillo le prenderán una medalla al

valor. Cuando lo piensa, lo del valor, se avergüenza un poco. «Tú sabes, *Valentinilla*, que las cosas vinieron rodadas y que valor, lo que se dice valor, no tuve ninguno, como no fuera salir a buscarte en medio de todo el tomate, pero qué le vamos a hacer si los que mandan quieren que sea así. Aquí no hay nada más que callarse, que el que manda, manda y cartuchos al cañón, como dice el Chato... Hombre, el Chato, es la primera vez que nos separamos en toda la guerra. A ver si hace bien las cosas, y no se mete en ningún lío y me cuida a *Valentinilla*, que ya mismo vamos a volver los tres a Andújar, tan contentos».

Se toca el bolsillo de la guerrera. ¿Le robarán si se duerme? No es fácil. Ahí lleva el pasaporte. Los dineros van, en un sobre, en el bolsillo de la camisa, que también está abrochado y cogido con dos imperdibles, para mayor seguridad. En el bolsillo del pantalón, en la cartera, tiene cinco duros y algo de calderilla, para ir tirando.

El vagón va lleno de soldados con permiso, tan contentos que no dejan conciliar el sueño a nadie, entre tientos a la bota y cantos del *Carrasclás* y otras canciones cuarteleras.

Castro se apea en Los Rosales. El enlace con Villanueva del Río y Minas es un camión habilitado para autobús, cubierto con una lona y con dos bancos de iglesia atornillados para confort de los viajeros. En el espacio intermedio, sujeto con tornillos a una chapa, humea un brasero de picón que evita que los pasajeros se congelen.

Ha escampado y amanece un día anubarrado y desapacible. El camión hace una breve parada en la plaza de Tocina, donde algunos viajeros, los que pueden, desayunan churros con café de achicoria bajo un tenderete del mercado. Los que no se bajan aprovechan para ocupar los asientos cercanos al brasero.

En la estación de Villanueva del Río y Minas, un tren minero maniobra sin prisas para dejar espacio al tren correo. A las nueve y pico,

con un retraso de media hora, parte el tren «La Viajera», que va a Extremadura por El Pedroso y Guadalcanal. Castro, desde su incómodo asiento de listones, arrebuja en la guerrera nueva, ve pasar los cerros verdes, las carrascas, las encinas, los alcornoques, los desmontes cubiertos de hierba húmeda, los charcos y las lagunillas que apenas espejean bajo la luz churretosa del día plomizo. En la estación de Zafra, Castro muestra su pasaporte, saca un nuevo billete y se sumerge en el gentío que abarrota el andén. Algo después de las doce llega el rápido del Norte con una hora de retraso, abarrotado, con viajeros de pie en los pasillos y en las plataformas exteriores o jardineras. Solo permiten subir a los militares con pasaporte. Castro consigue situarse en una jardinera, después de abrirse paso a empujones, y tras dos horas de frío intenso, arrebuja en el capote, con las solapas subidas, el gorriño calado hasta los ojos, consigue acomodarse en el interior del vagón, cuando ya se acercan a la estación de Cáceres. Mientras el tren espera su repuesto de agua y carbón, una avalancha de vendedoras de tortas de chicharrones y de anís asaltan el convoy.

—¡A real, a real, al mejor anís, a matar el gusanillo! —pregona una muchacha agraciada y desenvuelta.

Se ve que la pobre lleva muchos tiros recibidos sin haber estado en el frente.

—¿No quieres una copita de anís, sargento? —le pregunta a Castro.

—Bueno.

Castro se toma la copita y le da una peseta.

—Quédate con la vuelta, guapa.

Se siente rumboso con las quinientas en el bolsillo, calentitas.

—¿Quieres otra copita, mi coronel, que invita la casa? —le pregunta la muchacha mientras lo mira fijo a los ojos.

Castro se azara un poco.

—Si no, *pa* mí —propone un gitano canoso con dos dientes de oro, que va sentado a su lado.

Antes había dicho que busca caballerías para el ejercito.

—Dásela a este hombre.

La muchacha le sirve la copa al tratante, que se la bebe de un trago y rebaña con la lengua el interior sin dejar de mirar a la muchacha, con intención.

Suena el silbato del factor. Una sacudida y arranca el tren. Castro se asoma a mirar a la chica que se abre paso entre la gente.

—¿Qué mala es la guerra, *verdá*, usted? —comenta un viejo que va sentado en el asiento frontero.

—Y usted que lo diga.

—Yo tengo dos hijos, como usted, en filas. Hasta la presente han *escapao* bien.

El viejo se santigua. Lleva prendida en la solapa una medalla de aluminio de la Virgen del Carmen y en lugar de camisa viste hábito morado.

El tren atraviesa un paisaje de roquedos graníticos y chaparros, con prados de hierba encharcados en los que pastan toros oxidados, escuálidos. Ven alguna chabola en los desmontes, con familias miserables y niños medio desnudos que saludan el paso del tren y gritan «¡Dame algo!» a los viajeros de las jardineras.

El viejo ha anunciado que va a recitar unos versos de su invención para amenizar el viaje a la distinguida audiencia. Comienza:

*Aunque he sido campesino  
Sin poderlo desechar  
A mi vejez, escribiendo poemas  
Para la España Nacional.*

*Escuchen todos a una  
Todos poniendo atención  
A estos versos que recito  
Que me brotan del corazón.  
Desde encima del vagón  
Se divisan chaparrales,  
Olivares y algarrobos  
Y también los retamales.*

—¡Bien, muy bien!

Aplaude una señora de mediana edad que lleva sobre las rodillas una cesta de mimbre de la que asoma la cabeza de una gallina.

El viejo sonrío y tiende la mano en solicitud de silencio.

*Todos venimos al mundo  
Sacados de un dulce vientre  
Y unos se ponen las botas  
Y los otros que revienten.*

—¡Oiga usted, eso parece que tira un poco a rojillo! —observa un viajero.

—¡Qué me dice usted! —se incomoda el viejo—. ¡Qué yo soy del Movimiento, eh! Lo que pasa es que no lo ha entendido usted bien. Ahora les digo otros versos donde se ve más claro.

*Todo el que tenga dinero  
Es suyo su capital  
Y no hay derecho a ametrallarlo  
Por no querer trabajar.*

—¿Ve usted?

—Sí, es verdad —admite, satisfecho, el viajero suspicaz.

—¿Por qué no le hace usted uno al tren? —solicita la señora de la gallina.

—¿Al tren? Vamos a ver.

*Va repasando los cerros  
También las hondas aguadas,  
Atraviesa matorrales  
En las mañanas templadas.*

—¡Muy bien, muy bien!

Aplauden varios viajeros.

—Y ahora les voy a recitar una que le he compuesto al Caudillo.

*Al Caudillo que nos salva  
Lo tenemos que querer  
Que ha puesto a la gente mala  
De espaldas a la pared  
Donde les hinquen las balas.*



## CAPÍTULO 25

Después de dos días de tren, con paradas largas en Béjar, Salamanca y Valladolid y otras más cortas en varios apeaderos, Castro ve amanecer sobre Burgos y distingue, entre las brumas, unos tejados grises y unas torres negras y puntiagudas, como dos navajas que apuñalan el cielo bajo.

El convoy rápido de Irún se detiene bajo la marquesina de hierro y madera de la estación. Castro ha llegado al final de su viaje. En un enorme azulejo lee «Burgos». La estación está empapelada de carteles patrióticos, con especial reiteración de la efigie de Franco en diversas actitudes señeras, unas veces tocado con casco de acero y otras con gorra de plato. Una muchedumbre de uniformes de todas las unidades del ejército nacional abarrota el recinto y los andenes. Varias muchachas con camisa azul y medias negras de lana les reparten café y magdalenas a soldados heridos que descansan en una especie de corralillo improvisado con sillas de tijera y equipajes.

Castro se despide de sus últimos compañeros de viaje, se echa el macuto a la espalda y desciende del tren. Mira el oficio que lleva en el bolsillo: «Preséntese en la Compañía de Destinos del Gobierno Militar de Burgos».

Se dirige a un sargento y, tras cuadrarse, le pregunta por la Compañía de Destinos. Antes de responder, el sargento se toma su tiempo para leer el oficio.

—Bien, cabo. Es fácil: sales de la estación, coges la avenida toda derecha y al llegar a una travesaña que pone calle del General Sanjurjo tuerces a la derecha y en la dos, tres, cuatro, en la quinta calle tuerces a la izquierda hasta una plaza. Allí lo verás, es un edificio grande con la bandera en la puerta y los centinelas. Te presentas al sargento de guardia.

—¡A sus órdenes, mi sargento!

Son las doce pasadas en el reloj de la estación, que atrasa. Castro aprieta el paso, no vaya a ser que con unas cosas y con otras no llegue a la hora del rancho y tenga que pagarse el almuerzo de su bolsillo. Ha tomado la firme determinación de conservar todo lo que pueda de las quinientas pesetas. Cuando acabe la guerra, que debe de ser ya cosa de días, estos dinerillos le vendrán bien para socorrer a la familia. Ya tiene pensado comprarles vestidos a su madre y a sus hermanas, Jacinta y Manuela. No sabe qué habrá sido del marido de Manuela, si estará en la guerra o en el pueblo. Puede que necesite dinero para darles de comer a sus tres hijillos. Lo que sea, ya se verá.

El edificio, con bandera y garita, tiene un cañón en la puerta y un cartel de chapa que dice: «Cogido a los rojos en la gloriosa batalla del Jarama, el 17-11-1937. II Año Triunfal». Castro cruza un patio, con fuente y macetas de aspidistras, hasta la oficina de la Compañía de Destinos. Lo recibe un teniente gordo. «A este lo quisiera ver yo con esa panza en las trincheras», piensa, mientras aguarda, en posición de firmes, a que el oficial lea el oficio.

—¿Tú eres el que viene de Córdoba? Menos mal que has llegado, porque el acto es mañana. Te esperábamos ayer. Preséntate al capitán Suanzos, arriba, segunda puerta a la derecha.

El capitán Suanzos es un hombre de cincuenta años, enteco, con bigotillo de carrera de hormigas, pálido de vivir a la sombra. En su despacho, sentadito en el sillón frailer, bajo la bandera nacional y el retrato del Generalísimo, lee el periódico que tiene desplegado en una mesa enorme labrada con motivos bélicos: morriones, cañones, fusiles antiguos, largos, con finas bayonetas, baquetas de cañón, cimitarras, sables, lanzas... una surtida chatarrería tallada en madera con mucho primor para sostener con dignidad el escritorio y el teléfono del oficial de semana.

El capitán Suanzos examina el oficio que le ha tendido el soldado y cuando cae en la cuenta de que se trata del heroico cabo Castro se levanta, rodea la mesa y le estrecha la mano con fuerza, tampoco mucha.

—¡Es un honor conocerte, cabo! Tu gesta ha quedado para siempre inscrita en el libro de honor de nuestro Glorioso Ejército. Preséntate ahora al teniente Pardillo para que te indique tu alojamiento.

El cabo Castro baja la escalera imperial y atraviesa de nuevo el patio de la fuente y las aspidistras. El teniente no está, pero un alférez joven lo lleva a un dormitorio con siete camas, cada una con su taquilla, y alineados en la pared frontera, siete lavabos, cada uno con su colgador y su toalla. La pared del fondo está ocupada por un mural de colores chillones que reproduce una idealizada escena bélica: tanques, aviones, cruceros de combate y fuerzas de tierra. Un crucifijo de gran tamaño se superpone al mural. Visto de frente parece que el palo de la cruz brota de la bragueta de uno de los caídos. Enmarca el conjunto una cartela con letras góticas, la inicial de cada palabra en rojo, el resto en negro:

«El Glorioso Ejército Español, de Bravura sin igual, muere, pero no se rinde. Donoso Cortés».

«Este Donoso será otro enchufado que tampoco ha pisado las trincheras», imagina Castro, al que la contemplación de tanto uniforme lejos del frente comienza a resultarle molesta.

—Como un hotel, ¿eh? —le dice el alférez—. Acomódate y baja al comedor, que te voy a presentar a los otros.

Los otros seis héroes a los que va a condecorar Franco son: un moro del Tabor de Regulares, con su fez rojo y sus babuchas, que con dos balas en el cuerpo cargó durante toda una noche a su capitán herido; un alférez piloto que hundió un mercante rojo que se disponía a descargar

pertrechos en el puerto de Barcelona; un cabo de marina que, en lo que va de guerra, ha derribado tres aviones con su ametralladora; un voluntario falangista, con su camisa azul y sus correaes, único superviviente de una unidad que ocupó un parapeto enemigo en las operaciones del Ebro; un requeté de boina roja y «detente, bala» del Sagrado Corazón de Jesús en el pecho que, sin más arma que su pala de trinchera, decapitó a un comisario rojo en lucha cuerpo a cuerpo. Completa la galería un sargento de la Legión que inutilizó un tanque marxista.

—Se encaramó en el blindado, forzó la escotilla con una palanca de las de cambiar las llantas de los camiones y tiró dentro una bomba Lafitte —precisa el alférez al presentarlo.

El interesado le quita importancia a la hazaña.

—Eso es lo menos que despacha un legionario.

Siete héroes que representan cada una de las armas que componen el Glorioso Ejército Nacional, a los que el Generalísimo va a condecorar en un acto solemne, durante la conmemoración de la Pascua Militar.

—Aquí tenéis al que faltaba —lo presenta el alférez—. Este cabo aniquiló una sección completa de milicianos en el frente de Córdoba y volvió con nueve prisioneros.

Castro, obediente, corrobora lo que han dicho los periódicos.

—Sí, mi alférez.

—¡Eso son cojones! —encomia el oficial—. Y en la vida civil, ¿qué haces?

—Soy mulero, mi alférez, y también se me da bien machacar esparto.

—Los trabajos civiles están bien —opina el alférez—, pero supongo que pensarás en reengancharte y seguir en el ejército. Jabatos como vosotros son los que necesitamos para regenerar la España Imperial.

—Sí, mi alférez.

Un cabode cocinas llama al rancho. Los siete héroes se sientan a la

mesa. Dos camareros con chaqueta blanca colocan un perol en el centro. El cocinero sirve en cada plato una ración generosa de estofado de cordero.

—A ver si os gusta. Plato único, pero podéis reengancharos hasta que os hartéis. Y de postre, plátanos.

Al moro le dice:

—Paisa: estofado de cordero, oveja buena nacional, sin jalufo, ¿eh? —Mira al oficial y le explica—: Jalufo es cerdo en árabe, mi alférez. Esta gente no lo come por la misma ignorancia en la que viven, que se la da el ser moros. Y vino tampoco lo catan, los pobrecicos.

Después de una hora de asueto tras la comida, los trasladan en un camión al almacén regional de intendencia. Allí les suministran uniformes nuevos, a cada cual el del cuerpo al que pertenece. Un sastre militar, con graduación de brigada, arregla los bajos de los pantalones del cabo de marina, cuya exigua estatura no se adapta a ninguna talla.

—¿Oiga, mi brigada, y los faldones de la guerrera? —observa el cabo ante el espejo—. Es que me queda un poco larga, que más bien parece un abrigo.

—Hazte a la idea de que llevas un tres cuartos —replica el sastre con severidad castrense—. Yo no puedo deshacerlo ahora, unas horas antes de que comparezcáis ante el Generalísimo. ¡Ni hago milagros cuando falta percha!

El cabo se resigna.

Regresa el alférez.

—¿Ya están todos? Estupendo. Ahora al cuartel, a acostaros temprano que mañana habrá mucha faena.

Los llevan de vuelta a la Compañía de Destinos y el sargento se queda con ellos para evitar que se emborrachen.

En la cama, a Castro le da por imaginar, una vez más, su llegada a La

Quintería, de uniforme, la medalla que le va a dar Franco en el pecho, la gente lo saluda por la calle, algunos lo abrazan, y él, con *Valentina* de reata, camino de su casa, aguanta las lágrimas y siente ese ahogo dulce que la emoción le pone a veces en la garganta.

Al día siguiente no es necesario tocar diana, ya que todos están despiertos a la hora de la ducha y del desayuno. El teniente en persona los inspecciona, formados en el patio, antes de salir.

—A ver, ¡enseñadme las manos! ¡A ver las uñas! Bien, limpios. Rompan filas y subid al autobús.

Salen a la calle. El teniente mira el cielo, menos anubarrado que la víspera, y se frota las manos.

—¡Unas nubecillas de nada, pero parece que se va a despejar! — exclama—. ¡Dios está con nosotros! Lo que necesitábamos para que el acto religioso militar brille con toda su solemnidad.

El autobús recoge por el camino a tres aviadores alemanes de la Legión Cóndor, altos, rubios y guapos, y a dos italianos del Corpo di Truppe Volontarie, espigados, extravertidos, risueños, tocados con un casco de guerra adornado con plumas de faisán. Recorren la arbolada ribera del Arlanzón, dejan atrás los jardines de la Cartuja y, después de unos kilómetros de carretera llana y despejada, llegan a un largo muro de piedra y penetran en una explanada donde hay media docena de automóviles relucientes, algunos de ellos con banderines de general, con los chóferes al lado. Un capitán de estado mayor sale a recibirlos. El teniente los hace formar y los pone firmes. El capitán saluda al teniente.

—¿Esta es la tropa?

—Sí, mi capitán.

—¿Están todos?

—Todos, mi capitán. Aquí tiene la lista.

—¡Excelente! Seguidme.

Trotan detrás del capitán, que los conduce hasta un lugar apartado de la explanada.

—Os voy a explicar en qué va a consistir la ceremonia. Este edificio que veis aquí detrás es el monasterio de las Huelgas. Primero habrá una misa de campaña, en ese patio de al lado, oficiada por el capellán general castrense. Si alguno se quiere confesar dispondrá de cinco minutos. El moro —consulta el papel—, el cabo Mohamed Siufiya.

—¡Presente! —exclama el aludido cuadrándose.

—Bien, tú, en tu condición de musulmán, quedas relevado de la confesión y de la misa. Te das un garbeo por el aparcamiento y estás atento para presentarte en cuanto termine. Y no vayas a ensuciarte el uniforme o te doy una mano de vergajazos, ¿entendido? Los demás... —Repara en los alemanes—. ¿Son ustedes católicos?

Ellos asienten, sin comprender.

—Bueno, en ese caso, todos a misa. Terminada la misa, y retirado el capellán castrense, de seguido tendrá lugar el acto patriótico, que constará de las siguientes partes —extrae una ficha de cartulina del bolsillo superior de su guerrera y la consulta—: Primero, presentación del capitán general; segundo, arenga del Caudillo; tercero, imposición de condecoraciones a manos del Caudillo (aquí es donde intervenís vosotros); cuarto, palabras de cierre del general secretario; quinto, canto del Himno Nacional, con sus correspondientes gritos de ritual, y para acabar, rompan filas. A continuación se servirá una copa de vino español. Terminada la ceremonia y el sarao, el mismo autobús os devolverá a los cuarteles. Estaréis libres hasta mañana por la noche, en que se os suministrará el pasaporte para que os reintegréis en vuestras unidades. Ahora, romped filas y atentos al teniente.

# CAPÍTULO 26

El día está medio encapotado y corre un vientecillo norteño desapacible que los muros del recinto apenas mitigan. Precedidos por un teniente, los héroes de la Patria llegan al patio en perfecta formación. Faltan dos horas para que empiece el acto solemne y todavía no han llegado las autoridades, pero ya hace rato que aguarda la compañía de honores en posición de descanso. En la presidencia, unos soldados en traje de faena terminan de tapizar el estrado de autoridades con paños granates, banderas y alfombras. En el centro han extendido una gruesa alfombra y sobre ella han colocado un sillón dorado con las patas torneadas en forma de garras de león y el asiento y el respaldo de terciopelo granate.

Van llegando, en coches y autobuses, hasta un centenar de oficiales de alta graduación, de teniente coronel para arriba, con uniformes impolutos, botas lustrosas, espuelas relucientes, pechos cuajados de condecoraciones y medallas, algunos con bandas, otros con fajines de los que penden borlas cortineras, y los civiles casi todos de frac. Llegan también prelados y sacerdotes, unos de negro, otros de negro con el filo de la sotana rojo, incluso hay un cardenal vestido de seda roja de textura veteada y vistosa capa.

Castro le da con el codo al compañero de al lado.

—Mira el obispo: se ha dejado en la cabeza el forro del gorriilo.

Los recién llegados buscan a sus conocidos, se saludan, se cuadran, se llevan la mano a la visera con característica brusquedad castrense, se estrechan las manos y algunos se traban en viriles abrazos palmeados. Después besan el anillo de los obispos y no digamos el del cardenal, en especial las damas. Hay esposas de generales vestidas de gala, la corte que acompaña a la Señora, doña Carmen Polo de Franco. Las jóvenes llevan uniforme de Falange, de Auxilio Social o de la Cruz Roja, y otras,



pocas, van de negro riguroso, con mantillas o sombreros elegantes.

—¡Mirad qué buena está la rubia aquella! —señala el marinero antiaéreo.

Castro reconoce de inmediato a la valquiria de los peliculeros de Córdoba.

—¡Hostia, los alemanes! Pero si estos estaban en Córdoba hace cinco días, ¿cómo han llegado ya aquí?

—Tú ¿qué crees? ¿Qué van a venir en el tren? —pregunta el aviador—. Habrán venido en un avión. ¿No ves que los aviones son suyos?

—Aparte de que meter a esa tía en un tren es una temeridad —interviene el legionario—. Se la hubieran follado en todos los pueblos en los que para el tren, porque *cuidao* que está buena.

Suena una corneta. El acto va a comenzar. Un brigada que lleva dos horas apostado en la entrada de la explanada agita el brazo para avisarle al coronel que manda la compañía de honores. El coronel transmite la orden al comandante y este al sargento.

—¡Atenta la compañía! —grita el sargento.

Los soldados dejan de hablar y adoptan la posición de descanso.

—¡Fir... mes!

Un taconazo unánime, de trescientos pies bien entrenados, resuena en la explanada conventual.

—¡He dicho firmes! —resuena la voz bronca del sargento—. El pecho fuera, los hombros atrás. ¡Tiesos como pollas!...

Advierte, demasiado tarde, que hay señoras en las tribunas y dirige una mirada mendicante al coronel, que lo observa entre sorprendido e indignado, al tiempo que esboza una sonrisilla disculpatoria.

Va a efectuar su entrada el Caudillo. Expectación en el campo. Solo se mueven los peliculeros. Han instalado sus cámaras en un tablado alto, a la derecha de la tarima oficial. Un enlace de la casa militar de Franco se

acerca a Herr Kriegskartoffen y le pide que su secretaria ocupe un lugar menos visible, en la tribuna de las damas. Herr Kriegskartoffen comprende. Si la deja de pie, a la vista de todo el mundo, sobre la tarima de la prensa, arrebatará al Caudillo gran parte del protagonismo del acto: los fogosos españoles no seguirán con la debida atención la sesión patriótica, la misa y las arengas.

El automóvil del Caudillo, un enorme Mercedes negro con los guiones de general en la banderita delantera, asoma por el extremo del campo. Un capitán, con entorchados en el pecho, hace una señal al director de la banda de música, que se vuelve hacia su tropa y agita en alto la batuta. Al bajarla suenan los solemnes compases del Himno Nacional. Al instante cesan las últimas conversaciones, y los invitados se vuelven hacia la presidencia en posición de firmes. El Mercedes se ha detenido. El capitán de los entorchados abre la puerta y permanece firme y rígido, la mano en la visera, con la manecilla sujeta. El Generalísimo, de carne y hueso, más bajito y moreno de como Castro lo imaginaba, desciende del automóvil, contempla un momento el patio y atraviesa el amplio espacio central a paso rápido, con zancadas todo lo largas que le permiten sus cortas piernas, seguido a unos pasos de su asistente, de tres generales y de media docena de mandos más menudos. Cada cual ocupa su lugar en el estrado, Franco, en el centro, delante del enorme sillón rojo y dorado que lo empequeñece. El patio retumba de aplausos. Franco levanta una mano y se hace el silencio, aunque, hacia el fondo, varios invitados de frac aplauden unos segundos más, los industriales y banqueros que tanto medran con la guerra. Franco, entonces, mira a su derecha y hace el leve ademán de asentimiento que el teniente coronel asistente espera para, a su vez, dar la señal convenida al director de la banda de música. Suenan los compases del *Cara al sol*, que la asamblea toda, militares y civiles, escucha con unción en posición de firmes.

Terminado el himno, el propio Franco se adelanta hasta el micrófono y pronuncia, con voz clara, aunque chillona, los gritos de ritual, que los presentes responden a coro.

—¡España!

—¡Una!

—¡España!

—¡Grande!

—¡España!

—¡Libre!

—¡Arriba España!

—¡Arriba!

El Caudillo le cede el micrófono al teniente coronel asistente, que se adelanta y grita, un poco escorado, porque el Caudillo no se ha apartado lo suficiente:

—¡Viva Franco!

Esta vez el grito de «¡Viva!» resuena incluso más alto y fervoroso que los anteriores, seguido de una salva de aplausos, «una ovación estentórea», como lo definirán los diarios del Movimiento. El Caudillo entorna los párpados, complacido, bajo el plato de la gorra y regresa a su lugar, junto al trono, sin dar la espalda, con pasitos medidos: un, dos, tres.

Castro, emocionado, mira al legionario. El novio de la muerte, el guerrero duro y despiadado, llora a lágrima viva, dos regueros de lágrimas gruesas le corren por las atezadas y huesudas mejillas. Castro se emociona también y siente erizársele el vello de la espalda y de los brazos.

—¡Españoles, va a dirigiros su excelsa palabra Francisco Franco, Caudillo de España y Generalísimo de los Gloriosos Ejércitos Nacionales. Y Jefe del Glorioso Movimiento Nacional!

Rompen a aplaudir con gran entusiasmo. Castro los imita.

Dirigidos por Herr Kriegskartoffen, los pelicularos alemanes giran en derredor del armatoste que sostiene la cámara, filman el fervor patriótico con que las altas jerarquías del Movimiento acogen al Caudillo.

Se retira el coronel; Franco se adelanta de nuevo hasta el micrófono y levanta una mano pequeña para solicitar silencio. Un técnico de uniforme azul impoluto baja el micrófono hasta que queda conformado a la estatura del Caudillo.

—¡Españoles! ¡Soldados! ¡Cruzados de España! —arenga el broncíneo metal de la voz atiplada del Generalísimo—. En este marco incomparable en el que el espíritu se ennoblece con las más puras esencias del alma castrense castellana, en este lugar santificado por la tradición militar de nuestra Gloriosa Patria, en este lugar en el que yacen los antiguos reyes que defendieron y ensancharon la tierra española, aquí vamos a condecorar a los héroes que han mantenido la dignidad de la Patria. En este Año de la Victoria, la voluntad patriótica de la facción sana de España ratifica que, frente a la revolución marxista que predicán los ilusos que le hacen el juego a los Sin Dios y a la canalla masónica y judeomarxista a sueldo de Moscú, se yergue cimera la nationalsindicalista, la nuestra, la que une y supera odios antiguos, la que elimina las barreras entre el productor y el trabajador, el campesino y el mecánico, el militar y el sacerdote, los dos oficios más altos de la Patria. La República disolvente, con su parlamentarismo impracticable en España, trajo la ruina moral a la Patria. Ahora, ese tiempo ha terminado. La vigorosa escoba de la Nueva España lo barrerá. Ya se acabaron las instituciones taradas. Ahora, prietas las filas, la institución es el corazón animoso de los españoles de orden y de bien. El Movimiento Nacional no ha sido nunca una sublevación. Los sublevados son ellos, los que conculcaron las más limpias esencias del alma española, los que

cambiaron la moneda de oro de su patriotismo por la calderilla soviética. Ellos son los que han traicionado a España. Nuestros bravos soldados se han lanzado a recogerla del barro donde yacía para restaurarla en el trono de su grandeza imperial. El patriotismo y el catolicismo serán, desde hoy, una manera de vivir, un estilo. Porque nuestra guerra es una guerra religiosa. No luchamos contra el hombre, luchamos contra el ateísmo y el materialismo, contra todo lo que rebaja la dignidad humana. Hubo un tiempo de una Iglesia militante en España, con aquellos hombres mitad monjes, mitad soldados, combatientes y defensores de la fe. Ahora, ese tiempo ha vuelto. Dios escucha a España. Dios ilumina a España. Dios y la razón están contra todos, por España, porque España cuenta con la bendición de Dios...

Dos o tres aplausos aislados no logran arrancar al conjunto. Se escuchan siseos. Franco prosigue:

—... la hidra roja había extendido los tentáculos contra España, pero aquí están sus paladines, los soldados hazañosos que la han derrotado. Hoy vamos a condecorar a un puñado de valientes. Ellos han dejado a sus camaradas en las trincheras y tienen muertos sobre los luceros. En las frías trincheras de enero, muchos de ellos heridos, el brazo en cabestrillo, el rostro curtido, soldados de España, los mejores del mundo, tenaces y sufridos. ¡La victoria es vuestra!

Castro, aunque intenta captar la profunda doctrina que emana de las palabras de Franco en este momento histórico, quizá el que más de su vida, no puede evitar que se le vaya el santo al cielo y lo arrebatan las ensoñaciones del regreso a La Quintería. Cuando vuelve, escucha decir a Franco, tras los aplausos que lo habían interrumpido:

—... pero no estamos solos en nuestro afán, ni lo estaremos en la hora vibrante de la victoria. Están con nosotros nuestros camaradas venidos de tierras hermanas. Un recuerdo sentido y amoroso para

nuestros camaradas de Italia, de Alemania, de Portugal, que, codo con codo con nuestros bravos soldados, combaten por la civilización contra la barbarie asiática. Estamos en el Año de la Victoria, pero esa victoria que se muestra al alcance de nuestra mano es, también, promesa de un futuro de paz, reconstrucción y concordia, un futuro en el que vuestro Caudillo no cejará hasta conseguir que en España no quede un hogar sin lumbre, que no haya un español sin pan. He dicho.

El Caudillo camina los tres pasos hacia atrás, ceremoniosamente, mientras la explanada se viene abajo con una cerrada ovación.

Suenan gritos de «¡Franco, Franco, Franco!», que son coreados con fervor tanto por la oficialidad como por la tropa. Castro piensa en Concha, ¿dónde estará a estas horas? ¿Se habrá enterado de que lo va a condecorar el Caudillo? Seguro que no habrá faltado quien le lleve el periódico, lo habrá oído en la radio. Se la imagina en la cama, arrebuja, con las manos entre los muslos, quizá arrepentida de la torpeza que cometió al despedir a un héroe de la Patria. Bueno, él sabe que no hizo nada heroico, pero ya se ha acostumbrado a su papel. ¡Cuánta gente que admiramos no estará representando el suyo! La verdad de cada cual, vaya usted a saberla. El recuerdo de la última vez que vio a Concha, aunque estaba encendida de ira, le caldea el corazón.

En ese momento, la corneta toca en su posición, descanso. Va a comenzar el acto solemne.

El coronel se adelanta con una carpeta de cuero repujado adornada con el águila nacional, la abre y anuncia:

—A continuación, el Caudillo va a condecorar a los héroes que se han distinguido en el campo de batalla.

## CAPÍTULO 27

Aparece un maestresala seguido por tres docenas de camareros con bebidas en bandejas plateadas. A pesar de las chaquetillas blancas, la condición militar de los fámulos se revela en las cabezas peladas casi al cero y en las brillantes botas militares. Se dispersan en guerrilla y discurren entre los invitados para ofrecer vino o zumos de frutas. Uno de ellos se acerca al grupo de los condecorados, que está arrimado a una esquina, como en corral ajeno.

—Anda, coged algo antes de que se lo beban estos...

Castro espera a que los otros se sirvan, duda entre el vino y el zumo. Toma el vino.

—Esto no tiene nada que ver con el matarratas que nos dan en las trincheras, ¿eh? —comenta el legionario.

Castro bebe un sorbo y casi se le atraganta. Acaba de distinguir un rostro conocido entre las invitadas, una de las chicas vestidas de enfermeras que coquetea con dos tenientes intonso. Cuando se cerciora de que, en efecto, es ella, se arma de valor para abordarla.

—¡Señorita Pilarín! ¿Es usted la señorita Pilarín?

La chica se vuelve hacia Castro y lo mira con expresión iracunda, atemperada por la curiosidad.

—Sí, yo soy Pilar Valbuena. ¿Nos conocemos?

—¡Claro, señorita! ¿No se acuerda usted de Los Escoriales, en Las Viñas de Andújar? Yo soy Juanillo, el que la llevó a ver los nidos de codorniz.

La chica recuerda, por fin.

—¡Claro!, el mozo de cuerdas de los marqueses de Pineda. ¿Cómo estás? ¡Vaya sorpresa! —Le señala la condecoración—. Oye, enhorabuena por la medalla. ¡Eres un héroe nacional!

Castro se sonroja. Mira al suelo.

—Bueno, tuve suerte, yo... —balbucea.

Pilar llama a sus amigos, otras dos enfermeras y los dos tenientes.

—¡Oye, mirad! Que resulta que yo conozco al cabo ¿Cómo te llamas?

—Juan Castro Pérez, para servirla.

—... que lo conozco de una vez que estuve con Cayetana Cañabate, la hija de los marqueses de Pineda, en su finca de sierra Morena. ¡Pues vaya sorpresa!

Los otros contemplan al soldado, ellas con curiosidad distante, ellos con cierta envidia, que apenas se sobrepone al natural menosprecio del que se sabe perteneciente, a pesar de todo, a una clase superior. La medalla que le ha impuesto el Caudillo luciría mejor en sus atildados uniformes, confeccionados por un sastre militar, que en la guerrera mal cortada y demasiado ancha del palurdo, pero así es la guerra. El palurdo fue el que se encontró con el pelotón de marxistas y lo redujo. A ellos, que hacen la guerra a cientos de kilómetros del frente, es improbable que se les ofrezca una oportunidad semejante.

—¿Es verdad que Pilar cazó un ciervo de dieciocho puntas en la finca del marqués? —pregunta uno, señalando a la aludida con su copa de rioja.

—Sí, mi teniente, un ciervo de muy buena estampa. Le entró difícil y de lejos, pero le acertó en el corazón. No hubo que rematarlo.

—¡Caramba con Pilarín! —exclama el teniente y da la espalda al soldado.

Los tenientes y las enfermeras cierran el corro de nuevo y lo dejan fuera. Castro, después de titubear un momento, regresa con el grupo de los condecorados. Han vaciado sus copas y esperan a que otro camarero pase cerca.

Llega un sargento con una caja y reparte los estuches de las condecoraciones, muy majos, de madera lacada y forrados de terciopelo



por dentro. También les entrega dos paquetes de Lucky Strike americano por barba.

—Bueno, ya os podéis ir al cuartel —les indica el aparcamiento—. El autobús os espera. Tenéis libre el resto del día.

Al fondo de la tribuna, la banda ataca los marciales compases de la marcha *Los voluntarios*.

Los condecorados salen a la explanada del aparcamiento, donde los chóferes departen en corrillos, ajenos a la fiesta. Detrás de la verja, un rebaño de entusiastas patriotas vitorean al Caudillo, saludan brazo en alto y respiran el humo negro de los coches de los generales.

—¡Cabo!

Castro se vuelve. Es Pilar.

—¿Adónde vas tan aprisa, cabo?

—No lo sé, señorita Pilar, a dar una vuelta por Burgos.

Ella sonríe.

—Ya te has dado cuenta de que no me gusta que me llamen Pilarín, ¿eh?

—Sí, señorita. Me miró usted de una manera.

—Es que Cayetana me llamaba por mi nombre familiar, pero delante de esos moscones soy Pilar a secas. ¿Quieres que te enseñe la ciudad?

—¿A mí?

—¿A quién va a ser?

Se ríe Pilar de su simpleza.

—¡Claro, señorita! —responde Castro, encantado y aturdido a la vez.

—Llámame Pilar.

—Sí, señorita Pilar.

Ella lo mira a los ojos y se sonríe. ¿Es posible que sea tan entrañablemente palurdo?

—¡No, no me llames señorita, solo Pilar!

Asiente Castro, avergonzado.

Ella lo toma del brazo con familiaridad.

—¡Vámonos!

Se vuelve a mirar a uno de los tenientes de su grupo, que, desde la fila de coches de la escolta del Caudillo, más alto que los chóferes, contempla la escena, las piernas un poco abiertas, un cigarrillo en la mano y la otra en el bolsillo de la guerrera, despreocupado.

«La señorita le da celos», piensa Castro. Aunque sospecha que lo utiliza, y que aquella intimidad no es sincera, el contacto del brazo femenino le ha producido un placentero escalofrío que se prolonga. Va un poco cohibido, pero se siente feliz.

Pilar tiene un coche Fiat Balilla al final del aparcamiento, un coche de lujo con los asientos de cuero y el salpicadero de madera lacada. Invita a Castro a subir. Mete la primera, enfila la carretera, acelera y adelanta a los pesados mastodontes oficiales en los que viajan los generales y los diplomáticos.

—¿Has visto la catedral?

—No, señorita.

—Habíamos quedado en que me llamabas Pilar —le riñe.

—¡Es verdad! Perdón, Pilar.

Pilar, ¡qué hermoso nombre! Castro lo compara con el de Abundia, con el de Concha, con los de sus hermanas: Jacinta y Manuela. Se nota dónde hay clase. La gente de alcurnia tiene nombres de lujo: Pilar.

Pilar aparca el Balilla en la plaza de la catedral, bajo un gran cartel que representa al Generalísimo con su casco de acero.

—Ahora mira —dice la muchacha—, ¿qué te parece la fachada?

Castro mira las agujas de las torres, que recortan con su encaje el cielo gris.

—Parece mentira que se pueda hacer eso con la piedra, un trabajo tan

fino. ¡Los jornales que habrá costado, y las fatiguitas para subir las piedras tan alto!

Ella lo mira con displicente interés. «En las trincheras será un tigre, pero en cuanto lo sacas de la sangre se queda en lo que es: un patán». Por un momento le asalta la tentación de darle cinco duros y despedirlo. Después piensa en los rojos que ha matado. Le mira con disimulo las manos morenas y fuertes. Siente un estremecimiento de deseo animal. Ofrecerse a aquel bruto. Sentir cómo lo hace un obrero, una bestia. Un golpe de sangre le recorre las sienes. Tiene que hacer un esfuerzo para volver a la realidad.

—Esta es una de las maravillas del mundo —prosigue su explicación—. ¡Mira que yo he visto cosas, que he estado hasta en Roma, y en Francia, y en Bélgica, y dentro de poco iré a Alemania...! Pues no, no hay ninguna catedral que tenga la belleza y el color que tiene esta.

Cruzan la plaza y entran en la catedral. El interior está oscuro. Huele a humedad, a cera quemada, a incienso, a cadáver. La recorren en silencio. Castro lo mira todo, embobado, con respetuoso recogimiento, para que Pilar vea que aprecia el arte. En algunas capillas, mal iluminadas con cirios votivos, hay señoras vestidas de negro, con mantones y abrigos, que rezan el rosario. Pasean en silencio, que Pilar rompe a veces para comentar, en un susurro: «Mira qué altar», «Mira aquella pintura».

—Ese es el sepulcro del Cid.

Castro mira el cofre sostenido entre dos ingletes de hierro que imitan la rejería antigua.

—¿Un arcón tan pequeño? —se extraña Castro—. Sería un niño...

—Ten en cuenta que solo están los huesos.

—¡Ah!

—Ese era tan valiente como tú, pero le hizo la guerra a los moros.

—¿En la guerra de Marruecos?

Pilar ríe de buena gana.

—No, en Marruecos, no; aquí, cuando había moros. ¿De verdad no has oído hablar del Cid?

—No, señorita. En mi casa no tenemos radio.

—¡El Cid no es de la guerra de Marruecos, Juan! Es de más atrás, cuando había moros en España, hace lo menos quinientos años. Él era el capitán de los Reyes Católicos que los echó de España.

Pilar asume, divertida, la inocencia del soldado o, mejor, su incultura, un hombre que en aquellos días pasados en Los Escoriales le había parecido tan conocedor de las cosas del campo, de las plantas, de las piedras, de los signos del cielo, que sabía distinguir entre las majoletas comestibles y los tapaculos que provocan estreñimiento, entre setas comestibles y venenosas, que entendía de caballos, que conocía a los ciervos por su nombre, que sabía dónde estaban los nidos y de cuántos polluelos... En cuanto se le sacaba de la naturaleza se encontraba perdido en el mundo. Un par de veces, casi por azar, lo toma del brazo y siente el músculo firme, pétreo. ¿Cómo será en la cama?

En la capilla del Condestable, mientras Castro admira la alta cúpula nervada sin entender cómo han podido cubrir aquel techo prodigioso, Pilar observa la nuca morena del mulero, la piel joven envejecida, quemada por el sol, hirsuta. Se acerca más a su espalda y percibe el olor masculino, un poco agrio, como el de un caballo o el de un animal salvaje, el olor de la naturaleza. Pilar está más acostumbrada a las lociones para después del afeitado y a las colonias discretas de los hombres que frecuenta, todos hijos de ilustres familias, camuflados en el Cuartel General o en puestos importantes de retaguardia.

Pilar abrevia la visita. Había pensado remolonear diez minutos más para que «El Papamoscas» diera la hora, y divertirse con la sorpresa de

Juan, pero en el apremio decide suprimir ese trámite. Al salir se hace la encontradiza en la puerta y le restriega sus pechos voluminosos. Castro se ruboriza.

Fuera hace frío y el cielo comienza a anubarrarse.

—Se está estropeando el día —comenta Pilar—. Será mejor que vayamos bajo techado.

Regresan al coche. Pilar se interna por la calle de la Paloma y aparca en la plaza de España.

—Aquí es donde vivo yo.

Castro ha notado las súbitas prisas de la muchacha. Seguro que se aburre con él y ha decidido suspender la visita a la ciudad. Le parece que se despiden allí.

—Sube y te invitaré a un café y a un bocadillo —le dice ella—. Comparto un piso con otras dos compañeras, dos hermanas, pero hoy están en Salamanca.

A Castro le parece mayor impedimento. Está sola y, sin embargo, lo invita a subir. Quizá a una señorita como ella, moderna y libre, no le importen las convenciones sociales. No obstante, mira a un lado y otro de la acera por si alguien los ve. En los bancos de la plaza conversan los ancianos, apoyados en sus paraguas, y algunos militares convalecientes pasean al cuidado de enfermeras. Nadie parece reparar en ellos. Pilar abre la puerta y entra. Castro la sigue.

Un suntuoso portal, con un ajedrezado de baldosas de mármol que se repite, en tonos rosa y gris, en el estucado del techo. Al fondo, un ascensor con puertas de rejilla, con el panel de mandos de brillante latón. Pilar vive en el segundo y nunca utiliza el ascensor, pero calcula que el cabo nunca habrá subido en uno. Desliza las puertecillas y le indica, con gesto decidido:

—Entra.

Castro penetra en la estrecha cabina con aire inseguro, probando la firmeza del suelo.

—No se va a hundir.

Y Pilar le sonríe.

 Es desd en o simpatía lo que manifestaba aquella sonrisa? En cualquier caso, una objetiva superioridad de clase. Castro, demasiado ofuscado con tantas sensaciones acumuladas, se deja llevar con una docilidad consciente. Presiente su propia simpleza al descubrir tantas cosas nuevas, cosas extraordinarias que forman parte de la cotidianidad de seres privilegiados como Pilar. Es otro mundo el que se abre ante sus ojos. El mundo remoto, solo entrevisto en algunas películas, en la oscuridad del gallinero del cine Trian n, en Andújar, un mundo, sin embargo, real y próximo que la guerra ha puesto a su alcance. El mundo de los aviones, de los edificios de siete plantas con portal de mármol y ascensor; el mundo de los automóviles, de los zapatos lustrosos, de las mujeres hermosas, de los hombres apolíneos; el mundo de la belleza, del lujo y de la distinc n; aquel mundo que había sentido cuando, por encima de su hato de cabras, cruzó el cielo el zepelín. El mundo de los marqueses de Pineda y de sus hijos, de Elvira, de Federico, de Cayetana y de Victoria, con sus raquetas, con sus escopetas de caza, con sus maletas de cuero estampilladas en los principales hoteles del mundo, con su piscina y su *lawn de tennis*. Era natural que hicieran una guerra, y murieran si hiciera falta, por defender todo aquello.

El ascensor sube despacio. A la altura de cada piso, tras la protección de rejilla, hay una aspa diminuta que el tope del ascensor hace girar con un chasquido. En el sexto, el ascensor se detiene de golpe, con un estremecimiento mecánico. Pilar, sonriente, oprime el botón del segundo. El motor emite una especie de suspiro antes de ponerse en marcha. Esta vez el contrapeso y la cadena ascienden mientras el ascensor baja. En el

segundo piso, Pilar empuja las portezuelas y salen. Extrae del bolso una llave pequeña, un llavín, otro signo de progreso, y abre la puerta. Un vestíbulo, una percha con un abrigo de paño azul, un gran espejo circular, un paragüero.

—Deja aquí la guerrera —le indica Pilar.

Castro se despoja de la prenda.

La mujer lo observa con mirada de tasador. No es muy alto ni muy guapo, pero está bien formado. No sabe qué la excita más, si la idea de acostarse con un hombre que ha matado a muchos rojos o la transgresión social de llevarse a un obrero a la cama, una experiencia que no había tenido, que ella supiera, ninguna de sus amigas. ¿Cómo follarán los trabajadores? ¿Serán tan brutales como prometen aquellas miradas de animales en celo, aquellos piropos encendidos que dirigen a las mujeres distinguidas por la calle? Castro es un hombre curtido por la guerra, aquellas manos toscas, de dedos cortos, han matado a media docena de rojos. Pilar experimenta un dulce ahogo en la garganta. En un arrebato, toma entre sus manos frías la cabeza del obrero, siente la cara ardiente, y deposita un beso suave en los labios. Castro reprime el impulso de abrazarla, mientras siente, potente e involuntario, el inicio de una erección. Se contiene. ¿Qué debe hacer en aquella situación? No puede tratarla como si fuera una pupila de Misangre. Podría enfadarse y largarlo con cajas destempladas. Las mujeres finas son de humor muy variable. Más vale dejarle a ella la iniciativa.

Pilar lo coge de la mano. Recorren un pasillo ancho con cuadros antiguos, señores bigotudos, escenas de caza. Al fondo, en un rincón, hay una armadura, como las que aparecen en los tebeos que Federico se dejó olvidados bajo un chaparro en Los Escoriales. Pilar empuja una puerta y dice:

—Este es el baño.

Están solos en casa, pero Pilar habla en susurros, con un quiebro ronco en la voz.

Es una habitación espaciosa, con azulejos blancos, con una lista azul hasta la altura de una persona. En el centro hay una enorme bañera de hierro, sostenida por cuatro garras de león. Alineados contra la pared, un lavabo con su gran espejo, un retrete y un bidé. Castro rememora al Churri, junto al pozo de la ermita de la Antigua: «He comido con cubiertos de plata en palacios con bidé requisados por el pueblo».

—Ahora te vas a dar un baño reparador —susurra Pilar—. Desnúdate.

Abre un grifo, coloca la mano bajo el chorro y cuando empieza a salir el agua caliente inserta el tapón. Castro la observa. Se ve que estaba acostumbrada. Seguro que se baña todos los días. Una mujer que huele a limpia. Así viven los ricos, es lo natural.

—Ve desnudándote que voy a por toallas —le dice.

Lo deja solo. Castro se desviste y se observa el pecho velludo y musculoso en el espejo, que comienza a empañarse. Tiene bronceado el cuello y la cara, el resto del cuerpo es blanco lechoso. Hinchaba el pecho y los bíceps. «¿Le gustará a Pilar?». Se quita los pantalones y los calcetines, los calzoncillos. Por suerte, todo está limpio y nuevo. Se huele los sobacos sudados. Moja una esquina de la toallita del bidé y se los frota de espaldas a la puerta. Teme que la mujer aparezca en cualquier momento y lo sorprenda en una práctica de higiene poco masculina. Se mira el sexo, otra vez lánguido. Regresa Pilar en bata y zapatillas, con un brazado de toallas. Lo mira desnudo un momento, las manos delante del sexo. Sonríe.

—¿No te dará vergüenza de mí?

—Pues sí, una poca.

—Pues entonces voy a desnudarme para que los dos estemos igual.

Pilar se abre la bata y se queda en bragas. Castro contempla las tetas



grandes y levantadas, los pezones erectos sobre amplias areolas rosadas. El baño se llena de vapor. La nube blanca diluye las formas. Pilar se quita las bragas y las cuelga en la percha. Castro respira el vapor, se deja arrastrar con languidez por las nuevas sensaciones. Ella le presenta unas estupendas posaderas desnudas cuando cierra los grifos. ¿Espera que él haga algo? Por si acaso, Castro reprime sus instintos. Solo dice:

—Eres la mujer más apañada que he visto en mi vida.

Ella se vuelve con una sonrisa divertida.

—¿Apañada?

—Quiero decir que... estás muy bien.

—Ahora te entiendo. —Ríe Pilar con su sonrisa franca—. Gracias.  
¡Ahora, al baño!

Castro se mete en el baño. El agua está muy caliente, pero es agradable.

Ella se arrodilla sobre la estera y lo frota con un estropajo jabonoso, a conciencia, haciéndole daño algunas veces. Se demora en el sexo, donde aplica el estropajo con más delicadeza. Nota el inicio de una erección y lo masturba un poco hasta conseguir la erección completa.

—¿Qué es lo que tiene aquí mi niño? —Le abarca el sexo con cuidado y lo calibra con su mano de dedos largos—. ¡Caramba! ¿Sabes que no está nada mal?

Castro piensa que la mujer habrá visto a muchos hombres desnudos. «Las mujeres de clase, como esta, son más libres que las otras, no se andan con remilgos. Total, a los que se casan con ellas les va a dar igual. ¿Eso será mejor o peor que lo que hacemos los pobres? —se pregunta—. Esta, entre los pobres, sería un putón verbenero y entre los ricos es una mujer alegre y libre, que no está sujeta a nadie».

La erección cesa de pronto cuando Pilar lo hace inclinarse, le mete la mano jabonosa por la divisoria de los glúteos y se demora con un dedo en

el ano. Castro se alarma al principio, pero luego la deja hacer, cuando advierte que la intención es higiénica más que sexual.

—¡Bueno, ya estás limpito como un bebé! —concluye la mujer—. Ahora te vas a secar bien con estas toallas.

Pilar va al aseo de las criadas, coge un cepillo de dientes del vaso que hay sobre el lavabo y regresa al baño principal.

—Aquí tienes un cepillo para que te laves los dientes y la lengua. Frótatelos bien, ¿eh? Le pongo pasta y ya verás qué fresco te queda el aliento.

Observado por la mujer, Castro se cepilla los dientes por vez primera en su vida, con tanta fuerza que se hace sangre. Se enjuaga la boca con agua abundante, bajo el chorro del lavabo.

El dormitorio está en la puerta de enfrente del pasillo. Pilar lo empuja de forma suave y le susurra al oído:

—¡Acuéstate y espérame, que vengo en seguida!

Una habitación enorme caldeada por dos estufas eléctricas. Una cama capaz, bajo un dosel presidido por un relieve de la Sagrada Familia. En la mesita de noche, la fotografía enmarcada en plata de un joven teniente, la gorra ladeada, la sonrisa blanca y cínica bajo el bigotillo recortado con cuidado. «¿El novio o un hermano? ¿No se avergonzará si se siente observada por el de la fotografía? A lo mejor la asaltan remordimientos y lo echa todo a perder. Sería mejor que no la viera». Por un momento, Castro piensa en volverla hacia la pared o en ponerla boca abajo, pero se refrena. Ignora si le molestará a Pilar. «Estas mujeres caprichosas cambian de humor por cualquier tontería». No quiere hacer ni decir nada que pueda estropear una noche que ha empezado tan prometedora. Se mete en la cama, se tapa con el embozo hasta medio pecho y aguarda mientras escucha las abluciones de la mujer en el bidé.

Ella aparece desnuda, los pechos generosos un poco caídos, las

caderas pronunciadas, el sexo de vello oscuro, afelpado y abundante. Cierra la puerta, echa un cerrojito y corre a refugiarse en la cama. Se abrazan. Castro le besa los hombros y el cuello, nota que rehuye sus besos cuando se acercan a la boca. Ella, de pronto, se zafa de sus brazos y aparta el embozo, desciende hasta el sexo erecto del hombre y lo engulle con brusca decisión. Al término del proceso se traga el semen. Después se coloca a horcajadas sobre Castro y le acerca su sexo a la boca. Castro busca a tientas la perilla y apaga la luz por pudor.

En la ardiente oscuridad, el lance suena como si un mastín bebiera agua en una palangana.

## CAPÍTULO 28

El camión se detiene en la plaza de Peñarroya. Los cinco soldados que viajan atrás, con las cajas de municiones, saltan a tierra y se despiden del chófer:

—Ea, gracias, y hasta otra.

El chófer se limita a levantar la mano en un gesto aburrido.

Sopla un vientecillo helado. Castro se sube la cremallera del jersey y se levanta las solapas del capote manta.

—Se acabó lo bueno, ¿eh? —le gritan desde la cola de la panadería.

Reconoce a Alonso, el furriel de la segunda compañía. Se estrechan la mano.

—Ya ves, otra vez aquí, a ver lo que cae. ¿Cómo van las cosas?

Alonso tiene la nariz colorada y sabañones en las orejas. Lleva tres pares de calcetines en unas botas de gigante. Da pisotones en la tierra helada para entrar en calor. Cuando habla, despide por la boca una poderosa nube de vaho.

—Regular. A los rojos se les terminó el fuelle y ceden poco a poco el terreno que ganaron. Han venido más moros y más legionarios. ¿Y tú?

—Ya lo ves, me han jarrucheado un poco por ahí y otra vez al tomate. ¡Mala suerte!

Alonso mira a un lado y a otro antes de preguntar en tono confidencial:

—Pero... ya quedará poca guerra, ¿no? ¿Qué dice por ahí «Radio Macuto»?

—¡Yo qué sé!

—¡Coño! ¿Te codeas con la gente importante y no te enteras de cuándo se acaba esto?

—¿Y ellos qué saben?

—¡Todo, so ignorante! Los rojos están ya ventilados. No ves que perdieron Asturias y ahora han perdido Cataluña, que es donde están las minas y las industrias. Lo que pasa es que no quieren arrollarlos de una vez, vete a saber por qué.

—Bueno, yo me voy para mi compañía. ¿Sigue en el cerro del Médico?

—Allí sigue.

—¿Y sabes cómo andamos de combinación?

—En el almacén hay camiones que van para allá, creo.

Los camiones han salido, pero Castro encuentra al enlace del comandante Medina, que espera a que le entreguen unas listas en el cuartel general.

—¿Cómo es que has vuelto, so tonto? Ayer tuvimos un cañoneo y nos hicieron dos muertos y tres heridos. No te vayas a creer que la guerra está acabada.

—¿Tú me puedes llevar al frente?

—Hombre, si te empeñas... Pero te tienes que esperar a la tarde, que todavía tengo que despachar en mayoría y va para rato.

Castro no tiene prisa. Piensa en Concha. En los últimos días ha tenido mucho tiempo para meditar. «Por lo menos, si no como otra cosa, podríamos quedar como amigos. Cuando termine la guerra... ¿quién sabe? La vida da muchas vueltas». Alguna vez se le ha ocurrido que don Federico quizá quiera recompensar el sacrificio de su padre y su familia por la causa nacional. Castro y los suyos podrían, como otros, haber mordido la mano que les dio de comer; por el contrario, su padre ha sufrido cárcel y su madre y sus hermanas hambre y escasez, y él se pasó a los nacionales y hasta lo ha condecorado Franco. Don Federico podría mostrarse generoso. Se lo imagina diciendo: «Os vais a quedar con el haza de los Calzones de La Quintería y con la huerta de abajo, que tanto

te gusta, Manuel». Se le representa su padre besándole la mano, llorando; su madre retorciéndose el pico del mandil, también llorando: «¡Qué Dios se lo pague, don Federico, que es usted un santo y el amparo de los pobres!». Él, con *Valentina* y otra mula que compre, en pocos años podría sacarle algunas perras a aquella finquita o a otra, arrendar tierra, prosperar... La guerra, después de todo, le podría traer este beneficio. «Mientras yo tenga estas manos —se imagina diciéndole a Concha—, a ti no te va a faltar de nada y tú vas a vivir como una señora». Por otra parte, ahora es un héroe, ha salido en los periódicos, han hablado de él en la radio. Concha quizá se haya arrepentido de lo del día de marras.

Sin advertirlo, sus pasos lo han llevado a la pensión Patria. Encuentra la puerta y los postigos cerrados. Atada con alambre a la ventana hay una tablilla con un letrero en el que reconoce la caligrafía de Concha: «Esta empresa se ha trasladado a la acera de enfrente de la plaza, a la antigua casa de los Ingenieros».

El nuevo establecimiento hostelero es una casa más aparente, con jardín delantero incluso, que muestra el rótulo «Hotel Imperial» sobre el balcón principal. Se veía que el negocio marchaba bien. Castro traspasa la cancela exterior y atraviesa el jardincillo. La puerta permanece entreabierta. Entra en un gran vestíbulo en el que hay un repostero de madera tallada con una urna de madera y cristal que contiene una imagen de la Virgen del Carmen, con su Niño y sus escapularios, y una ranura para los donativos. En la pared, una gran fotografía del Caudillo comparte protagonismo con la litografía en color de la Virgen del Perpetuo Socorro, que Castro conocía de la otra casa. La criada friega el suelo de baldosa hidráulica, arrodillada sobre una tabla, con un desportillado cubo de cinc en el que moja el fregón.

—Hola, Luisa, ¿está Concha?

La fámula se incorpora y se enjuga en el mandil las manos hinchadas

y enrojecidas. No disimula el contento que le produce ver al cabo.

—¡Ay, señorito, qué alegría verlo otra vez, y lo guapo que ha salido usted en el periódico! ¡Ay, no le vaya a decir a la señorita que le he dicho eso, pero en esta casa nos hemos alegrado mucho todos de verlo en los papeles! La señorita Concha está arriba, en su habitación. Espere usted que de seguida la llamo.

Se recoge el mandil a un lado y sube presurosa los finos escalones. Castro se recrea en la contemplación de las potentes posaderas hasta que desaparecen en el giro de la escalera. Se alisa el pelo, se estira la guerrera nueva, adopta una pose interesante para que Concha lo encuentre examinando los cuadros, quizá los originales de la casa cuando pertenecía a los ingenieros de las minas: cuatro escenas domésticas griegas o romanas con mujeres vestidas con túnicas, esclavos negros, pebeteros humeantes, columnas, pinturas murales y ninfas. A una de las señoras representadas se le veían los pechos, pero los nuevos dueños se los habían raspado para que no ofendieran el pudor de los inquilinos.

—Hola, Juan.

Castro se vuelve. En lo alto de la escalera está Concha, erguida y señora, con su bata estampada, sonriente y bella, con la criada detrás, que llora de alegría.

—Que Luisa te lleve a la salita. Espérame, que ahora bajo.

Concha tarda más de media hora en bajar. Cuando aparece, está radiante, con un vestido de lunares que Castro no le ha visto nunca y un escote redondo, peinada con flequillo alto, los labios teñidos de un carmín suave, con su pulsera de plata. Cierra la puerta y se sienta en el extremo del sofá, cerca de Castro. Está más guapa que nunca.

—Has estado muy perdido... —le reprocha con tono cordial.

Como si no recordara su último encuentro.

—Mujer, después de aquello... He venido porque no paro de pensar

en ti...

A los ojos de Concha asoman lágrimas de emoción, el pecho se le dilata en un suspiro. Alarga la mano y posa los dedos fríos y perfumados sobre la boca del cabo.

—¡No me digas nada, por favor, que he sufrido mucho...!

Se mira las manos, juega con el anillo de plata. Murmura, con la voz quebrada:

—No sabía cuánto te quería... El día del ataque de los rojos, de pronto pensé que te perdía... ¡Tú no sabes la angustia que pasé, y sin saber de ti! Estos días...

Él se ha sentado más cerca de ella y le ha cogido las manos. Titubea. No sabe si abrazarla. Concha se echa en sus brazos y le presenta sus labios. Entonces, Castro se atreve a besarla en la boca, y ella le devuelve el beso con la boca abierta, un beso profundo, húmedo, lingual, cinematográfico, un beso de Rodolfo Valentino, de la novia rendida ante el hijo del caído. Castro piensa, pero en seguida rechaza la idea, que quizá no fuera el primer beso de amor que Concha daba. Recuerda una observación del alférez Estrella: «Las mujeres nacen sabidas en muchas cosas que los hombres tenemos que aprender».

Pasan dos horas sin sentirlas, entre besos, caricias y promesas de amor. Castro le tiene que referir su viaje a Burgos, en especial la misa de campaña en la que lo condecoró el Caudillo. Por supuesto, silencia el asunto de Pilar.

Cuando se despiden, Castro piensa que nunca ha sido tan feliz. La vida le sonrío, todo le sale bien, aquel feo pueblo minero agravado por la guerra se transforma, de pronto, en el lugar más hermoso del mundo. Le ocurren cosas de película: ha viajado, el Caudillo lo ha condecorado y ha recuperado su amor, una sucesión de venturas a las que, está seguro, seguirán otras. Después de todo, la calamidad de la guerra, que ya se



acaba, solo le ha traído cosas buenas: no lo han herido, no ha matado a nadie, ha encontrado a Concha, milita en el bando vencedor y está bien situado para lo que venga, con una medalla de Franco.

Regresa al cuartel general. El enlace del comandante Medina despacha con el oficial pagador. Saldrán dentro de media hora.

Castro se mete en las letrinas de los suboficiales, cierra la puerta por dentro y se masturba pensando en Concha. Hoy lo había dejado llegar más lejos que nunca, incluso le había permitido que le acariciase los pezones.

## CAPÍTULO 29

Los mulos están de careo, trabados en el pradillo, a espaldas de las cuadras. Castro se acerca a *Valentina*. La acaricia y deja que lo huela. La mula aspira cuatro o cinco veces antes de reconocer el olor del cabo. Demasiado limpio. Se frota contra su cuerpo, la bienvenida.

Heliodoro sale a orinar y lo ve.

—Pero... ¡coño!, si es Castro. ¿Ya estás aquí, desgraciado?

—Ya lo ves, cantimplora, que os echaba de menos.

Los acemileros salen a abrazarlo. Reparte las cinco botellas de coñac que trae en el macuto, una de ellas regalo de Pilar, las otras, adquiridas en las estaciones del regreso.

En el interior del cortijillo arde una buena lumbre de palos. Han hecho migas y todavía quedan algunas en la sartén. Mientras come, Castro responde a las preguntas de sus camaradas.

—¿Cómo es Franco?

—Franco es... recortaíto. Muy alto no es, y panzoncete, que cuando lo ves andar parece que las borlas del fajín le van a llegar al suelo. Los pies muy chicos, ¿sabéis?, con sus botas altas y sus espuelas y —titubea— un poco culón, creo yo. —Mira a los compañeros y se apresura a añadir, para mitigar el efecto de esa apreciación—: Ahora, que tiene un poderío que es un fenómeno, manda con el gesto, levanta una ceja, tuerce un poco la cabeza y los generales de alrededor es que se cagan... ¡cómo si fuera Dios! Lo que más llama la atención es la voz. No os vayáis a creer que tiene un vozarrón de mando, nada de eso, tiene una vocecilla fina que parece... así, fina.

—Pero ¿habló contigo? —pregunta Heliodoro.

—¡Hombre! Hablar, lo que se dice hablar, no; nosotros pasábamos y él nos ponía las medallas. Ya nos habían advertido que abombáramos la

guerrera porque lo único que hace es meter el alfiler del imperdible; luego, tú ya, al volver a tu sitio, la ensartas por el pasador para que no se pierda.

El Petardo examina la medalla, el anverso y el reverso.

—Oye, ¿y esto lo tienes que llevar siempre puesto?

—¡Sí, hombre, para que me eche el ojo un paco rojo, se crea que soy oficial y me zumbe...! Esto, *guardaíto* en su estuche, y cuando acabe la guerra, al chinero.

En la casa de Castro no hay chinero, pero ha visto algunos en los comedores y en la sala de los trofeos de caza de Los Escoriales, con bandejas y bibelots diversos. Castro piensa que, en cuanto tenga algo de dinero, le encargará al carpintero una vitrina para la medalla. Algún día le contará a sus nietos que Franco lo condecoró.

—Habrás *follao*... —dice Pino.

—¡Hombre! —replica Heliodoro—. Eso ni se pregunta.

Y mira expectante a Castro, esperando confirmación.

—Se ha hecho lo que se ha podido. —Castro sonríe sin darle importancia.

—Oye, cuenta...

El círculo de rostros atentos se estrecha.

Castro suspira y chasquea la lengua.

—Bueno, eso... ¿qué os voy a decir? Por la noche, el día de las medallas, estábamos allí en el cuartel, en la Compañía de Destinos, después de cenar... ¿Vosotros sabéis lo que cenamos esa noche?

—No.

—Pues cenamos un cocido maragato, que se come al revés. Se empieza por la carne, marrano, vaca, oveja, chorizos, morcilla, tocino.

—¡Coño, se me hace la boca agua! —dice Heliodoro—. ¿Y mucho?

—Un perolón para seis. Hasta que nos hartamos. Eso es el primer

plato, porque después te ponen los garbanzos, finos, riquísimos, y detrás la sopa, para quien quiera, que entona mucho el cuerpo.

—Bueno. Cuenta lo de las putas —se impacienta Pino.

—Sí, hombre. Pues ¿qué queréis? Allí estábamos sin disciplina ni vigilancia ninguna, como en una fonda, entrada y salida libre, conque el legionario propone: «Oye, ¿por qué no lo celebramos y nos vamos de putas?». Así que nos fuimos...

—¿Con las medallas puestas?

—No, hombre, las medallas las dejamos en los macutos, con sus candados. Conque nos vamos y tiramos para la calle y hacía un frío de demonios, así que el marinero le pregunta a un paisano que pasaba: «Oiga, usted, ¿aquí dónde está el barrio de las niñas?». Y el otro que se para y le dice: «Eso está en la falda del castillo, en una calle que le dicen Cruz Verde». Conque llegamos a la calle, que era medianeja, con sus tabernas y todo, muchos soldados y cantidad de emboscados, y allí paramos a un recluta. «Oye, ¿las putas?». Y nos contesta: «Esa casa de la puerta de cuarterones es la de la Felisa, y allí enfrente, bajando, al lado de la taberna, está la de la Fenómena». «¿Y cuál es mejor?», le preguntamos, y dice: «¡Hombre!, la más fina es la de la Fenómena, pero es más cara». Así, que se va el hombre y nos quedamos allí, dándole vueltas, hasta que dice el aviador: «¡Coño, un día es un día, que a lo mejor mañana estamos tiesos!». Conque nos metimos en la de la Fenómena. ¡No me veas! ¡Vaya casa lujosa! ¡Unas cortinas, unos muebles, unos espejos...! ¡Hasta piano había! Y viene la Fenómena, pechugona, un traje que parecía una cortina, con las zalamerías: «¡Ay, qué honor, los héroes de la Patria!». ¡La *joía* nos conoció!

—¿Os conoció?

—¡Coño que si nos conoció, por lo visto había estado en la misa por la mañana, era de las mujeres que iban de mantilla cuando Franco nos dio

las medallas!

—Pero... ¿no era puta?

—No; puta no, *madame* —interviene Pino—. Las putas finas lo que tienen son *madames* que se codean con lo más alto, hasta con los obispos.

—¡Joder!

—Pues nada —prosigue Castro—. Llamó a las niñas, lo mismo que en *ca* la Misangre, pero en más fino, y yo le eché el ojo a una rubia que se llamaba Pilarín y nos subimos a las habitaciones en un ascensor.

—¿En un ascensor?

—¡Vaya! En un ascensor... Ya os digo que en esa casa no había miserias. Un ascensor de hierro, de lo más fino; conque llegamos al piso y me lleva a una habitación, lo más lujoso que se ha visto, una cama como un almiar, alta y blanda, con dos colchones de lana y tres o cuatro almohadones blanditos, todo oliendo a lavanda y a membrillo, ¡un lujazo! Y la *joía* va y echa la llave por dentro y me dice: «Ahora nos vamos a bañar». Y me bañó como si fuera un niño.

—¿En la palangana? —inquire Heliodoro.

—¡Qué coño palangana, en una bañera de hierro más grande que esos tres pesebres juntos! El agua calentita, humeante, y ella le echó unos polvos que olían a colonia... ¡La rehostia, vamos!

—Pero... ¿te la follaste? —inquire Pino.

—¡Déjalo que se explique, hombre! —lo reprende Aguado.

—Es que con tantas vueltas nos tiene aquí más calientes que el rabo un cazo... —protesta Pino.

—¡Pues si no aguantas, vete y te la meneas, pero déjalo, que a mí me gusta cómo lo cuenta...!

—Pues cuando me baña bien, me dice que me salga y me seca con una toalla grande como una sábana.

—¡Será menos! —objeta el Petardo.

—¡Coño, era como una sábana!

—¿Os vais a callar? —protesta Pino—. ¿Y luego qué pasó?

—Luego, a la cama. De matrimonio, con perinolas en las cuatro esquinas, bien alta. Yo, ya os podéis imaginar... bien comido y descansado, con la picha que me iba a reventar. Conque voy a echarle mano...

—Pero... ¿ella estaba desnuda ya? —pregunta Pino.

—No, se había puesto un albornoz de esos, pero por el escote se le veía el canalillo y por abajo, cuando se movía, asomaba el muslo. Conque le voy a echar mano y me dice: «Despacio, despacio», y me empuja para que me eche en la cama boca arriba. Yo... lo que quisiera, más callao que en misa; conque ella se abre el albornoz, que le vea las tetas... ¡No me veas qué tetas! Los pezones, en cuanto se los toqué, se le pusieron como dos castañas, grandes y duros...

—¿Y el coño? —urge Pino.

—Ahora llego a eso.

—¿Te quieres callar? —lo reprende Aguado.

—Así que la tía me tira *patrás* y me la chupa...

—¿Te la chupó?

Castro asiente, solemne:

—¡Vaya...!

—¿Así? —inquire Pino, incrédulo—, ¿sin pedírselo?

—Sin pedírselo —confirma Castro.

—¡Coño, qué arte! —exclama Heliodoro, encantado—. Esa seguro que era francesa, porque las de aquí no la chupan. Ya has visto en la Misangre, que hasta tienen un letrero: «En esta casa no se hace el francés».

—Pero eso es para los moros, que son unos viciosos, que pareces tonto —replica Pino—. A ti, si te la sabes camelar, te la chupa.

—Pues yo me corrí, y ella dale que te pego, chupando *parriba* como si fuera un bote de leche condensada, hasta que no me dejó una gota. Luego se fue al baño, que estaba en la misma habitación, detrás de un biombo, y la oí escupir y hacer gárgaras, pero a mí me dejó hecho un bendito.

—¡La leche!

—Entonces, ¿no te la follaste? —inquiére Pino.

—¡Qué sí, hombre! Cuando volvió a la cama, ya sin albornoz, me dijo que era de pueblo, que llevaba toda la guerra allí, que tenía un medio novio sargento en el frente, total, cuando me repuse, ella me acariciaba y yo la magreaba, me puso un condón.

—¿Te lo puso ella?

—¡Vaya! Y lo sacó de su funda, ¿eh? Nada de condón usado: ¡nuevecito! Me puso el condón y yo me la tiré.

—¿Te la tiraste?

—Sí. En las dos posturas: boca arriba y boca abajo, conmigo debajo, para cogerle bien las tetas. Luego descansamos otro rato, le eché otro casquete y me despedí.

—¡La leche! —dice Pino—. ¡Qué suerte!

—Los cinco duros mejor gastados de mi vida.

—¡Qué suerte, coño!

—Esta noche me parece que vamos a tener que meneárnosla —concluye Aguado.

—Pues que cada perro se chupe su capullo —sentencia el Petardo.

Se va cada cual a sus menesteres. Castro enciende un cigarrillo y se queda pensativo, sentado en el pesebre roto. Después se va a ver a *Valentina*. Le palmea el pescuezo, se lo rasca por debajo. *Valentina* le arrima al pecho su enorme cabeza, él le pasa el dedo por el párpado legañoso.

—¿Qué pasa, *Valentina*? ¿Cómo te ha tratado el Chato? Ya te creías que no volvía, ¿eh?

La mula mira a Castro con sus ojos enormes, bambolea la cabeza y se refriega contra el hombre. Él le palmea el pescuezo, le rasca detrás de las orejas.

—¡Ay, *Valentina*, si tú supieras...!

Piensa en la señorita Pilar, en sus devastadores orgasmos, en sus gritos de placer sin temor a que la oyeran los vecinos...

—¡Si tú supieras qué mundo hay por ahí...!

Piensa en Burgos, en Franco, en los trenes, en los pueblos, en todo lo que ha visto.

—Ahora, que ¿sabes lo que te digo? Lo que yo quiero es que pase el follón, que se acabe la guerra y que volvamos a La Quintería. De aquí estamos a tres días de camino mal contados, con buena hierba. Cojo mi papela, apaño un macuto de chuscos, unas cebollas que me dé el furriel y una cantimplora de vino y tiramos *pa* La Quintería, que aquí no se nos ha perdido nada. Verás la cara que ponen cuando me vean llegar con una mula nueva y más de cuatrocientas pesetas, mi madre se echa a llorar, ya la veo secándose las manos en el mandil: «Ya está aquí el niño, ¡ay, María Santísima del Socorro, que me lo has traído vivo!». Mi padre, dando golpecitos en el suelo con la gancha, que parezca que no se emociona, y mis hermanas verás qué gritos, ¡peor que la artillería de Atilano!, pero tú no te asustes.

La mula huele a su amo, los ollares dilatados.

—Todavía no apesto a mugre, ¿eh, *Valentinilla*? —se ríe Castro—, pero ya verás qué pronto lo remediamos. Dentro de una semana, comidito de mierda y de piojos.



# CAPÍTULO 30

Tres de febrero de 1939. IV Año Triunfal. La XXII División del Ejército del Guadalquivir abandona las trincheras de los cerros del Médico y de Mano de Hierro y adelanta sus posiciones hasta la línea del cerro de la Antigua, perdida en el avance marxista del 5 de enero.

El ejército rojo, desmoralizado y hambriento, opone una débil resistencia. Bajo la lluvia cansina, por una senda embarrada, avanza la recua de mulas del Segundo Batallón de Transmisiones con una carga de ametralladoras, camillas, munición y las perolas y trebejos de la cocina de campaña. El fragor del cañoneo suena discontinuo hacia el cerro Rasero.

Castro ha optado por el camino que bordea el Gamonal, paralelo al arroyo del Pozo, donde los chaparros y las encinas ocultarán el convoy si aparece la aviación roja. Va delante, seguido por el Chato y los otros, Pino el último, cada uno con tres mulas de reata. Hace un rato que ven una columna de humo detrás de las lomas.

—Esos le han *pegao* fuego al cortijo de la Cruz —supone Pino.

—No lo parece —observa Aguado—. El humo negro es de gasolina y de ruedas de coche. Eso va a ser un camión. Si lo tenían averiado y no se lo podían llevar, le han *pegao* fuego para que no nos aproveche.

Cuando vencen la loma descubren, abajo, el origen del humo: un tanque T-26 volcado en una zanja ardiendo. Según se aproximan encuentran varios cadáveres diseminados por el campo, entre las matas. Pasan entre ellos en silencio, evitándolos. Muchos yacen boca arriba, con los brazos abiertos, los ojos vidriosos fijos en el cielo, las bocas abiertas, señal de que ya han pasado los moros, y los que no son moros, en busca de dientes de oro. A algunos les han cortado el dedo del anillo.

Cuando sobrepasan el tanque, Castro siente un palpito amargo.

—Esperarse un momento —ordena a los acemileros.

Ata a *Valentina* a una encina y se acerca a ver los muertos. En torno al tanque yacen tres cadáveres medio chamuscados, con su mono azul manchado de grasa, sus cazadoras de cuero y la chichonera de los carristas soviéticos en la cabeza, descalzos, porque los han despojado de las botas. Uno de ellos, más alto, yace boca abajo...

Castro se aproxima y, tras un momento de indecisión, se inclina sobre él y le da la vuelta. Es el Churri, la cara flaca, manchada de grasa y tiznada por el humo; los ojos entreabiertos, vidriosos; la nariz afilada de cadáver; la boca distendida, casi en una sonrisa.

Castro siente una bola en el estómago que le sube a la garganta y le impide respirar. Cae de rodillas sobre el barro, se le nublan los ojos, las lágrimas le corren a borbotones por las mejillas.

—¡Churri, amigo! —Se abraza al cadáver, lo estrecha contra su pecho y lo acuna—. ¡Churri! —le susurra al oído con una voz extraña que no parece la suya—. ¿Cómo te has podido morir ahora que se termina la guerra, con los buenos ratos que íbamos a pasar en La Quintería? ¡Ay, Churri, qué desamparo de vida! ¿De qué nos va a servir todo lo que llevamos vivido, lo que hemos visto?... ¿Con quién me voy yo ahora, con todo lo que me ibas a enseñar?...

Llora el cabo Castro en silencio, abrazado al cadáver del miliciano, lo mece como una madre a su niño dormido. Los acemileros, que se han detenido lejos, se miran, serios, en silencio, sin saber qué hacer.

—Es que ese era del pueblo —explica el Chato—. Eran muy amigos.

—¡Joer!, pues ese ya poca tarea va a dar —observa Heliodoro.

El Chato le dirige una mirada iracunda.

—Anda, a ver si te callas.

Aguado le tiende el ronzal de sus mulas al Petardo y se acerca a Castro.

—Juan, esto ya no tiene remedio y los de la compañía esperan las máquinas y la munición.

Castro asiente. Se limpia las lágrimas y los mocos en la manga de la guerrera. Despacio, deposita en tierra la cabeza de su amigo. Le quita una brizna de hierba de la cara.

—Hay que enterrarlo como Dios manda, que no se lo coman los perros.

—¡Coño, Juan, hay que entregar la munición! —urge Aguado—. Luego volvemos y lo enterramos.

Castro regresa al grupo, cabizbajo, y desata a *Valentina*. Emite un profundo suspiro.

—¡Ea, vamos *palante*!

Prosiguen en silencio por la senda, hacia el norte. Castro se ha colocado el ronzal por debajo de los brazos y detrás del cuello, como los barcinadores de su pueblo, y lleva las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Al pasar por delante de la ermita de la Antigua, a la subida del cerrete, se persigna furtivamente y reza en silencio un padrenuestro por su amigo, que no creía en Dios, y era posible que tuviera razón, como en tantas otras cosas, pero en casos como aquellos parecía que deseáramos con más fuerza que alguien nos esperase en la otra vida.

Llegan a las nuevas posiciones en el cortijo Fuente la Zarza, frente al cerro de Los Pedroches, donde la segunda compañía cava pozos de tirador en la tierra húmeda. El paqueo lejano no se extingue y de tarde en tarde suena un cañonazo. En el puesto de mando hay media docena de camiones rusos arrebatados al enemigo, zanquilargos, los faros protegidos con una rejilla dentro de un arco de hierro. También hay un par de ambulancias con sus enormes cruces rojas en el techo y en las portezuelas de la cabina. Castro consigue que el furriel le preste una moto con sidecar. Heliodoro sabe llevarla. Con el Chato de paquete, él

acomodado en el angosto cajón lateral, regresan a la cañada donde está el Churri, junto al tanque humeante. El cadáver del Churri sigue como lo dejaron, si acaso los labios más blancos bajo la película de grasa. Castro señala el pie de una encina frondosa.

—¡Ahí!

Cogen el pico y la pala y cavan por turnos una zanja de casi un metro de profundidad. Castro registra el cadáver: no lleva nada encima, le han vaciado los bolsillos. A unos metros de distancia, Heliodoro encuentra una cartera de hule, desgarrada, sin dinero, con un carnet de la FAI y otro del Ejército Republicano: Benito Alcántara Expósito, teniente del ejército popular, de la XLVII División republicana, sección carros de combate. Castro se la guarda junto a la mitad de la placa de identificación que el cadáver llevaba al cuello.

—Vamos.

El cadáver tiene los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. Está ya tieso y la pierna doblada no cede, lo que los obliga a forzarlo para que encaje en la zanja. Luego palean tierra hasta rellenar la tumba, y amontonan la sobrante en un cerrete que Castro corona con dos o tres piedras grandes.

—Es para señalar dónde está.

Piensa ir a la casa del Churri para decirle a la madre y a las hermanas que él lo enterró con sus propias manos.

Creerán, quizá, que lo mató. Estaba en el bando enemigo. ¿Cómo iban a entender que anduvieran enemistados y sin hablarse durante años y luego volvieran a ser amigos en medio de la guerra?

Aunque en la guerra pasan cosas así. Eso se sabe en las trincheras. En la retaguardia se comprenden menos ciertas cosas. «Bueno, que piensen lo que quieran. Yo haré lo que tengo que hacer. Voy a ser más amigo suyo de muerto que de vivo».

Regresan al cortijo del Pozo al anochecer. Castro se dirige primero al puesto de mando. Escámez y dos o tres enlaces escuchan la radio.

—¡Calla, calla, que hablan de nosotros!

Castro presta atención.

*«... las tropas del Glorioso Ejército Nacional han roto las líneas rojas y los efectivos marxistas se batan en retirada dejando atrás abundante munición y pertrechos, así como camiones y toda clase de vehículos. En un mes de operaciones, en el sector del valle de Los Pedroches, se han causado al ejército rojo seis mil quinientos veintiséis muertos, que han sido enterrados por nuestras fuerzas, y seis mil cuatrocientos ochenta y cuatro prisioneros. El Glorioso Ejército Nacional ha capturado, además, doce tanques, inutilizando otros treinta y dos, apoderándose de más de doscientas ametralladoras y de más de cuatro mil fusiles. El número de bajas marxistas se estima por encima de las cuarenta mil. En Cataluña, un barco perteneciente a la armada roja...».*

—Bueno, Escámez, dame el parte, que tengo faena.

El escribiente abre una carpeta de gomas y le tiende una hoja impresa.

Castro inscribe la fecha y el número de mulos, lo de siempre, veinticuatro, y cinco yeguas, pone debajo «Sin novedad» y firma. Le devuelve el parte a Escámez, que lo guarda en su carpeta.

—Adiós.

Los otros ni contestan. Siguen pendientes de la radio.

Afuera hace frío y se respira un aire húmedo que duele en los pulmones. El suelo está encharcado. Castro se orienta hacia unas luces cercanas, una hoguera detrás de las tapias de un corralillo, donde el

furriel ha establecido su almacén.

—Cacho, ¿sabes dónde esta mi gente?

Los acemileros del batallón se han instalado en un cobertizo al otro lado del cortijillo. Va a donde están las mulas y escucha al Chato cantar entre dientes.

*Mientras tú estás en la cama  
con las teticas calientes,  
yo aquí bajo tu ventana  
con la chorra hasta los dientes*

Se ríe.

—¡La guerra se acaba, *Valentina*! Ya mismo estamos en casa. Lástima que el pobre Churri no pueda venir.

El Chato le ha guardado el rancho. Mientras engulle una sopa de carne, con alubias y garbanzos, ya fría, Castro rememora las migas que el Churri y él se comieron en Los Escoriales, en las ruinas de la mina romana, mientras hacían planes, en otoño de 1934. En la próxima feria se iban a ennoviar, los dos, con las dos mozas más guapas del pueblo. Luego, el plan no salió tan bien como lo trazaron.

«Las cosas nunca salen como uno quiere —piensa Castro, sombrío—. Cuando no es por una causa es por otra, pero siempre se tuercen. Por lo menos a los pobres. A los ricos, sí que les salen bien. Fíjate en la guerra».

Descarga un chaparrón ruidoso sobre el tejado de uralita y chapas. En el cobertizo, detrás de las pesebreras, los acemileros han cavado un surco para evacuar el agua, en caso de que diluvie. Hay espacio de sobra para extender paja y mantas. Castro cuenta nueve bultos bajo las mantas, en fila. Si no estuvieran arrebujados, casi todos en posturas fetales, se diría que son cadáveres en espera de inhumación. Heliodoro y el Petardo

roncan, Aguado y Amor, desvelados, conversan con sordina. Aguado opina que la guerra se empezó en plan ahorrador, sin desperdiciar un tiro, y ahora, al final, resulta que va a sobrar de todo.

—¡Tú has visto los aviones, que no paran de venir, bomba viene, bomba va! Ayer, por lo visto, uno de los nuestros descargó encima de los de la Veintitrés. No palmó ninguno, pero hay unos cuantos bien jodidos.

—¡Si que tiene gracia que cuando estamos oliendo la licencia vengan y te joroben los mismos tuyos!

—Eso digo yo.

Le da con el codo al otro y le hace una señal con la cabeza. Aguado se vuelve y ve que el cabo Castro acaba de llegar y se hace la cama.

Aguado se vuelve de nuevo y murmura, sombrío.

—Ya veremos lo que nos encontramos cada uno en su casa cuando volvamos.

Luego guardan silencio hasta que se duermen. Después del chaparrón, el cielo se despeja y, a ratos, prueba a salir la luna, redonda, inmensa, atravesada por nubes largas y negras. A la luz espectral de la noche brillan los lomos mojados de las mulas.

El 26 de marzo de 1939, al amanecer, los cuatro cuerpos del ejército nacional del sur atacan en un amplio frente entre el río Zújar y el Guadalquivir, sin apenas preparación artillera, sobrevolados por algunos aviones de observación. Los rojos abandonan sus trincheras y se repliegan sin oponer resistencia. Dos columnas avanzan, sin pegar un tiro, sobre Puertollano y Ciudad Real y una tercera sobre Pozoblanco. Batallones enteros del enemigo se entregan bajo bandera blanca. El parte oficial de Burgos informa del derrumbamiento total del frente. La XL División ha llegado a las Minas de las Morras de Cuzna; la CII División y la CXII ya han atravesado el río. En el frente de Madrid, en la zona de la Bombilla, los soldados rojos entregan sus armas y confraternizan con los

nacionales, cantan y beben juntos.

La XXII División avanza hacia Hinojosa del Duque junto al cuerpo de ejército marroquí.

Luce el sol de media mañana, clara y soleada. Los acemileros del batallón de Canarias van de vacío, montados en las mulas, por la carretera de Valsequillo. Se cruzan con una columna de moros de Yagüe.

Mohamed el cojo reconoce a Castro.

—¿Tú estar vivo todavía, paísa?

—¿Qué pasa, Mohamed? ¿No te alegras de verme? Y lo que me queda.

—¿Dónde tener tú bultos y mercancías?

—¿Qué te crees, que yo llevo la feria encima como tú? La mercancía va delante, en los camiones.

—Se acabar guerra, ¿eh?

—Eso parece. Ya mismo, en casa.

—Desir «Radio Macuto» que los rojos entregar barcos y los aviones también.

—A lo mejor es verdad, porque apenas se ven.

—Y en Madrid, ¿se ha acabado la guerra?

—En Madrid creo que también.

—¡Ay, qué pena! Yo querer entrar en Madrid. Allí muchas mujeras rojas, muchas sortijas, muchas máquinas coser.

—Tú lo que tienes que hacer es volverte con tus montas, hombre, aunque sea a la pata coja, que bastante habéis pasado aquí. Ahora cada mochuelo a su olivo.

—¿Y mujera tuya de los pendientes? ¿Quedar contenta?

—Sí, quedar muy contenta —miente Castro, que lleva los pendientes en el bolsillo de la guerrera, dentro de un papel de seda.

Son para Jacinta, que ya mocea.



Se separan. Castro sigue por su senda con la reata, entre el encinar, caviloso.

—¿Sabes lo primero que voy a hacer cuando nos licencien? —pregunta Heliodoro.

Como nadie le contesta, él continúa:

—Pues cuando llegue a mi casa voy a meter dos colchones de borra en la habitación que no tiene luz, voy a atrancar la puerta y me voy a tirar durmiendo lo menos tres días.

—¿Sin comer ni nada? —pregunta Amor.

Heliodoro se piensa la respuesta.

—Sin comer ni nada. De todas formas, en mi casa nunca hay mucho que comer.

Al coronar un repecho encuentran un pozo y, sentados a la sombra del emparrado que lo cubre, una docena de soldados republicanos. No tienen armas a la vista, pero Castro, receloso, detiene la recua. Un sargento rojo lo advierte, con gesto cansado se saca del bolsillo superior de la guerrera un pañuelo blanco y lo agita al aire.

—¡Eh! No hay cuidado, amigo, que somos gente de paz, que vamos a entregarnos. Estamos descansando un poco. Salimos esta mañana de Villanueva de Córdoba y traemos los pies de pena.

—¿Y los chopos? —pregunta Castro.

—¿Los fusiles? Allí se quedaron. Y los correajes, y todo. Los oficiales nos dijeron que la guerra se ha terminado y se largaron en el coche del regimiento. A esta hora están ya en Francia.

Castro no está por tomar prisioneros, aunque se lo supliquen de rodillas. Les dice:

—Bueno, por esa vereda llegáis al puesto de mando, que está en un cortijo, como a cuatro kilómetros. Tened cuidado con los moros, que hay muchos. ¿Sois alguno de Andújar?

—Yo tenía un amigo de Andújar en mi compañía.

—¿Y qué ha sido de él?

—Yo qué sé. Tiró para otro lado esta mañana, con otros dos. Me parece que dijo que iba a Jaén. Creo que los fascistas están ya en Venta de Cárdenas.

# CAPÍTULO 31

El hotel Imperial es un hervidero. Como la guerra se acaba, muchos refugiados regresan al pueblo y toman habitaciones mientras terminan de acondicionar las casas que abandonaron.

—Hola, Luisa, ¿y Concha?

Luisa apenas disimula un gesto de alarma, como si la presencia de Castro no fuera ya bienvenida.

Aparece Concha en la puerta del comedor.

—Hola, Juan.

La voz de Concha no le ha sonado muy cordial.

—¿Pasa algo?

—Sí pasa. Espérame en la plaza que ahora salgo.

En la plaza reina un ajetreo de mudanza. Camiones de municionamiento, tractores que tiran de piezas de artillería, carros y recuas de caballerías.

Castro saluda a un par de conocidos. «Radio Macuto» dice que la guerra acabará de un momento a otro, cosa de días, incluso de horas. Media hora después aparece Concha vestida con ropa de calle. Antes de que Castro se incline a besarle la mejilla desvía la mirada y echa a andar.

—¿Qué te parece si damos un paseo? —dice, seria.

—Bueno.

Se encaminan a la carretera de Villanueva, que está más tranquila.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta el cabo.

Ella rompe a llorar.

—¿Qué te pasa, Concha? —se alarma Castro—. ¡Dímelo, amor mío!  
¿Has discutido con tu madre?

Ella hace un par de pucheros, se enjuga las lágrimas con un pañuelito que se saca de la manga, respira hondo, se serena, evita mirar a su

interlocutor.

—Pasa que lo nuestro se tiene que acabar.

—¿Por qué? —pregunta Castro desconcertado—. ¿Qué te he hecho?

—No, si no me has hecho nada, si bastante bueno eres, pero es que yo... ¡yo no puedo seguir!

—Pero...

—No, no me interrumpas. Déjame hablar, que bastante trabajo me cuesta. —Lo mira a los ojos, con los suyos llorosos y bellos—. Escucha: llevo unos días que te escribo cartas y luego las rompo porque no me salen. Mira, es mejor que te lo diga así, con el corazón. Ahora nos queremos mucho y todo va muy bien, pero esto nuestro no puede durar... porque yo sé que no puede durar...

—Pero ¿por qué?...

—Pues porque no.

—Pero algún motivo habrá. A mí me parece que, por lo menos, me lo debes decir, que yo lo sepa.

—Porque ahora somos jóvenes y todo es muy bonito, pero la guerra se va a acabar un día de estos y cuando se acabe a ver qué va a pasar...

—Pues ¿qué quieres que pase? Nos casamos, tenemos hijos, lo de todo el mundo...

—Sí, Juan, yo sé que tú eres bueno, pero ¿qué porvenir nos espera en un cortijo...?

—Si quieres, viviremos en el pueblo.

—Lo que quiero decir es que tú eres del campo, eres mulero, y nunca me vas a dar otra vida.

—¿Qué vida?

—Pues la vida que a mí me gusta, caprichos, vestidos, no sé...

—¡Mira, amor mío, yo tengo estas manos para que no te falte nada, ni a ti ni a mis hijos! Lujos a lo mejor no puedo darte, pero lo que pueda...

tú tampoco eres mujer de lujos...

—¿Y quién te dice que no? —replica Concha, irritada—. ¡Claro que lo soy!... Lo que pasa es que me has conocido en medio de toda esta... miseria, cuando no puedo, pero yo sueño con tener una vida más desahogada, en fin, vivir como una persona, no lo del campo, donde vivís como animales...

Pasean en silencio. Castro trata de asimilar lo que acaba de oír. Ahora comprende el empeño de Concha para que permaneciera en el ejército después de la guerra. Alguna vez intentó convencerlo de que un cabo condecorado por el propio Franco ascendería pronto a sargento y, con un poco de suerte, se retiraría de teniente, o quién sabía si de capitán. Pero Castro no quería condenarse a la sujeción de un cuartel toda la vida. No servía para eso. Por esta causa habían discutido más de una vez.

—Esto no me lo esperaba yo —dice Castro con amargura al cabo de unos minutos.

—Ya sé que no te lo esperabas. Por eso te hablo claro. Tú eres bueno, pero no tienes más alcances, y no eres la persona que yo necesito. Yo lo que quiero es tener hijos y criarlos decentemente, no en medio del campo, entre marranos y gallinas.

—Así me he criado yo.

—Pues por eso, porque no quiero que mis hijos sean como tú. Yo aspiro a otra cosa.

—¿Entonces?

—Mira, es mejor que no nos veamos más. Aquí te traigo tus regalos, tus cartas y tus fotos. —Le entrega un paquetito atado con una cinta azul—. Mándame mañana las mías con el furriel de tu compañía o con alguien que venga al pueblo.

Le alarga la mano, que Castro estrecha apenas.

—Adiós, Juan.

—¿No quieres que te acompañe?

—No, déjalo. Prefiero volver sola.

Se aleja contoneándose un poco sobre los tacones. Castro la desea más que nunca.

—¡Ay, *Valentina*! Yo sabía que esta mujer no era para mí, pero no quería verlo. Ella aspira de teniente para arriba y yo no soy nadie, ni con la medalla de Franco puesta.

Vuelve sobre sus pasos y atraviesa el mercado de abastos, unos cuantos tenderetes en la plaza de la Fuente. Se compra dos reales de churros y se los come sentado en el brocal, pensativo.

—Señorito.

Es la criada del hotel Imperial cargada con un enorme cenacho de palma del que asoman los rabos de las cebollas.

—Hola, Luisa.

Ella mira a un lado y a otro. Prefiere que no los vean juntos.

—Señorito, yo tengo una pena muy grande porque usted es buena persona, y le tengo que decir una cosa, si usted me jura, por lo que más quiera, que me va a guardar el secreto.

Castro supone que es algo relativo a Concha, quizá la explicación de su brusco cambio de conducta. Como si no estuviera de sobra explicado.

—Te lo juro.

—¡No; así, no: bien jurado, bese usted la cruz de la mano!

Castro compone una cruz con los dedos pulgar e índice y la besa.

—Lo juro.

—Señorito, la niña lo deja a usted porque tiene a un brigada detrás de ella, uno de Córdoba, muy guapo, por cierto. El padre ha pedido informes y es de buena familia, que tienen una tienda de tejidos en la plaza de la Corredera y es hijo único. Además se quiere quedar en el ejército. Y ahora me tengo que ir, que si se enteran de que le he contado esto, me

matan.

Hace ademán de marchar, pero se acuerda de algo y vuelve sobre sus pasos.

—¡Ah! Y que sepa usted que la que la ha malmetido ha sido doña Concha, que es más mala que el bicho que le picó al tren, que no hacía nada más que decir: el peor cochino se va a llevar la mejor bellota. Y ahora, adiós, que ya tenía que estar de vuelta.

## CAPÍTULO 32

Uno de abril de 1939. Año de la Victoria. A las once de la noche, Castro está herrando a la mula *Pastora* a la luz de un carburo, en el corral del cortijo de la Cruz, cuando oye unos bocinazos. Mira afuera y ve la camioneta del batallón que va haciendo eses, como si el chófer estuviera borracho. Ramírez, el furriel de la tercera compañía, asomado por la ventanilla del copiloto, con medio cuerpo fuera, grita:

—¡Qué se ha terminado la guerra, que se ha terminado, que los rojos se han rendido!... ¡Arriba España! ¡Se ha terminado!... ¡Ya no hay guerra! ¡Qué nos licencian!

La camioneta no frena a tiempo y se lleva por delante un almendro joven.

El comandante Castillo sale.

—¿Qué coño pasa? —le pregunta a un enlace—. ¿Qué dice ese?

—¡Qué se ha terminado la guerra, mi comandante!

El comandante Castillo espanta un perro famélico que ha acudido a olisquearle las botas. El furriel salta de la camioneta y acude a darle el parte con lágrimas en los ojos.

—¡A sus órdenes, mi comandante, que la guerra se ha acabado!

La noticia se propaga. En un minuto se congrega delante del cortijo media compañía.

El comandante interroga al furriel:

—¿Quién lo dice?

—¡Lo ha dicho la radio, en el pueblo, hace una hora! Fernando Fernández de Córdoba ha leído el parte del Generalísimo. La guerra se ha terminado.

El comandante guarda silencio. Le da con la cachava a un guijarro. Es de un pueblo de Castellón y hace tres años que no sabe de su familia. Ha



perdido a dos hermanos en la guerra. Tendrá que llevarle esa noticia a su madre.

—Ya era hora —murmura, y se vuelve a su puesto de mando a telefonear al cuartel general.

La noticia cunde por las trincheras, por los cortijos, por los parapetos del llano de la Perdiz, incluso por los puestos más avanzados: ¡la guerra ha terminado! Suenan vivas, se lanzan gorros al aire, se improvisan bailes: «¡Viva España, viva Franco, viva la quinta del biberón!».

—¡Y la del arroz!

—¡Sí, viva la quinta del arroz!

—¡Viva Cristo Rey!

Algunos soldados se apartan del bullicio para llorar. Uno le dice al compañero:

—Para la siega, en casa.

Otros guardan silencio. La mayoría ríe. Uno suelta un tiro al aire y un sargento lo amonesta con severidad.

—¡La guerra ha terminado!

—¿Lo sabrán los de ahí enfrente?

Hacía días que los de enfrente se pasaban en desbandada. Sin armas, sin insignias, hambrientos, con banderas blancas fabricadas con sábanas. El mando de la división había cercado con alambre de espino el pueblo de Valsequillo y había improvisado un campo de concentración para los miles de prisioneros y pasados, hasta que se depurasen las responsabilidades.

Castro termina de herrar a *Pastora*. Se la entrega al Chato para que la lleve a las cuadras y se dirige al cortijo de la Pura. En la oficina, el coronel y media docena de oficiales rodean el receptor de radio del sargento Sánchez, que gira lentamente el dial para eliminar el ruido de fondo. De pronto surge con claridad la voz del locutor:

*«¡...pañoles! Parte de guerra del Cuartel General del Generalísimo: en el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos. La guerra ha terminado. Burgos, 1 de abril de 1939. El Generalísimo Francisco Franco Bahamonde».*

—¡Bien! —gritan los soldados afuera—. ¡Viva España! ¡Viva el tercer batallón! ¡Viva la Falange!

—¡Callarse, callarse! —los increpa el sargento—. A ver si dicen algo más.

Entre el creciente rumor de las interferencias, la radio reproduce los familiares compases del himno de la Legión. Un brigada de largas patillas se arranca a cantarlo: «¡Soy valiente y leal legionaria...!», pero desiste al ver que nadie lo acompaña.

Los soldados se abrazan, bailan, lloran, palmean la espalda de los camaradas, se dan la enhorabuena. «¡Hemos escapado vivos! ¡Ya no morimos en esta guerra!». Alguno se acuerda de los muertos con pena y con alivio.

—¿Dónde hay vino?

—¡Esto hay que celebrarlo!

El teniente coronel ordena el reparto de una ración de vino y otra de coñac saltaparapetos. Después de todo ya no iba a hacer falta.

Castro siente en la garganta una angustia dulce, un gozo que no sabe cómo expresar. Va a regresar a casa, va a abrazar a su madre, a su padre, a Jacinta, que estará hecha una mujer, a Manuela. Recuerda con amargura al Churri, que había visto a Jacinta hacía pocos meses. Se imagina su llegada con la mula de reata. «Aquí tiene usted una mula, padre. Nos apañamos un arado, aunque sea el de madera que lleva años arrumbado en el pajar, y, para empezar, ya tenemos, a ver si viene buena la cosecha,

que hay que levantar todo esto».

De la novia perdida no dirá ni una palabra. Para qué, si no habían llegado a conocerla.

Aparece Pino exultante, con la capucha del capote manta en la cabeza. Le tiende una botella de aguardiente y le dice, imitando al moro Muza:

—¡Paísa, paísa, tú beber conmigo, tú saber manera de escapar de los tiros!

Castro le ríe la gracia, agarra la botella y echa un trago corto. Siente la agradable quemazón garganta abajo.

En su pesebre, *Valentina* hoza entre las granzas con su hocico inquieto por si hubiera algún grano olvidado. Una mula feliz que no entiende de guerras y, por lo tanto, no se alegraba de que hubiera terminado. No obstante, Castro le da la noticia y la palmea.

—¡*Valentina*, bonita, ya se ha acabado la guerra! De aquí para adelante habrá que trabajar y buscarse la vida, pero ya sin tiros. Nos vamos a La Quintería, a las yerbas frescas del río. Ya verás.

La mula restriega la cabeza contra el pecho del mulero.

—Ya hemos salido de penas, *Valentinilla*, y estamos los dos vivos. — La besa—. Ya verás lo bien que vamos a vivir en el cortijo. Cuando seas vieja y no sirvas para el trabajo, tranquila, que no te venderemos para el matadero, que para eso hemos hecho la guerra juntos. De vieja, tú a la Solana, allí, con los buenos pastos y la buena yerba, al ladito del Guadalquivir, y no te va a faltar un celemín de cebada. Si acaso, algún día te meto en el hato y te llevo a Las Viñas a dar un paseo, a buscar níscales.

El cabo le rasca el colodrillo a la mula, mientras imagina el regreso.

—Verás la cara que ponen cuando me vean llegar contigo.

Piensa, otra vez, en la familia, en las calamidades de la guerra. No quiere considerar a Concha como parte de esa guerra, pero su recuerdo lo asalta una y otra vez.

—¡Ay, *Valentina*! ¡Ya veremos las fatiguitas que nos quedan que pasar todavía!...

Unos prisioneros esperan sentados en el suelo, vigilados por dos soldados, la llegada del camión que los conducirá a Valsequillo. Castro reconoce el acento de Torre del Campo en uno de ellos.

—¡A ver, ese de Torre del Campo!

—¿Eh?

El prisionero se levanta con presteza.

—¿Tú eres paisano?

—No, yo soy de al lado de Andújar, pero te he conocido en la forma de hablar. Yo he ido algunas veces a Torre del Campo, a tratar bestias.

—Hombre, fíjate, a mí me llaman Pachón, sobrino del Peñica, el del Chozalhombro, que trataba mucho de bestias.

—Sí, hombre, yo he estado con mi padre en casa del Chozalhombro. Muy buena persona. Raimundo se llama. ¿Vive todavía?

—Hace dos meses lo vi y estaba el hombre delicado. No sé cómo andará ahora.

—¿Y tú qué tal?

El prisionero se encoge de hombros.

—¡Psch! A ver lo que hacen con nosotros ahora. Digo yo que tendrán que dejarnos volver a nuestras casas, porque alguien tendrá que coger el trigo y la aceituna y seguir trabajando, ¿no?

—A ver si tenéis suerte.

Castro sigue su camino, pero antes va a las cocinas y le saca al furriel unos chuscos y unas latas de sardinas. Regresa y se los entrega al torrecampeño y a sus compañeros.

—Aquí un avío, que supongo que tendréis algo de hambre.

—Algo no —bromea el torrecampeño—: Mucha. ¡Qué Dios te lo pague!

—Nada, hombre. A mandar.

Se estrechan la mano y Castro se va a lo suyo.

# CAPÍTULO 33

El 4 de abril de 1939, la Segunda Bandera de la Falange de Canarias embarca en un tren de mercancías en la estación de Bélmez para trasladarse a Jaén. El tren lleva dos locomotoras, la de delante va adornada con las banderas nacional y de Falange.

La estación es un hervidero de soldados con macutos, fusiles, mantas y fardos de impedimenta. Los sargentos se desgañitan, los enlaces corren de un lado a otro en busca de sus oficiales. Sobre la visera de la marquesina hay una pancarta en la que se lee: «El pueblo de Bélmez saluda y felicita al Victorioso Ejército Nacional. ¡Arriba España! ¡Viva el Caudillo Franco!».

Castro ha encargado al Chato que embarque las mulas y va a ver al comandante.

—¿Qué pasa, Castro?

—Sin novedad, mi comandante. Que venía a pedirle un favor...

—Tú dirás.

—Es que me he enterado de que el tren pasa por Andújar, y como mi familia está allí, en La Quintería, ¿sabe usted?, pues lo que quería es a ver si me puedo bajar a verlos.

El comandante niega con la cabeza.

—No puede ser, Castro. Somos las primeras tropas nacionales que entran en Jaén y tenemos que ir directos, sin paradas. ¿Habéis embarcado agua para las mulas?

—Sí, mi comandante.

—Pues reintégrate a tu compañía. Tú descuida que, cuando estemos en Jaén, ya te daré un permiso para que veas a la familia.

—¡A sus órdenes, mi comandante!

A las diez de la mañana, la locomotora pita tres veces y el tren se

despereza y se pone en marcha. Diecinueve vagones de mercancías, con bancos y lonas improvisados para transporte de tropas, y ocho vagones de ganado. Los acemileros viajan con el ganado a cielo abierto. A falta de asientos se han acomodado en unos sacos de paja.

—¡Este va a ser el cagadero! —dice Heliodoro desde la garita de los frenos.

A través de una tabla rota se ven los raíles, el suelo pedregoso de la vía y las traviesas negruzcas que pasan cada vez más rápidas.

Aguado se ha agenciado dos botas de vino y una botella de aguardiente. Van de buen humor, entonan el *Carrasclás*, saludan a la gente que sale al paso del tren. De vez en cuando, Castro observa a *Valentina* entre sus compañeras *Romera* y *Barbera*, en medio del vagón. No sabe si será la primera vez que *Valentina* viaja en tren y teme que se espante.

—Si no fuera por la guerra, más de uno no sabríamos lo que es un tren —comenta Castro.

—Pero ¿en tu pueblo no hay trenes?

—Sí, hombre, en Andújar hay estación. Yo, de chico, cuando bajaba al pueblo, iba a ver pasar los trenes. Eso era lo que más me gustaba. En alguna ocasión acompañé a mi padre, con el coche de caballos, a recoger a la marquesa de Pineda, que se mareaba en el automóvil y prefería viajar en el expreso de Sevilla, en coche cama. ¿Vosotros sabéis lo que es un coche cama?

Los otros niegan.

—Pues yo tampoco he visto nunca ninguno, pero dicen que es como un palacio por dentro. El tren, con el coche cama de la marquesa, paraba solo para que ella se bajara.

—Yo, la primera vez que vi un tren fue cuando llevamos a mi hermano al hospital de Pastrana —dice Heliodoro—. Le había pasado la

rueda de un carro por encima de la pierna y estaba muy malito. Se le había hinchado y se la tuvieron que cortar. Luego se murió de gangrena.

Permanecen un rato en silencio. Se pasan la bota. Levantan las manos para responder al saludo de unos campesinos que han dejado de arar para hacer el saludo fascista al ver el tren militar y las banderas.

—Sí, la guerra, dentro de lo malo, lo que trae bueno es que uno ve mundo —reflexiona Pino.

—A mí poca falta me hacía ver mundo, yo me hubiera quedado tan bien en mi casa, sin estos tres años de fatigas —replica Heliodoro.

—Y yo.

Se quedan otra vez en silencio. La locomotora avanza despacio, entre olivares, con su penacho de humo negro. Al rato van cubiertos de carbonilla, y al restregarse la cara se tiznan. De vez en cuando, alguna pizca se cuele en el ojo y ayuda a justificar unas lágrimas.

Castro ve los campos abandonados, los olivos con varetas de varios años, los barbechos invadidos de matorral, los huertos sin labrar, las reses raquíticas en las zonas donde la guerra se llevó a los hombres. Se cruzan con un zagal que apacienta una docena de cabras sobre un otero.

—¡Eh, la tropa! —vocea con el brazo en alto, en saludo fascista—. ¡Arriba España!

—¿No nos das un cabrito? —le grita Heliodoro.

El muchacho se asusta. Reúne aprisa el rebaño y se lo lleva olivar adentro.

—¡Ja, ja, ja! —ríe Pino—. Ese se ha creído que se lo íbamos a quitar, ¿tan mala pinta tenemos?

—¿Qué si la tenemos? ¡Tú verás!

En un par de ocasiones, el tren se detiene por sospechas de petardos en las vías, que resultan ser infundadas. Se rumorea que hay guerrilleros marxistas, maleantes, rojos que se resisten a rendirse para no responder



de crímenes de sangre.

El convoy entra en la estación de Jaén pasado el mediodía. El ayuntamiento provisional, que sustituye al republicano, espera desde hace horas la llegada de las tropas liberadoras. Siete concejales con el alcalde al frente, todos vestidos con camisa azul. El alcalde, además, con *leggings* relucientes. También llevaba espuelas, pero le estaban grandes y hacían demasiado ruido. Se las ha quitado en los retretes de la estación y las tiene en el bolsillo de la guerrera.

Una improvisada banda de música recibe a los liberadores con los compases vibrantes del himno de la Legión. Un centenar de niños en edad escolar agitan banderitas nacionales y de Falange. A lo largo de la fachada de la estación penden unas sábanas con la leyenda: «¡Arriba España! ¡Jaén con el Movimiento Nacional! ¡Franco, Franco, Franco! ¡Loor al Glorioso Ejército Nacional!».

Cuando el convoy se detiene, la banda de música ataca el Himno Nacional, ensayado los últimos días en el garaje del ayuntamiento. Después, mientras desembarca la tropa, y los sargentos la forman en los andenes, prueban con el *Cara al sol*, que les sale bastante deficiente.

El teniente coronel que manda el convoy es un poco sordo, como buen artillero. Intenta entenderse a gritos con el alcalde. Al final le ordena:

—¡Dígale usted a sus músicos que se callen o los fusilo!

El alcalde se cuadra, levanta el brazo en saludo fascista y corre hasta la banda, con zancadas torpes a causa de las botas, que son prestadas.

—¡Ya está! ¡No toquéis más, hombre! ¿No veis que estamos hablando?

El director de la banda silencia a los músicos. Se encoge de hombros.

—¡Tanto ensayar para nada!

El fotógrafo, que debe dejar constancia gráfica del acontecimiento, arma su cámara en el andén. Ante la locomotora adornada con banderas

posan el teniente coronel, el alcalde provisional, los oficiales y los concejales. La joven falangista Pilar Palizón, en su temprano anhelo por figurar y salir en los periódicos, pierde pie y se desparrama sobre la vía, gorda y mochilona, con su camisa azul y su falda negra.

—A ver, levanten a esa mujer —ordena el coronel—. ¿Se ha lastimado, señorita?

—No, no es nada —responde la accidentada, recomponiéndose el correaje con una sonrisa escorada—. ¡Viva el fascio redentor! —grita saludando brazo en alto desde el foso ferroviario.

Tres o cuatro soldados saltan a la vía y aúnan fuerzas para devolverla al andén empujando el voluminoso trasero.

—¡Esas manos! —amonesta ella en medio del barullo.

Castro se ocupa del desembarco de las cuatro yeguas de los oficiales y de las mulas. Aguado ha explorado la estación y ha encontrado un almacén abandonado.

—¡Pues rápido para allá antes de que se metan otros, que no sabemos el tiempo que habrá que estar aquí!

—Pero saldremos por ahí a ver las gachís, ¿no? —pregunta Pino.

—Ya veremos.

La segunda compañía y la quinta, que están mejor equipadas, desfilan hasta la plaza de la Catedral, donde el ayuntamiento entregará la ciudad, de forma simbólica, a las fuerzas liberadoras. El acto oficial se aplaza hasta que el general Queipo de Llano en persona tome posesión de la plaza.

La primera compañía vivaquea sin alejarse de la estación. Los acemileros descargan la paja e improvisan una cama corrida en la parte más abrigada del almacén, que no tiene puertas ni ventanas. Pasan la noche agrupados en torno a una hoguera entre tientos de bota y rasgueos de guitarra. Los niños abandonados, que buscan carbón por las vías,

mendigan las sobras de la cena. Castro está a punto de darles una lata de leche condensada que ha afanado en la furrielería. A Jacintilla le gusta mucho la leche condensada, por eso resiste la tentación, pero reparte un cenacho de algarrobas y una peseta por cabeza, para ochíos y chocolate.

Al día siguiente, el convoy reanuda su marcha con destino a Jódar. Vuelve el paisaje de olivares, puentes, ríos, barbechos, campesinos que se destocan y saludan brazo en alto, en posición de firmes, al ver las banderas del bando vencedor en la locomotora.

—¡No disimuléis! —les grita un energúmeno desde el tren—. ¡Si sabemos que sois rojos y os vamos a dar para el pelo!

Un sargento le ordena callarse.

—¡A la población civil se la trata con respeto, animal, que tú no sabes lo que llevarán pasado!

A la hora del almuerzo, el tren rinde viaje en la estación de Jódar. La locomotora, que ya solo arrastra tres vagones, frena pasado el andén y ha de dar marcha atrás. En el muro de la cantina, tapado con cal reciente, se puede leer el letrero: «UGT, por la victoria». Un municipal con camisa azul, en realidad, un mono de trabajo al que le habían cortado la parte inferior, termina de ocultar la inscripción con grasa ferroviaria y corre en su bicicleta a avisar al alcalde provisional de que las tropas nacionales han llegado al pueblo.

Saltan a tierra los oficiales. Los sargentos organizan el desembarco de la tropa. Los acemileros tienden las rampas y bajan las bestias, primero las yeguas de la oficialidad.

—¡Menos mal que aquí no hay música! —comenta el teniente coronel.

Se apoya en la cachava con gesto de pastor, nada castrense, y contempla el caserío: un pueblo grande, con su castillo y su iglesia, con dos torres altas, y arriba la sierra del Agua, pelada y gris.

—Aquí fue médico un tío de mi mujer —le comenta un capitán.

—Pues vaya nombrecito que le pusieron al pueblo —apunta otro—.

No sé si en la Nueva España vamos a consentir nombres como este.

—Se le cambia y en paz —sanciona el teniente coronel.

Castro sale con un piquete a requisar una casa que tenga buenas cuadras y paja. Detrás de la estación encuentran a media docena de viejos que machacan esparto. Al ver aparecer a los soldados se levantan, se quitan las gorras con un gesto humilde y levantan el brazo en saludo fascista.

—¡Arriba España! —dice uno.

El resto corea el vítor sin mucho entusiasmo. Se veía que no estaban muy acostumbrados.

—Buen hombre, ¿por dónde se va a la plaza? —pregunta Castro.

—Siga usted por ahí, que no hay pérdida. —Le señala el más anciano.

Los soldados remontan una calle flanqueada de árboles polvorientos y desmedrados. De las ramas de un olmo raquítico y enfermo cuelga un galgo ahorcado. Castro siente una tristeza que se le antoja absurda. Tenía que estar contento. Había acabado la guerra, estaba vivo y entero, y pronto vería a la familia. ¿Qué motivos tenía para estar triste? Quizá la contemplación de la derrota, tanta miseria y tanta humillación le amargaban la victoria. Desde que entraron en la España derrotada lo asaltaba el recuerdo del Churri. Quizá tenía razón. El castor desangrado...

Los acemileros duermen esa noche en una casa grande que había sido hospital, con buenas cuadras, las paredes repletas de pintadas. En la sala principal, antes pabellón de convalecientes, hay varias camas con colchones de lana. Se acomodan a razón de tres hombres por cama. El Petardo, que está más gordo, duerme solo, en una muy chica, en el cuarto de las enfermeras.

—Aquí huele a coño —señala Pino al entrar—. ¡Lo que hubiera dado yo por dormir aquí hace una semana, con las jais!

—¿Y qué les ibas a hacer tú? —pregunta Aguado.

—Contarles cuentos... toda la noche, contarles cuentos.

Aguado sale a darse un garbeo por el pueblo y regresa con tres botellas de vino del terreno, el tinto de Torreperogil. Castro cocina unas migas cortijeras que acompañan con torreznos. Después de conversar hasta muy tarde, se acuestan muertos de risa porque le han hecho al Petardo la petaca con las sábanas.

Al día siguiente, la tercera sección de la primera compañía monta en dos camiones y va a liberar el pueblo de Cabra de Santo Cristo, en plena sierra.

—¿Nosotros también? Pero ¿y los mulos?

—¿No sois vosotros de la primera sección? —replica el sargento Sánchez—. Pues también. Y los mulos se quedan aquí, al cuidado de los de la segunda sección.

Castro, Aguado y el Petardo se suben a los camiones, con los otros.

—Pero, mi teniente, nosotros no tenemos fusiles —objeta Castro.

—¿Y para qué coño los queréis, cabo? No te enteras de que la guerra ha terminado.

Arrancan los camiones y enfilan la carretera de la sierra, llena de curvas, baches y balates peligrosos. Castro va pensativo. Ahora que se había acabado todo preferiría no separarse de *Valentina*.

Dos días después, la sección regresa a sus cuarteles de Jódar.

—Sin novedad, mi cabo —dice el Chato, serio—. Veinticuatro mulos y cuatro yeguas en el parte. —Y le guiña un ojo a Castro.

Llega el enlace del comandante.

—Castro, que preparéis las bestias, que mañana os vais a Linares.

—¿Quién se va?

—La primera compañía. Y no hay camiones para todos, así que vosotros vais a pie, con los mulos.

Al amanecer enfilan la carretera de la Loma y cruzan el Guadalquivir por el puente de hierro.

Castro monta la yegua del capitán Arquillo.

—¿Sabes lo que dice «Radio Macuto»?

—¿Qué dice?...

—¡Qué en Linares nos licencian!

—Eso quisiera yo, pero ya verás como no.

Pasan por las afueras de Baeza, las eras llenas de hierba, en la que pastan dos cabras escuálidas vigiladas por un zagalillo.

—¡Viva España! —les grita a los soldados, brazo en alto—. ¿Tenéis un cacho pan?

Un soldado saca medio chusco de su bolsa de costado y se lo tira. El cabrerillo cree que es una piedra y lo esquivo, con las manos en la cabeza. Cuando ve que es pan, lo toma, lo besa y grita:

—¡Gracias, gracias! ¡Viva España! ¡Viva Dios! ¡Viva la Virgen!

En Linares, lo único que hacen los acemileros es pasear la calle. El ganado lo tienen mediopensionista, en las cuadras de unos señores que habían tenido caballos de carreras.

Castro le escribe una carta a la familia. Al final añade lo más importante: «Es menester que venga el primo Pedro a verme, que se busque cualquier combinación y que venga, que es muy importante».

Castro tiene un plan. Cuando Pedro venga, saca los animales de careo y le da a *Valentina* para que regrese con ella por el camino real que pasa por Villargordo y Mengíbar. Además, se las arreglará para sacarle al furriel una talega de harina y un cuarterón de tocino. Se toca la bolsa de costado. La lata de leche condensada de Jacinta sigue allí.

## CAPÍTULO 34

El sargento Casimiro Pérez Aguilar ha pasado la guerra sin pegar un tiro, lejos de las trincheras, camuflado en las oficinas de Intervención del cuartel general de Queipo de Llano, en Sevilla. No obstante, luce en la bocamanga la raspa a la que tiene derecho como herido de guerra, dado que se rompió una pierna en acto de servicio al rodar por la escalera del refugio antiaéreo durante una alarma aérea.

El sargento Pérez Aguilar, destinado en las oficinas de la Tercera Bandera de Canarias, se presenta en el puesto de mando, sito en el paseo de la Fuente del Pisar de Linares. El sargento es un hombre minucioso y ordenancista. Desde que llegó al frente, dos días después del final de la guerra, lleva arrestados a cinco soldados que no lo saludaron con la suficiente energía o llevaban sucio el uniforme o el armamento.

—¿Tiene usted ganas de trabajar? —le pregunta el comandante Soler.

El sargento se cuadra, sin advertir la *mijita* de guasa que gasta Soler.

—¡Muchas, mi comandante!

—Pues en ese caso haga inventario completo de los efectivos de la bandera. No sé si sabrá que hemos tenido una guerra del carajo, tres años metidos de hocicos en el tomate, y no hemos tenido tiempo de poner la casa en limpio.

—¡A sus órdenes, mi comandante!

El sargento se ha provisto de una máquina de escribir Underwood, requisada en la Casa del Pueblo, y de un mazo de mil holandesas que, cuando eran folios, llevaban impreso el membrete «Socorro Rojo, Delegación Provincial de Jaén».

—Eso hay que hacer con todo lo que huela a rojo: guillotinarlo —comenta el sargento Pérez Aguilar.

El suboficial se pone manos a la obra, secundado por dos cabos

ayudantes, dos garitas emboscados que lucen las insignias de Oficinas Militares.

Las cuentas del regimiento son un desastre, por todas partes faltan cosas: mantas, botas, gorros, cartucheras, correaes, hasta un mortero de quince milímetros que, después de prolija indagación, resulta que olvidaron en un rincón de los retretes de la estación de Bélmez porque lo confundieron con el bajante del canalón del tejado. Lo único que el sargento Pérez Aguilar encuentra de sobra es un mulo. Según los partes de la bandera, el regimiento tiene veinticuatro mulos y cinco yeguas, pero en la cuadra hay veinticinco mulos y cinco yeguas.

—A ver, el cabo acemilero, que se presente —ordena el sargento.

Lllaman a Castro.

—¡A sus órdenes, mi sargento!

El sargento le devuelve el saludo de mala gana.

—¿Eres tú el que rellena el parte diario de las acémilas y la caballería?

—Sí, mi sargento.

—¡Borríco! ¿Es que no sabes contar? En todos los partes pones veinticuatro mulos y lo que tienes son veinticinco.

El sargento corrige el parte, lo cursa y anota veinticinco mulos en sus papeles.

Castro comprende que ya nunca podrá llevar a *Valentina* a casa, que ha perdido el estímulo y la razón exclusiva de su guerra particular.

Sale de la compañía y se sienta en un poyo del patio.

—¡Castro, alegra esa cara, que a los peninsulares nos licencian! —le dice Heliodoro.

—¿Qué? —contesta distraído.

—¡Qué nos licencian a los que somos de la Península! A los canarios se los llevan a su tierra dentro de una semana, pero a los de aquí nos dan



suelta mañana. ¡Tienes que ir a la furrielería a entregar tus cosas!

Castro cruza el patio y entra en las cuadras. Se acerca a *Valentina*, que está en su pesebre, le rasca el pescuezo y deja que ella se frote en su guerrera.

—*Valentinilla*, que al final no te puedo llevar conmigo, que te vas a ir con el regimiento a Canarias. —No puede evitar que se le escape una lágrima—. Bueno, mejor para ti, *Valentinilla*, porque allí en La Quintería me parece que lo único que nos espera es mucho trabajar y deslomarnos, porque don Federico vendrá con los humos subidos y querrá que los pobres le pagemos los platos rotos de todo lo que ha perdido con la guerra, así que de eso que te vas a librar. Además, en Canarias vas a ver el mar, *Valentinilla*, una montaña de agua a la que no se le ve el fin. Por lo menos eso llevas ganado, porque yo, con tanta guerra, y mira que se ven cosas, nunca he visto el mar.



Juan Eslava Galán nació en Arjona (Jaén) en 1948, se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Granada y posteriormente estudió en el Reino Unido. En 1983 se doctoró en Filosofía y Letras con una tesis sobre historia medieval. Historiador, ensayista y traductor, ha publicado más de treinta libros, entre los que destacan los ensayos *Los templarios y otros enigmas medievales*, *El fraude de la Sábana Santa y las reliquias de Cristo*, *Amor y sexo en la antigua Grecia*, *El enigma de Colón y los descubrimientos de América*, *Los Reyes Católicos e Historia de España contada para escépticos*. Entre sus novelas destacan *En busca del unicornio* (Premio Planeta 1987), *Guadalquivir*, *Catedral*, *El comedido hidalgo* (Premio Ateneo de Sevilla 1991), *Statio Orbis* y *Señorita* (Premio de Novela Fernando Lara 1998).

# Notas

[1] Cañones de montaña Schneider del calibre 7, modelo 1908, de tiro rápido, transportables a lomos de mulo. <<

[2] Gallina buena. <<

[3] Estás loco, hombre. <<

[4] En la jerga militar, enfermedad venérea. <<

[5] Mujer guapa. <<



[6] Así llamaban a las granadas de mano italianas Breda. <<